

Anita Brookner HOTEL DU LAC



Lectulandia

Cuando Edith Hope, escritora de novelas románticas, tiene que abandonar Gran Bretaña por motivos sentimentales, se dirige a Suiza, a un hotel a la orilla del Lago Lemán, cerca de Ginebra. Edith va a permanecer en el Hotel du Lac el tiempo suficiente para que sus amigos de Inglaterra olviden el episodio amoroso del que fue protagonista, episodio que causó su declive social y que ella irá reviviendo y desvelando al lector, a pesar de las trampas y los obstáculos que una memoria reacia al recuerdo acostumbra a interponer.

Lectulandia

Anita Brookner

Hotel du Lac

ePub r1.0

Titivillus 03.05.18

Título original: *Hotel du Lac*
Anita Brookner, 1984
Traducción: Manuel Sáenz de Heredia
Retoque de cubierta: marisolea

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

DESDE la ventana solo se veía un espacio gris que disminuía con la distancia. Cabía suponer que más allá del jardín gris, donde aparentemente solo brotaban las hojas más bien rígidas de alguna planta poco conocida, el vasto lago gris se extendía como un anestésico hacia la orilla opuesta, invisible, al otro lado de la cual se alzaba, solo en la imaginación, aunque ratificado por el folleto, el pico del Dent d'Oche, donde quizá la nieve había empezado a caer ya leve y silenciosamente. Porque septiembre estaba avanzado, la temporada acababa; los turistas se habían marchado, los precios eran más bajos, y había pocos atractivos para los visitantes del pueblecito ribereño, cuyos habitantes, de por sí poco comunicativos, se volvían frecuentemente taciturnos al influjo de la densa nube que descendía durante días enteros, para después desaparecer sin previo aviso, revelando un nuevo paisaje, colmado de color y de detalles: botes deslizándose sobre el lago, pasajeros en el embarcadero, un mercado al aire libre, el perfil de las ruinas demacradas de un castillo del siglo XIII, costurones blancos en las lejanas montañas y, en las alegres tierras altas hacia el sur, como un telón de fondo a medio alzar, un terreno poblado de manzanos donde la fruta centelleaba con simbólico significado. Pues aquella era una tierra de abundancia prudentemente cosechada, una tierra que había domeñado el accidente humano y a cuyo control solo escapaba, por desgracia, el tiempo atmosférico.

Edith Hope, escritora de novelas románticas bajo un seudónimo más impulsivo, permanecía en pie junto a la ventana, como si un arranque de buena voluntad pudiera traspasar la misteriosa opacidad que recibía como regalo, cuando le habían prometido una alegría tácita, un clima desprovisto de ilusiones, una serie de circunstancias del más evidente sentido común, por no decir pragmáticas —hotel sosegado, excelente cocina, prolongados paseos, ausencia de emociones, acostarse temprano— entre las que cabía confiar que recobraría su personalidad seria y trabajadora, y olvidara el infortunado incidente que la había conducido a su breve exilio en aquel lugar aparentemente despoblado, en aquellas fechas en que el año oscurecía lentamente, cuando tendría que haber estado en casa... Pero era su casa, o más bien su hogar, lo que súbitamente se había convertido en enemigo, así que, bastante asustada por lo que le estaba sucediendo, cuando sus amigos le sugirieron que se tomara un breve descanso accedió a ello y se dejó conducir al aeropuerto por su amiga y vecina Penelope Milne, quien, en su hermetismo, solo estaba dispuesta a perdonarla a condición de que desapareciera durante un período de tiempo decente y regresara envejecida, más sabia y adecuadamente arrepentida. Porque no tolerarán que me equivoque, pensó, como una ingenua muchachita. ¿Por qué habrían de tolerarlo? Soy una mujer seria que debería saber lo que hace, y mis amigos estiman que ya he pasado la edad de la indiscreción; más de una persona ha comentado que me parezco físicamente a Virginia Woolf; tengo una casa en propiedad, pago impuestos, cocinera

sencilla pero competente, y entrego mis manuscritos con sobrada antelación; firmo cuanto me ponen por delante; jamás telefono a mi editor; y carezco de pretensiones con respecto a mi particular manera de escribir, aunque tengo entendido que tiene bastante éxito. He mantenido sin fisuras esta personalidad, bastante mortecina y confiada, durante un período de tiempo considerablemente prolongado, y aunque sin duda he aburrido a otros no me estaba permitido aburrirme a mí misma. Se me tenía por persona discreta y quienes creían conocerme convenían en que debía seguir siéndolo. E indudablemente, tras una estancia terapéutica en esta soledad gris (y observo que las hojas de aquella planta están del todo inmóviles) me será permitido regresar para reanudar mi pacífica existencia y volver a ser lo que era hasta que hice aquella cosa aparentemente horrenda, a pesar de que, francamente, una vez hecha no volví a pensar en ella. Aunque ahora sí que pienso. Sí.

Dando la espalda a la átona extensión de allende la ventana, contempló la habitación, que era del mismo color que la ternera demasiado hecha: alfombra y cortinas color ternera, una cama alta y estrecha con cubrecama color ternera, una mesa pequeña y austera con su correspondiente silla bien remetida debajo, un armario constreñido y estrecho y, muy por encima de su cabeza, un diminuto candelabro de bronce donde en su momento, evidentemente, parpadearían con tristeza ocho débiles bombillas. Las rígidas cortinas de encaje blanco, que proporcionaban aún más protección contra la escasa luz diurna, se abrían para dar acceso, a través de unas ventanas alargadas, a una franja estrecha de balcón donde habían puesto una mesa y una silla de metal pintado de verde. Aquí podré escribir cuando haga buen tiempo, pensó, y se acercó a la maleta para sacar dos carpetas alargadas, una de las cuales contenía el primer capítulo de *Bajo la luz de la luna*, en el que tenía intención de trabajar con calma durante aquel curioso paréntesis en su vida. Pero sus manos se dirigieron a la otra carpeta y, después de abrirla, se aproximó instintivamente a la mesa y a poco se encontró sentada en la silla inflexible, la pluma destapada, indiferente al entorno.

«Queridísimo David (escribió),

»Todo fue muy frío. Penelope me llevó de prisa, los ojos severamente clavados en la carretera, como quien escolta a un preso desde el banquillo hasta un ala de máxima seguridad. Yo estaba dispuesta a hablar —no subo todos los días a un avión, y las píldoras que me dio el médico me habían puesto locuaz— pero aparentemente mi participación no era deseada. De todas formas, cuando llegamos a Heathrow se ablandó y me buscó un carrito para la maleta y me dijo dónde podía conseguir un café, y de pronto ya se había ido y me sentí fatal, no triste sino ligera de cabeza y bastante entretenida y sin nadie con quien hablar. Me bebí el café y anduve de un lado a otro y traté de absorber todos los detalles, tal como la gente cree que hacen los escritores (excepto tú, querido, que nunca piensas en esas cosas) y de pronto me vi en el espejo del tocador de señoras y me apercibí de mi aspecto en extremo correcto y pensé, ¡no debo estar aquí! ¡Estoy fuera de lugar! Multitudes inquietas, niños

llorando, todo el mundo afanándose por llegar a otra parte, y entre ellos esta mujer de dulce aspecto, algo huesuda, vestida con un cárdigan largo, distante, inofensiva, ojos bastante bonitos, manos y pies más bien grandes, cuello manso, que no quiere ir a ningún sitio, pero habiendo prometido pasar un mes fuera hasta que todo el mundo decida que soy de nuevo la misma. Por un instante me sentí presa de pánico, pues ahora soy yo misma, y lo era entonces, aunque este hecho no se reconociera. No ahogándome, sino haciendo señales con los brazos.

»En cualquier caso, superé la situación, aunque no fue fácil, y me uní al conjunto más fiable de personas que pude encontrar, sabedora, sin tener que molestarme en preguntar, que su destino no podía ser otro que Suiza, y muy pronto me encontré en el avión sentada al lado de un hombre encantador que me hablaba de la conferencia a la que iba a asistir en Ginebra. Deduje que era médico; de hecho, le clasifiqué como especialista en enfermedades tropicales, especialmente porque me dijo que normalmente trabajaba en Sierra Leona, pero luego resultó que tenía algo que ver con el tungsteno. Para que luego hablen del famoso poder de imaginación de los novelistas. A pesar de todo me sentí un poco mejor, y él me habló de su mujer y de sus hijas, junto a las cuales tenía intención de regresar un par de días más tarde para pasar un fin de semana en casa antes de volver a Sierra Leona. Y en un espacio de tiempo extraordinariamente reducido llegamos allí (observo que digo “allí” y no “aquí”) y me metió en un taxi y una media hora más tarde acabé aquí (que está empezando a ser más «aquí» que «allí») y muy pronto tendré que deshacer la maleta y lavarme y peinarme y bajar a tomar el té.

»El lugar parece desierto. Cuando entré solo vi a una anciana, muy pequeña, con cara de *bulldog* y las piernas tan arqueadas que en su esfuerzo por avanzar parecía lanzarse hacia uno y otro lado, con tan ceñuda resolución que instintivamente me aparté de su camino. Se apoyaba en un bastón y llevaba en la cabeza una de esas redecillas cubiertas de pequeños lazos de terciopelo. La clasifiqué como viuda de un confeccionista belga, pero el muchacho que transportaba mis maletas la saludó con una anticuada inclinación de cabeza, murmurando “*Madame la Comtesse*” cuando pasó a su lado. Para que luego hablen de los famosos poderes del novelista, etc. En cualquier caso, me trasladaron con tanta celeridad a esta habitación (casi induciéndome a ello) que no pude clasificar nada más. Parece tranquila, cálida, bastante espaciosa. El clima, supongo, podría describirse como sereno.

»Pienso continuamente en ti. Trato de imaginarme dónde estarás, pero me resulta bastante difícil, asediada como estoy por el cambio de hora, aunque sea mínimo, los efectos demorados de mis píldoras, y todos estos tristes cipreses. Por decirlo de alguna forma. Pero mañana es viernes, y cuando comience a oscurecer podré imaginarte entrando en el coche y camino de la casa de campo. Y después, naturalmente, el fin de semana, sobre el que intento no pensar. No te imaginas...».

Llegado ese momento dejó la pluma y se frotó brevemente los ojos, sentándose un instante con los codos en la mesa y la cabeza apoyada en las manos. Después,

parpadeando, cogió de nuevo la pluma y reanudó su carta.

»Es ridículo decirte que te cuides, porque jamás se te ocurre tomar ninguna de las precauciones elementales que otros toman, y en cualquier caso no tengo forma de obligarte a ello. Mi vida querida (así acostumbraba mi padre a llamar a mi madre), te echo mucho de menos».

Permaneció unos minutos sentada a la mesa, y después respiró profundamente y cerró la pluma. Té, pensó. Necesito té. Y después un paseo, un paseo muy largo por la orilla del lago, y después un baño y ponerme el vestido azul, y para entonces estaré lista para hacer mi entrada, siempre tan difícil, en el comedor. Y después habrá que soportar la cena, lo que llevará su tiempo, y después me sentaré en algún lado y hablaré con alguien, poco importa con quién, aunque sea con la señora de cara de *bulldog*. Y tengo que acostarme pronto, así que no será demasiado insoportable. La verdad es que estoy bastante cansada. Bostezó hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas y después se levantó.

Deshizo el equipaje en pocos minutos. Dejó, por superstición, la mayor parte de la ropa en la maleta, diciéndose a sí misma que así podía marcharse en pocos minutos si surgía la oportunidad, aunque sabía que por culpa de esa actitud se le iba a arrugar todo espantosamente. Ya no importaba. Llevó el cepillo de pelo y el camisón al cuarto de baño. Se inspeccionó y no le pareció que su aspecto hubiera cambiado; después, recogiendo la llave y el bolso, salió a un pasillo vibrante de ausencia. Una luz pálida se filtraba por una ventana que daba al descansillo. Las paredes parecían abrigar, reverentes, una distante memoria de comidas abundantes. No había nadie en los alrededores, aunque, a través de una puerta situada más allá, en el mismo pasillo, pudo oír el débil murmullo de una radio.

El Hotel du Lac (*Famille Huber*) era un edificio impasible y digno, una casa reputada, un establecimiento con tradición donde se acogía de buen grado a los prudentes, los acaudalados, los retirados, los modestos, los respetados clientes de una era ya pretérita del turismo. No se había esforzado gran cosa en embellecerse para el comercio pasajero, que siempre había tenido por despreciable. Su mobiliario, bien que austero, era de excelente calidad, la ropa de cama impoluta, el servicio impecable. Aunque su reputación entre los profesionales conocedores atraía a aprendices de buen carácter sinceramente interesados en la industria hotelera, esta era la única concesión que hacía al reconocimiento de sus propios recursos. En lo que respectaba a los clientes se enorgullecía perversamente de su particular falta de atractivos, de forma que cualquier visitante que simplemente buscara una habitación se extrañaría, sintiéndose rechazado, ante la pequeñez de la terraza, el imperioso silencio del vestíbulo, la falta de música ambiental, de teléfonos públicos, de anuncios de excursiones panorámicas con guía y de tablones para exponer los incentivos de la ciudad. No había sauna ni peluquería, ni, por supuesto, vitrinas de cristal para la exhibición de joyas; el bar era pequeño y oscuro, y su austeridad no invitaba a la gente a permanecer. Se sobreentendía que demorarse bebiendo, tanto por

motivos profesionales como por placer personal, no era *comme il faut*, y que si se estimaba absolutamente necesario debía tener lugar en la intimidad de la propia *suite* o en los establecimientos, más populares, donde estas inclinaciones no llamaban la atención. Era raro tropezar con alguna criada pasadas las diez de la mañana, hora a la que todos los ruidos propios de los cuidados domésticos tenían que haber cesado; después de esa hora no se oían aspiradoras ni se alcanzaban a ver carritos de ropa sucia. Un discreto susurro anunciaba la reaparición de las criadas para abrir las camas y ordenar las habitaciones cuando los huéspedes habían terminado de vestirse para la cena. La única publicidad de la que el hotel no podía distanciarse era la recomendación verbal de los antiguos clientes.

Lo que ofrecía era una forma moderada de santuario, una garantía de intimidad, así como la protección y discreción que acompañan a lo intachable. Como esta última cualidad es menos que atractiva para un número sorprendente de personas, el Hotel du Lac estaba por lo general medio vacío, y en aquellas fechas, terminada la temporada, se resignaba a atender un mero puñado de huéspedes antes de cerrar sus puertas para el invierno. Los pocos visitantes que quedaban del modesto número que había pasado sus decorosas vacaciones en los meses altos del verano, eran tratados, sin embargo, con la misma cortesía y deferencia que los clientes antiguos, y algunos de ellos lo eran. No se hacía, por supuesto, el menor esfuerzo por entretenerlos. Sus necesidades se atendían con el mismo cuidado con que se estudiaba su carácter. Se sobreentendía que ellos, por su parte, estarían a la altura del hotel, como el hotel estaba a la suya. Y si se producía algún problema, se solucionaba discretamente. A consecuencia de ello, el hotel era conocido como un lugar donde no era fácil llamar desfavorablemente la atención, un lugar que garantizaba una estancia reparadora para aquellos a quienes la vida hubiera maltratado o meramente fatigado. Su nombre y situación figuraban en las agendas de quienes por su profesión deben conocer esas cosas. Lo conocían algunos médicos, muchos abogados de prestigio, agentes comerciales y contables. Los agentes de viajes no lo conocían, o lo habían olvidado. Las familias que disfrutaban de la ausencia periódica de alguno de sus miembros más conflictivos lo consideraban un tesoro. Y se corría la voz.

Y era, por supuesto, un hotel excelente. Y estaba agradablemente situado sobre el lago. El clima no era óptimo, pero sí equiparable al de otros establecimientos análogos. Los recursos del pueblo eran limitados, pero se podía alquilar coches o hacer excursiones, y los paseos, aunque no emocionantes, eran agradables. El paisaje, la vista, la montaña eran extraordinariamente pálidos, como esbozados en acuarelas de un período anterior. Mientras los jóvenes de todos los países se precipitaban hacia el sol y las playas, atascando carreteras y aeropuertos, el Hotel du Lac se enorgullecía en silencio —y a veces era realmente muy silencioso— de su aislamiento del rebaño, sabía que ocupaba un lugar en la memoria de sus viejos amigos, y también que jamás rechazaría una petición razonable de un cliente nuevo, siempre que este dispusiera de esas recomendaciones no escritas que se exigen en un hotel tan distinguido, y que la

solicitud proviniera de alguien cuyo nombre figurara en los archivos de la familia Huber, que en su mayor parte se remontaban a comienzos de siglo.

Mientras bajaba las escaleras, amplias y de escalones poco profundos, Edith oyó un eco de risas corteses procedentes de algún salón donde supuso estarían sirviendo el té, y después, al aproximarse más, como atraída por aquel ruido, unos ladridos repentinos, furiosos, agudos y quejumbrosos que presagiaban las peores amenazas para la paz del lugar. Al pie de las escaleras se agazapaba, temblando ansiosamente, un perro muy pequeño, los ojos cubiertos por el pelo. Cuando nadie acudió a ver qué sucedía, reanudó a pleno volumen sus ladridos, si bien experimentalmente, como un bebé. Un gemido prolongado y agudo, como si el animal estuviera siendo sometido a una inimaginable tortura, tuvo la virtud de atraer otros gritos. «¡Kiki! ¡Kiki! ¡Perro travieso!», se oyó, y una mujer alta y extraordinariamente delgada, con la cabeza estrecha e inquieta de un colimbo, salió precipitadamente del bar, se inclinó como si se derrumbara al pie de las escaleras, cogió al perro en brazos, lo cubrió de besos y, desenrollándose con idéntico movimiento, como si no tuviera huesos, lo estrechó contra su rostro como un almohadón y regresó al bar. La aparición de un charco en el último escalón dio lugar a un momentáneo cerrar de ojos y un chasquido de los dedos del director. Mientras un muchacho con chaqueta blanca blandía un trapo, impasible, como si aquello sucediera con relativa frecuencia, el director del Hotel du Lac (*Famille Huber*) expresó a Edith Hope su pesar por la posibilidad de que el incidente pudiera perturbar su llegada, manifestando al mismo tiempo su distanciamiento con las pequeñas fechorías de los animales y, más importante, con las personas que tenían la insensatez de darles cobijo. A estos últimos les proporcionaría, por supuesto, refugio, pero refugio sin complicidad.

Qué interesante, pensó Edith. Esa mujer es inglesa. Y tiene una silueta extraordinaria. Debe de ser bailarina. Y se prometió a sí misma pensarlo más tarde.

El salón era más agradable de lo que su habitación hubiera permitido suponer. Estaba amueblado con una alfombra azul oscuro, muchas mesas redondas de cristal, sillones confortablemente tradicionales y un pequeño piano vertical donde un hombre de edad avanzada, con corbata de lazo anudada, ejecutaba ligeras selecciones de comedias musicales de posguerra. Una vez ingerido el té, así como una rebanada de una excelente tarta de cereza, Edith se armó del valor necesario para mirar a su alrededor. La habitación estaba poco poblada; Edith supuso que la mayoría de los huéspedes no regresaba hasta la hora de cenar. La mujer con cara de *bulldog* comía ceñudamente, las piernas muy abiertas, sin apercibirse de que le caían migas sobre el regazo. Dos hombres oscuros cuchicheaban en un rincón apartado. Una pareja grisácea, marido y mujer o hermano y hermana, verificaba sus billetes de avión, y el varón, que no había, ni mucho menos, acabado de tomar el té, era enviado periódicamente a comprobar si el coche había llegado. Aunque la habitación era luminosa y alegre, su característica más marcada era un ambiente calmo. Edith, consciente del destino que le había sido asignado, suspiró, pero se dijo al mismo

tiempo que era una ocasión excelente para terminar *Bajo la luz de la luna*, aunque, desde luego, no una ocasión que ella misma hubiera buscado.

Cuando levantó otra vez los ojos del libro —un libro del que no había absorbido una sola palabra—, su atención fue inesperadamente atraída por la fascinante personalidad de una dama de edad indeterminada, radiante cabello rubio ceniza y uñas escarlata que, enfundada en un vestido encantador (y caro) de seda estampada, movía la mano al ritmo de la música con una sonrisa de placer pintada en el hermoso rostro, mientras una camarera, embelesada por su positiva presencia, merodeaba a su alrededor ofreciéndole más raciones de tarta y más té. La dama le dedicó una sonrisa cálida, y otra aún más cálida al anciano pianista. Este último, levantándose y cerrando las partituras, se acercó a ella, le murmuró al oído algo que la hizo reír, y acto seguido le besó la mano y se marchó, cargando en la espalda, estrecha y erguida, la huella del reconocimiento obtenido. Apoyándose en el respaldo de la silla y elevando la taza y el plato a la altura de la barbilla, la dama bebió con no poca delicadeza, consciente, sin duda, de su propio encanto, pues era, ciertamente, un espectáculo delicioso, indiferente a la angustia que aqueja a algunas personas en lugares desconocidos y perfectamente adaptada, como si estuviera en su propia casa, al ambiente del hotel, vacío en sus tres cuartas partes.

Edith la contempló como hipnotizada, deplorando haberse perdido la primera parte de semejante espectáculo. En la mano femenina, que acercaba a los labios un delicado pañuelo de encaje, destellaban varios anillos. Cuando le retiraron la bandeja, Edith esperó ansiosamente a ver qué uso hacía del intervalo entre el té y la cena, tan desalentador para un huésped improvisado o solitario. Pero aquella dama, por supuesto, no estaba sola.

—Aquí estoy —cantó una voz joven, y en el salón entró una muchacha vestida con pantalones blancos, bastante estrechos (un poco demasiado estrechos, pensó Edith), que perfilaban un gran trasero en forma de ciruela.

—Por fin apareces, querida —exclamó la señora, que era, que tenía que ser su madre—. Acabo de terminar. ¿Has tomado el té?

—No, pero no importa —dijo la joven, que era, así le pareció a Edith, una versión bastante más pálida de su madre, o más bien el mismo modelo que su madre pero no tan perfectamente acabado.

—¡Pero querida! —exclamó esta última—. ¡No vas a quedarte sin tomar el té! ¡Tienes que estar agotada! Toca el timbre. Que nos preparen otra tetera.

Cuando se acercó una camarera, las dos mujeres, dirigiéndole una sonrisa persuasiva, le pidieron, con ademanes suplicantes pero seguras de que serían inmediatamente complacidas, que les trajera más té, y acto seguido se enfrascaron en una conversación de la que a Edith solo le llegaron palabras sueltas, mezcladas con los alegres y confiados estallidos de risa que intermitentemente una y otra dejaban escapar. Cuando llegó la segunda bandeja, ambas volvieron los rostros sonrientes hacia la camarera, le dieron las gracias efusivamente y reanudaron su diálogo; la

camarera, sin embargo, se demoró, como si su participación en el rito pudiera de alguna manera prolongarse, hasta que la dama del vestido de seda, musitando «eso es todo, querida», concentró su atención en su hija.

La hija debe de tener unos veinticinco años, pensó Edith, y es soltera, cosa que no le preocupa. Edith se imaginaba a la madre diciendo, con su hermosa sonrisa, «no tiene prisa», «está muy a gusto así». Y a la hija ruborizándose, coqueta, y suscitando al hacerlo las lúbricas especulaciones de los caballeros de cierta edad que con relativa constancia —Edith estaba segura— debían de rondar, solícitos, a la madre. Basta ya, se dijo. No tengo por qué inventarles la vida. A decir verdad, se las arreglan muy bien sin mí. Y sintió una punzada de envidia al ver a una madre de tan buen humor, tan elegante, tan empeñada en que su hija tomara el té, aunque ya casi daban las seis. Y también sintió una punzada de envidia por la hija, tan confiada, tan satisfecha con lo que le daban... Y eran inglesas, aunque no de un tipo que le resultara familiar, y bastante acaudaladas, y lo estaban pasando bien. Parecían ser de esas personas que siempre lo pasan bien.

Finalmente decidieron marcharse, y cuando la madre intentó por dos veces levantarse de la silla, mientras la hija merodeaba enérgicamente a su alrededor, Edith observó, no sin sorpresa, que la dama era algo rígida de articulaciones, y que la brillante impresión de relativamente juvenil madurez, tan marcada a distancia, se perdía cuando se levantaba. Reajustó, pensativa, sus edades, que había calculado en cerca de los sesenta y de los veinticinco, elevándolas a casi setenta y a poco más de treinta. Ambas tenían, en cualquier caso, un aspecto excelente, y, secretamente, Edith se sintió muy complacida cuando la dama de más edad, frente a la cual estaba sentada, si bien a cierta distancia, se volvió y le dirigió una ligera sonrisa de reconocimiento antes de abandonar la habitación.

Lo único que quedaba por hacer a esa hora era dar un paseo.

Atravesando el silencioso jardín, una puerta de hierro y la animada carretera, caminó por la orilla del lago bajo la ya mortecina luz de aquel día gris. El silencio la rodeó por todas partes tan pronto hubo dejado atrás la única encrucijada del pueblo, y le pareció que podía caminar infinitamente, sin ser interrumpida y sin más compañía que sus propias cavilaciones. La soledad a la que la habían desterrado unas personas que sabían lo que hacían no era lo que ella había proyectado. Y el tiempo oscuro, velado, discreto pero inamistoso ¿habría de ser un compañero adicional de aquella ordalía, para alguien que había cometido la imprudencia de viajar sin un buen abrigo? El lago estaba absolutamente inmóvil; una farola solitaria destelló sobre su cabeza, pintando de esmeralda brillante las flácidas hojas de un plátano. No tengo por qué quedarme aquí si no quiero, decidió. La verdad es que nadie me obliga. Pero debo intentarlo, aunque solo sea para facilitar las cosas cuando regrese a casa. El lugar no está totalmente despoblado. Necesito descansar. Podría darle de plazo una semana. Y para alguien tan depravada como yo, hay mucho que descubrir, aunque, por supuesto, ninguna de estas personas encajaría en el tipo de novela que yo escribo. Pero esa

mujer tan larga, tan delgada, esa hermosa mujer del perro insoportable, y, más que ella, esa pareja fascinante que al parecer se encuentra tan a gusto ¿qué hacen aquí? Pero mujeres, mujeres, solo mujeres y me gusta tanto conversar con hombres... Oh David, David, pensó.

Su paseo por la orilla del lago le traía a la mente, más que ninguna otra cosa, los silenciosos paseos que se dan en sueños, donde la sinrazón y la inevitabilidad caminan de la mano. Igual que en los sueños, sentía simultáneamente desaliento y una especie de curiosidad predestinada, como si algo la obligara a recorrer aquel sendero hasta que le fuera revelando su propósito. Esa noche, tanto el discurrir de sus pensamientos como el aspecto mismo del sendero parecían presagiar un desenlace desafortunado: escándalo, traición, o en el mejor de los casos un tren perdido, un presentarse vestida de harapos en una reunión importante, una comparecencia en el banquillo para responder de alguna acusación desconocida. También la luz era la propia de los sueños, una penumbra incierta en torno a la insólita peregrinación, ni día ni noche. Era consciente de ciertas características físicas del mundo real por donde caminaba: un sendero de grava perfectamente trazado, flanqueado por dos hileras de árboles plantados sobre tierra batida, entre el lago, ahora invisible, y el pueblo que había que adivinar, tan pequeño y tan perfectamente ordenado que en él jamás se oírían chirridos de frenos, bocinazos, ni ruidos de voces clamando extravagantes despedidas. A sus oídos llegaba únicamente, desde el otro lado de los árboles, fuera del alcance de la vista, el modesto sonido de una pacífica hilera de coches que regresaban de noche a casa. Mucho más fuerte era el sonido de sus propios pasos sobre la grava, tan fuerte que parecía el de un intruso, hasta el punto de que al poco rato empezó a caminar por la tierra blanda del sendero más cercano al lago. Caminaba sin que nada la interrumpiera, iluminada a trechos por alguna que otra farola, como si fuera la única persona al aire libre en aquel silencioso lugar. Un perceptible frescor subía del lago, que ya no alcanzaba a ver, y Edith se estremeció en su largo cárdigan. Condenada a caminar durante un cierto tiempo sobre la tierra, pensó, y melancólica pero aquiescente, prosiguió hasta que le pareció llegado el momento en que se le autorizaba a detenerse. Entonces volvió sobre sus pasos.

Mientras caminaba de vuelta en el crepúsculo vio a lo lejos el hotel, iluminado, engañosamente festivo. Tengo que hacer un esfuerzo, decidió, aun sabiendo que si hubiera sido una mujer de otra especie habría dicho, con un suspiro mundano: «Me temo que habrá que dar señales de vida».

En el vestíbulo silencioso, luces brillantes, el rumor del salón de la televisión, y un olor a carne. Subió a cambiarse.

En la recepción, el anciano *M. Huber*, jubilado pero aún activo, benévolo y solo moderadamente intruso, disfrutaba del instante preferido del día. Abrió el registro para ver quién se había ido y quién había llegado. Naturalmente, el negocio no era muy activo en esas fechas; era normal que el lugar estuviera medio vacío en el mes que precedía a la clausura invernal. Observó que la familia alemana se había

marchado; de hecho, el ruido de su partida había subido hasta su sala de estar del quinto piso. La extraña pareja de ancianos de las Islas del Canal se había marchado después de tomar el té. La conferencia de Ginebra podía proporcionar algún que otro huésped, alguien que decidiera, por ejemplo, quedarse unos días y regresar pasado el fin de semana. Fuera de eso solo quedaban los habituales: la condesa de Bonneuil, Mme. Pusey y su hija, la mujer del perro a quien se negaba a nombrar, aunque su marido figuraba en el Gotha inglés y sobre la cual su yerno había recibido instrucciones concretas. Un huésped nuevo. Hope, Edith Johanna. Un nombre poco habitual para una dama inglesa. Quizá no del todo inglesa. Quizá no del todo dama. Recomendada, por supuesto. Pero en este oficio nunca se sabe.

VESTIDA para la cena, con una bata de seda, los largos y estrechos pies domesticados para adaptarse a unos sencillos zapatos bajos de cabritillo, Edith buscaba formas de demorar el momento en que se vería obligada a bajar al comedor para comer por primera vez en público. Llegó incluso a escribir unos párrafos de *Bajo la luz de la luna*, si bien, tras releerlos, se apercibió de que había utilizado el mismo recurso que en *La piedra y la estrella* y los tachó. Y al tacharlos comprendió perfectamente por dónde tendría que empezar cuando reanudara su trabajo. Algo más tranquila por ello, con el trabajo de mañana en principio programado, cerró la carpeta, cogió el bolso y la llave y salió, resuelta, de la habitación.

Desde el mismo punto, no muy distante, del pasillo, oyó de nuevo la radio, así como el agua de un baño, y cuando se aproximó a las escaleras le pareció percibir la súbita emanación de un aroma de rosas que hacía pensar en una combinación preparada por una mujer con un sentido adecuado de la propia presencia. La mujer del perro, pensó Edith. Aparecerá, más bien tarde, con un modelo impresionante, el vientre liso, desdeñosa, el perro bajo el brazo. Tengo que intentar hablar con ella. Después de la cena, pensó con dolor, no habrá nada mejor que hacer.

La planta baja estaba desierta, y Edith comprendió que era demasiado pronto. Los únicos sonidos que se percibían procedían del bar, en forma de mitigadas conversaciones masculinas, en ningún momento interrumpidas por risas o por muestras de jovialidad. Le apetecía un *gintonic*, pero el esfuerzo le pareció excesivo. Se sentó ante una mesita del salón y cogió un ejemplar arrugado de la *Gazette de Lausanne* que alguien había dejado allí. Es raro que no se lo hayan llevado, pensó, con lo meticoloso que parece el servicio. Pero en ese instante, la dama con cara de *bulldog*, a la que debía recordar dirigirse como es debido si alguna vez le tocaba hacer tal cosa, apareció en la puerta, vestida con un traje negro para todas horas y un velo del mismo color con lentejuelas algo precarias en lugar del velo azul con lazos, levantó el bastón y dijo «¡Ah!». Edith exhibió la *Gazette de Lausanne* con una sonrisa interrogante. Mme. de Bonneuil asintió y se abrió camino, bamboleándose, a través de la espesura de mesas y sillas desocupadas. Edith se levantó para salir a su encuentro, pero sorprendentemente, Mme. de Bonneuil avanzaba tan deprisa que la obligó a detenerse al alcanzar la primera o segunda mesa.

—*Merci* —dijo Mme. de Bonneuil levantando de nuevo el bastón.

—*Je vous en prie* —dijo Edith regresando a su asiento. Eran las primeras palabras que pronunciaba desde su llegada.

Apoyándose en el respaldo y cerrando brevemente los ojos, dejó que el espectro de la noche que tenía por delante emergiera a la superficie. Para empezar, las comidas en público no le gustaban, aunque estuviera acompañada. Recordó con un ligero estremecimiento su última comida antes de salir de Inglaterra. Harold Webb, su agente, la había llevado a almorzar. Su intención era, evidentemente, levantarle el

ánimo, y le había expresado su confianza, llegando incluso a decirle que tenía intención de negociar un anticipo mayor para su próximo libro. «Ya se olvidarán de este asunto», había dicho, encendiendo un cigarro, cosa rara en él. A Webb, un manso erudito con aspecto de médico rural, no le gustaban las obligaciones sociales de su trabajo, pese a lo cual había reservado una mesa en un restaurante de índole catedralicia, donde los clientes se inclinaban reverentes ante las maravillas que habrían de servírseles, y atacaba animosamente un filete de pescado, dispuesto en intrincadas espirales, que les había parecido el artículo más sencillo de todo el menú. Edith, lamentando tener que ingerir agua Perrier, que siempre le producía gases, cavilaba con los ojos fijos en el infinito.

—Me gusta la idea del nuevo libro —dijo Harold tras una pausa más bien larga—. Pero he de decirte que el mercado romántico está empezando a cambiar. Ahora es sexo para la joven ejecutiva, la lectora de *Cosmopolitan*, la muchacha con la cartera de ejecutivo.

Al no obtener respuesta, jugueteó con el diminuto abanico de zanahoria calada que reposaba en el plato auxiliar y, cuando terminó con él, volvió a la carga.

—¿Qué se lleva la chica en ese viaje de negocios a Bruselas?

—Glasgow —corrigió Edith.

—¿Qué? Oh, bueno, probablemente. Pero el caso es que quiere algo que le garantice que liberarse es divertido. Quiere algo que le adule la vanidad mientras pasa una noche solitaria en un hotel. Quiere algo que refleje su estilo de vida.

—Harold —dijo Edith—, la verdad es que no conozco a nadie que tenga un estilo de vida. ¿Qué significa eso? Supone que todo cuanto posees ha sido adquirido exactamente en el mismo momento, hace unos cinco años como máximo. Y en cualquier caso, si está tan liberada ¿por qué no baja al bar y liga con algún tipo? Estoy segura de que es perfectamente posible. Lo que ocurre es que la mayoría de las mujeres no lo hacen. ¿Y por qué no lo hacen? —preguntó, recobrando repentinamente la seguridad—. Pues en el fondo porque prefieren los viejos mitos. Quieren creer que un hombre que ha luchado para reclamarlas, atravesando continentes, abandonando cuanto poseía en su lugar de origen, las va a descubrir, con el mejor de sus aspectos, a puerta cerrada, cuando ya creían que estaba perdido. ¡Ah! ¡Si fuera verdad! —dijo, respirando hondo y ensartando una rebanada de kiwi, que permaneció suspendida del tenedor mientras ponderaba lo que acababa de decir. Harold, contemplando las mejillas hundidas y los labios apretados, pensó que realmente parecía salida del grupo de Bloomsbury.

—Está bien, querida, tú eres el mejor juez —dijo, no deseando entristecerla más de lo que ya la habían entristecido otros asuntos—. Simplemente pensaba que...

—¿Y cuál es el más poderoso de todos los mitos? —prosiguió ella en el tono, algo estridente, que siempre inducía a su interlocutor a pedir la cuenta con una discreta señal al camarero—. La liebre y la tortuga —pontificó—. A la gente le encanta, especialmente a las mujeres. Te percatarás, Harold, de que en mis libros la

que se lleva al héroe es la ratita sin pretensiones, mientras que la orgullosa tentadora con quien él tiene una tormentosa relación se retira, frustrada, de la batalla para nunca jamás volver. Siempre gana la tortuga. Mentira, por supuesto —dijo, amablemente pero con autoridad, mientras el kiwi se deslizaba, inadvertido, hasta caer en su plato—. En la vida real, por supuesto, gana la liebre. Siempre. Mira a tu alrededor. Y además estoy segura de que Esopo escribía para una clientela de tortugas. Axiomáticamente —exclamó alzando entusiasmada la voz—. Las liebres no tienen tiempo de leer. Están demasiado ocupadas ganando la partida. La propaganda dice lo contrario, pero eso ocurre porque la necesitada de consuelo es la tortuga. Como los mansos que heredarán la tierra —añadió, sonriendo brevemente. Tras hacer una pausa, se encaró con los restos de su plato, engulléndolos de un bocado indiferente, y se apoyó en el respaldo del asiento, aún perdida en su argumento.

Él se dijo que no en vano era hija de catedrático, pero que podía confiarse en que reanudaría el trabajo relativamente pronto, y que, después de un intervalo de reposo, probablemente produciría otro libro que se vendería modesta pero satisfactoriamente.

—Desde luego —dijo Edith echándose en el café numerosos terroncillos teñidos como sales de baño—, podrías alegar que la liebre, quizá afectada por la propaganda del grupo de presión de las tortugas, puede volverse más prudente, más circunspecta, más lenta, en definitiva. Pero la liebre está siempre convencida de su superioridad; simplemente no reconoce a la tortuga como un adversario digno. Por eso gana —concluyó—. En la vida, quiero decir. Jamás en las novelas. Al menos no en las mías. La vida real es demasiado horrible para que asome en el tipo de novela que yo escribo. Y mis lectores, desde luego, no quieren que aparezca. Porque mis lectores, Harold, son esencialmente virtuosos. Y si les preguntas, si *me* preguntas, te diremos que esas chicas multiorgásmicas con carteras de ejecutivo pueden irse con la música a otra parte. No faltará quien se ocupe de ellas como es debido. Buscavidas los hay en todos los mercados.

—Veo que vuelves a estar en forma —dijo Harold mientras contaba un buen puñado de billetes.

—Gracias por el almuerzo, Harold —dijo Edith cuando salieron a la bulliciosa calle.

El inminente distanciamiento de la bondadosa y modesta inquietud de su acompañante se le hizo presente con más fuerza que nunca. Él era la única persona que sin duda se pondría en contacto con ella cuando ya no estuviera allí. Era la única persona —en fin, casi la única— que sabía adónde iba. Desgraciadamente, no era la única persona que sabía por qué se iba. Lo miró implorante a los ojos, consciente de que había pagado demasiado por una comida que le iba a dejar hambriento en menos de una hora. También ella había perdido completamente el apetito. Esos días, la comida apenas tenía importancia, puesto que ni ella misma se tenía por importante. Pensó en las ricas comidas que cocinaba para David, aquellas fritangas heroicas, aquellos tentempiés que él siempre parecía necesitar cuando decidían levantarse de la

cama, a horas intempestivas, a veces pasada la medianoche, dejándolo todo para el último momento, cuando él iniciaba su apresurado camino de regreso a Holland Park por las calles silenciosas.

—En casa nunca me dan estas cosas —decía él amorosamente, ensartando una patata para mojarla en la yema de un huevo frito. Y ella, en bata con una sartén de judías asadas al alcance de la mano, lo miraba inquieta, o, estimando la condición de su apetito con ojo experto, cogía otra fuente y le echaba en el plato un tembloroso montículo de natillas.

—Comida de titanes —suspiraba él satisfecho, pues su cuerpo esbelto y pálido era inmune a la obesidad que producen semejantes dietas—. Genial —proclamaba, apoyándose, repleto, en el respaldo de la silla—. ¿No habrá un té en marcha?

Pero ya mientras bebía el té le veía apresurarse, erguirse, moverse con más decisión y rapidez, y cuando se pasaba las manos por el cabello corto, de color rojo oscuro, sabía que la transición había empezado y que ya no tardaría en vestirse. En esos momentos sentía que le conocía peor. Aquel trajín de gemelos y relojes pertenecía a su otra vida; era lo que hacía todas las mañanas, mientras su mujer gritaba a los niños que se dieran prisa. Y al final sentía que apenas le conocía, aunque le miraba protegida por la cortina mientras corría hasta el coche para perderse estruendosamente en la noche. Siempre le daba la impresión de que se había ido para siempre. Pero siempre había vuelto. Tarde o temprano había vuelto.

Le había llegado a parecer que pasaba las horas diurnas esperándole. Y sin embargo cinco novelas, relativamente largas, demostraban que no había dedicado todo su tiempo a mirar por la ventana, como la Dama de Shalott. Era, reconocía Edith, una vida de tortuga, a pesar del trabajo. Por eso escribía para tortugas, como ella misma.

Pero ahora estoy reducida al tortugismo puro, pensó, abriendo los ojos y paseando la mirada temerosa por el salón todavía desierto. Pero al ver aparecer un camarero por la puerta, con una servilleta bajo el brazo, tuvo un arranque de osadía y se dispuso cuando menos a acabar con la cena, pues deseaba estar sola, en su habitación, para reflexionar. Ha debido de pasarse el efecto de las pastillas, pensó, notando que al levantarse se mareaba levemente y que le dolía la garganta de tanto reprimir bostezos. Su padre habría dicho que en esas ocasiones es cuando se nota el carácter. Y se obligó a sí misma a avanzar hacia el comedor, dispuesta a comer porque le sentaría bien, y a mantener un estado de ánimo uniforme el mayor tiempo posible.

A decir verdad, el comedor era muy agradable, con sus alargadas ventanas sobre el jardín, ahora sumido en la oscuridad, y sus pequeños ramos de flores, bastante hogareños, sobre los impolutos manteles blancos. También estaba desierto. Cuatro hombres vestidos de gris ocupaban una mesa en un rincón irradiando el mismo rumor monótono y distante que antes había localizado en el bar. Mme. de Bonneuil, masticando regularmente e inexpresiva, tenía una forma curiosa de beber vino, a grandes tragos, como si se estuviera aclarando la boca, y entre plato y plato ponía las

manos sobre la mesa, esperando que le trajeran más para repetir. Edith pudo ver varios anillos empotrados en los dedos parduscos, pero con el relieve completamente desgastado. La mujer del perro, que llevaba una blusa de crespón de China que le colgaba sin gracia del largo cuello y los delgados hombros, resultó bastante decepcionante, pues no hizo su entrada en la forma que Edith había escrito mentalmente para ella y se sentó, encorvada y bastante desgreñada, en una mesa contigua, con el muchacho impasible de la chaqueta blanca de pie a su espalda como un lacayo. Kiki husmeaba a su lado, y ella le levantaba de cuando en cuando y le estrechaba contra su rostro, un rostro, observó Edith, que ahora presentaba indicios casi imperceptibles de desintegración definitiva. Con Kiki sentado en el regazo, aquella mujer, blandiendo un tenedor vacilante más que comiendo con él, lograba dar la impresión de que allí se consumía alimento, aunque Edith observó que gran parte se deslizaba hacia el mantel; por alguna razón nunca llegaba a caer, porque Kiki saltaba y lo recogía, como una foca adiestrada. Edith tuvo la impresión de que Kiki era, en más de un sentido, imprescindible. La asistencia del muchacho impasible parecía totalmente gratuita hasta que, a una señal del camarero jefe, se inclinó hacia adelante y recogió la botella de Frascati medio vacía para transportarla, con paso firme e intransigente, a un remoto rincón de la habitación. Unos segundos más tarde, con el mismo paso firme e intransigente, regresó con un gran helado, que depositó ante la mujer reasumiendo de inmediato su posición a su espalda. La mujer del perro giró los delicados y hieráticos ojos hacia Edith, hizo una mueca mundana y complicada y centró de nuevo su atención en su plato. Teatral, pensó Edith. Una de esas bailarinas altísimas que prueban suerte en cabarets en el extranjero y después se retiran. Pero ¿qué hace aquí?

Se percató de que la comida estaba caliente y era excelente, y de que, sorprendentemente, la estaba disfrutando y se animaba por minutos bajo su influencia. Algo más alerta, contempló la habitación, aunque no había gran cosa que ver en ella; los hombres grises seguían absortos en su conversación; cerca de las ventanas, sobre el jardín invisible, habían colocado a dos parejas jóvenes, sin duda residentes del pueblo cenando fuera de casa. Un anciano regordete, que resultó ser *M. Huber*, había decidido supervisar la situación mientras cenaba, combinando así sus dos ocupaciones preferidas. Aunque casi todo marchaba satisfactoriamente, *M. Huber* no se privaba de convocar a su mesa a casi todos los camareros para hacerles fugacísimas observaciones y despacharlos de inmediato a su trabajo. Fin de temporada, reflexionó Edith, y se empieza a notar. La mujer del perro se levantó, tropezó y dejó caer la servilleta al suelo; después, recogiendo a Kiki, dirigió majestuosamente la vista hacia el muchacho de la chaqueta blanca, que había dado un paso adelante, y, respirando profundamente, se dispuso a abandonar con dignidad la habitación. *Mme. de Bonneuil*, las manos en la mesa, eructó ruidosamente. *M. Huber* cerró los ojos un breve instante, circunstancia que a Edith le pareció interesante, pero cuando los abrió su rostro se arrugó y adoptó una expresión de seráfica alegría.

Siguiendo la dirección de su mirada, Edith supo a qué se debía tal circunstancia. Al otro lado de la habitación, vestida de encaje azul muy oscuro, con pequeños brillantes centelleando en las orejas, la fascinante dama que había pedido el té para su hija se erguía vacilante en el umbral; transcurrido un instante, ya segura de que su presencia era manifiesta y sería ciertamente bien recibida, avanzó elegantemente hacia su mesa. Su hija, con un vestido negro sin mangas, la siguió, sonriendo a derecha e izquierda, como si se dispusiera a recoger los ramos de flores.

Esto no me lo pierdo, pensó Edith, sirviéndose otro vaso de agua. Las dos mujeres suscitaban en ella sentimientos poderosos y de imposible diagnóstico: curiosidad, envidia, deleite, atracción y temor, ese temor que siempre sentía en presencia de personalidades fuertes. Y eran indudablemente fuertes, de eso no cabía duda, aunque su presencia allí era problemática. Parecían destinadas a mejores cosas. Se veía claramente por la forma en que los camareros surgían de todas partes para instalarlas en sus sillas; se blandían menús, se intercambiaban risueñas observaciones. La mujer del perro, totalmente eclipsada por aquella actividad, volvió la mirada hacia ellas adoptando una vez más una expresión complicada; Edith observó que aunque se había cruzado con las dos mujeres mientras se dirigía a la puerta ellas no le habían prestado la menor atención. Un imperceptible escalofrío de temor susurró de nuevo en el fondo de su cerebro. Pero merecía la pena contemplarlas; eran verdaderas concentraciones de energía y de encanto. Y si mirarlas daba gusto, también era notable su magnífico apetito. Mientras conversaban animadamente, sus cuchillos y tenedores destellaban; así acabaron cuatro platos con entusiasmo, mientras hacían planes para el día siguiente. «¿A qué hora has pedido el coche?» pudo oír Edith, y «Recuérdame que te devuelva los zapatos, mamá». Finalmente, como tantas mujeres glotonas, se apoyaron desdeñosas en los respaldos de sus sillas, como si la comida no les hubiera hecho ningún efecto. Ahora se hacen las mosquitas muertas, pensó Edith.

Sin embargo se sintió obligada a salir en pos de ellas, como un asistente humilde y vacilante flotando en su estela perfumada de rosa (pues aquella, se apercibió ahora, era la fuente del aroma que antes oliera en el pasillo), y cuando tomaron asiento en el salón se sentó cerca, como para extraer algún valor, alguna confianza, de su presencia segura y resuelta. Mientras esperaban que les trajeran el café pasaron una seria revista a sus rostros en los espejos de sus respectivas polveras; terminados los ajustes, los labios brillaban de nuevo, y la dama de cabello rubio ceniza levantó la cabeza para sonreír al anciano pianista, que había regresado con nuevas selecciones de origen indeterminado. «Ah, Noel», exclamó indulgente la dama de cabello rubio ceniza mientras el sonido dulce y concienzudo empezaba a difundirse. «Ese chico era un verdadero genio».

¿Ese chico? Edith se percató de que habría que revisar de nuevo las edades, pero cuando se disponía a hacerlo vio que la hija se ponía de pie, se alisaba el vestido negro sobre las abundantes caderas y se dirigía hacia ella. El rostro grande, sonrosado y rubio descendió misteriosamente hacia Edith y su dueña dijo:

—Mamá dice que si le gustaría tomar un café con nosotras.

Y naturalmente se produjo la liberación, liberación de la noche que le esperaba, y Edith se puso alegremente de pie, siguió a la hija, saludó a la madre con una leve inclinación de cabeza y dijo:

—Es usted muy amable. Me llamo Edith Hope y he llegado hoy mismo. Yo...

—Me llamo Pusey —dijo la dama—. Iris Pusey.

—¿Cómo está usted? ¿Lleva aquí...?

—Y esta es mi hija, Jennifer.

Se sentaron, sonriéndose con mutua expectación. Llegó el café. *Mrs.* Pusey se inclinó hacia delante y cogió su taza.

—Le dije a Jennifer, anda y dile a esa señora que nos acompañe. No me gusta nada ver a la gente sola. Sobre todo de noche.

Se acomodó en la silla. Edith sonrió de nuevo.

—Le dije: tiene unos ojos muy tristes.

AL día siguiente por la mañana, calma total.

Edith se despertó rodeada de una penumbra ligeramente rosada. Incorporándose con cautela en la cama desconocida, fijó la vista en el reloj para ver la hora. Suponía que sería muy temprano: recordaba que se había despertado un rato antes y que había oído una puerta cerrarse cuidadosamente en el pasillo, un poco más allá de su habitación, pero para su sorpresa vio que eran casi las ocho, y que un rayo de luz, asomándose entre las cortinas de color ternera, presagiaba un hermoso día. Pidió por teléfono el desayuno, se levantó y corrió las cortinas; vestida con su bata blanca larga, salió al balcón y se estremeció al sentir el aire frío. Pero la niebla del lago se estaba levantando, y frente a ella, en la lejanía, alcanzaba a ver una forma de color gris oscuro que, a medida que miraba, se iba perfilando y aumentaba de tamaño: la montaña. Debajo de ella un barquito tosía calladamente en el embarcadero, y el chef salía, con sus pantalones bolsudos y su chaqueta blanca, a recoger el suministro diario de pesca fresca.

El impasible muchacho que la víspera había visto apostado tras la silla de la mujer del perro, entró con la bandeja del desayuno a la altura del hombro y la depositó en la mesita.

—*Merci* — dijo Edith sin reconocer del todo su propia voz, que no había usado durante cierto tiempo—.

Il fait froid?

—*Il a neigé cette nuit sur la montagne* —respondió él, austero.

Parecía tomarse muy en serio su trabajo, para ser tan joven. Tendría unos dieciocho años; llevaba el pelo penosamente corto, y tenía la expresión fija, y también la experiencia, de un sirviente mucho más viejo, un caballero de caballeros, depositario de secretos, hombre de honor por derecho propio, servidor digno de su señor feudal.

—*Comment vous appelez-vous?* —preguntó dulcemente Edith.

Él se volvió al llegar a la puerta y sonrió, revelando un incisivo astillado y la mirada candorosa de un muchacho que se ha marcado a sí mismo objetivos difíciles pero que agradece un detalle amistoso.

—*Alain* —respondió—. *Je m'appelle Alain.*

Mientras bebía café, Edith reflexionó sobre la noche pasada. Bien, algo se había conseguido. La gente empezaba a tener nombre. El aquí y ahora, lo cotidiano, empezaba a adquirir sustancia. El elemento de terror que ello entrañaba —como si conocer demasiado bien aquel lugar pudiera conferir alguna realidad, alguna validez a su presencia en él— fue rápidamente paliado por la extraordinaria acumulación de datos, y de datos tan divergentes, derivada de su encuentro con Iris y Jennifer Pusey. O más bien con Iris Pusey, pues Jennifer era hasta tal punto reflejo de su madre que, aunque ocupaba un espacio bastante considerable y poseía una presencia física

curiosamente insistente, no tenía gran cosa que decir por sí misma, hasta el punto de que una o dos veces Edith había tenido la impresión de que Jennifer, amparada en su rostro grande y sonriente, estaba en realidad en alguna otra parte.

Pero en cualquier caso Iris llevaba la voz cantante; Iris, evidentemente, era la estrella. Como tantas otras estrellas, solo actuaba desde una posición dominante; controlaba estrictamente el flujo de información, por lo cual Edith no se sentía obligada a hablar de sí misma. Tras haber sido un instante el objeto de compasión de *Mrs.* Pusey, Edith terminaría convirtiéndose en su confidente. Y había mucho que contar, reflexionó. Algunas personas llevan vidas muy activas. La breve estancia anual de Iris Pusey en el Hotel du Lac tenía un único propósito: venía de compras. Y podía hacerlo porque su difunto esposo había tenido la prudencia de depositar ciertas sumas en una cuenta abierta a nombre de su mujer en un banco suizo.

Edith se había enterado de todo a la media hora de compartir la compañía de *Mrs.* Pusey. No hacía falta más de media hora para establecer las reglas del juego, el contrato tácito convenido por ambas partes. Como pago por haber sido liberada de su sombrío destino, tan compasivamente percibido por *Mrs.* Pusey, Edith debía estar a su disposición cuando no tuviera otro compromiso —que habría de someterse a una investigación bastante detallada— como interlocutora atenta a sus opiniones, reminiscencias, lecturas de carácter o puntos de vista generales sobre las pequeñas cosas de la vida. Edith consintió en ello bastante fácilmente, no porque lo considerara su destino, que ella tenía por irremediable pero no tomaba verdaderamente en serio, sino porque *Mrs.* Pusey le daba la oportunidad de analizar una relación con una especie extraña y disfrutar de ella. Porque en aquella mujer encantadora, tan absolutamente estimable, en su feliz deseo de capturar corazones, tan perfectamente centrada en la femineidad que siempre le había proporcionado los principales deleites de la vida, Edith percibía avidez, densidad, ardor. Mientras contemplaba a *Mrs.* Pusey cenando con su hija la percepción de aquella voluntad de plenitud y de triunfo le había producido un leve desvanecimiento. También había percibido una diferencia de apetito que parecía contener una amenaza implícita al suyo. Pero había rechazado ese pensamiento por ridículo (también por ser posiblemente demasiado doloroso) y se había quedado a tomar café en la agradable compañía de Jennifer y *Mrs.* Pusey, caldeándose en la elevada temperatura de su propia estima, que a su vez proyectaba una luz bonachona sobre todos los incluidos en su órbita. Y para Edith, en aquella extraña coyuntura de su vida, había algo de sosiego en la mera existencia de *Mrs.* Pusey, una mujer tan dulce, tan glotona, tan tranquila, tan completamente satisfecha que suscitaba en los demás audaces ideas de posesión, de acumulación. Constituía, pensó Edith, la encarnación de esa propaganda que ninguna mujer contemporánea puede rebajarse a aprobar, pues no solo era fascinante por derecho propio, sino que también apreciaba esa propensión en los demás. (Era, por la misma razón, desdeñosa). Tenía rasgos inesperados de imaginación, de generosidad. No veía, por ejemplo, a su hija como un rival, como pudiera haberla visto una mujer de menos

valor, sino como a una sucesora a quien había que adiestrar para un estrellato que en su momento sería suyo por derecho propio. Entre madre e hija había, ciertamente, una cercanía física que superaba cuanto Edith había conocido, y había también amor por ambas partes, aunque Edith registró ese amor como algo no demasiado realista. Porque, a pesar de la impasibilidad física de Jennifer, una impasibilidad rayana en la opulencia, se veía claramente que para su madre seguía siendo una niña. Y Jennifer, a estas alturas probablemente tanto por costumbre como por cariño, seguía comportándose como tal.

Todo ello contribuyó a replantear en la mente de Edith la cuestión del comportamiento más adecuado para una mujer, la cuestión en torno a la cual había escrito todas sus novelas, la cuestión que había intentado discutir con Harold Webb, la cuestión que no había podido resolver y que ahora le parecía extremadamente importante. El hecho de que *Mrs. Pusey* no hubiera dicho hasta el momento nada que no fuera absolutamente trivial, incrementaba si cabe la emoción producida por la oportunidad que se le brindaba de estudiar la cuestión de primera mano. Sin duda habían abismos merecedores de una atención detenida.

Mrs. Pusey había tenido la delicadeza de abrir el debate refiriéndose a su esposo, por desgracia ya fallecido, pero que seguía siendo para ella una fuente de inspiración y estaba constantemente presente en su pensamiento.

—Un hombre maravilloso, maravilloso —había dicho después de formular esas aclaraciones, presionándose un instante el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—No, mamá —suplicó Jennifer acariciándole el antebrazo.

Mrs. Pusey emitió una risita vacilante.

—No soporta verme triste —le dijo a Edith—. Está bien, querida, no voy a hacer tonterías —y sacando un pañuelo grande, blanco y fino, se dio unos toques en las comisuras de los labios.

—Ay, pero no se figura cuánto le echo de menos —confió a Edith—. Me dio todo lo que podía desear. Mis primeros años de matrimonio fueron un sueño. Solía decirme: «Edith, si te hace feliz cómpralo. Voy a darte un cheque en blanco. Y no te lo gastes todo en la casa, gástatelo en ti». Pero claro, lo primero era mi hermosa casa. ¡Cómo la adoraba! —y el pulgar y el índice se apoyaron de nuevo en el puente de la nariz.

—¿Dónde vive usted? —preguntó Edith, consciente de que la pregunta era directa e irrelevante.

—Oh, querida, me refería a nuestra primera casa, en Haslemere. Ojalá tuviera aquí las fotos. Diseñada por un arquitecto. Una casa de ensueño. Pero no debo hablar mucho de ella, porque Jennifer se pondría triste. ¿Verdad, cielo? Ay, sí, marcharse de «Green Tiles» le partió el corazón.

La estoy viendo, pensó Edith. Suelos de parqué. Armarios empotrados. Grandes ventanas. En la cocina, todos los aparatos imaginables. Jardinero dos veces por semana. Mujer del jardinero, afectísima, con delantal blanco, todos los días.

Guardarropa en la planta baja, para uso de los caballeros después de jugar unos hoyos de golf. Patio, añadió para sí.

—Pero cuando a mi marido le destinaron a la Oficina Central y supe cuánto tendría que viajar, me cerré en banda. No hay razón para que se agote, me dije, solo por complacer a la tonta de su mujercita, que prefiere vivir tranquilamente en el campo. Y además sabía que le gustaría que me ocupase de sus recepciones. Lo supe antes que él. Así que nos trasladamos a St. John's Wood. Montrose Court. Naturalmente es un piso magnífico, y tengo un ama de llaves excelente. Y es lo bastante grande como para que Jennifer tenga su propia *suite*. Puede invitar a todos sus amigos; no me meto en sus asuntos. Y hay muy buenas tiendas. —Se dio unos toques más en las comisuras de los labios—. Como es natural, me lo llevan todo a casa —añadió.

Habiendo así tranquilizado a Edith sobre la comodidad de su hogar, pasó a describirle las características de su vida en el extranjero. Evidentemente, *Mrs.* Pusey y Jennifer eran compañeras de viaje perfectamente compatibles. El extranjero se consideraba principalmente un depósito de géneros de lujo. Conocían a la perfección el tipo de estación de recreo reciente pero definitivamente pasada de moda, de ahí su presencia en aquel lugar; aunque también la justificaban la cuenta bancaria y el hecho de que *Mr.* y *Mrs.* Pusey conocían a *M.* Huber desde la época en que venían en coche desde Montreux, «en los viejos tiempos». Pero quedó claro que él se quedaba frecuentemente en casa, haciendo lo que tuviera que hacer, mientras Jennifer y su madre hacían viajes restauradores a Cadenabbia o Lucerna o Amalfi o Deauville o Menton o Bordighera o Estoril. Una vez, solo una, a Palma, pero al parecer fue un error.

—Nunca he podido aguantar el calor. Mi marido decidió que no volvería a correr el riesgo de asomarse al Mediterráneo, al menos en plena temporada. Naturalmente era antes de esos viajes con todo incluido. El sitio es bonito. Pero hace un calor espantoso. Me pasé todo el tiempo en la catedral, tratando de refrescarme. Nunca más.

Mrs. Pusey completó su discurso añadiendo que prefería lugares más frescos. Y ambas detestaban las multitudes. Y *M.* Huber las recibía espléndidamente. Naturalmente siempre les daba la misma *suite*. La del tercer piso, sobre el lago.

—Entonces debemos estar en el mismo pasillo —se aventuró a decir Edith—. Mi habitación es la 307.

—Oh, sí —dijo *Mrs.* Pusey—. La habitación pequeña del fondo. Naturalmente, en un sitio como este hay muy pocas habitaciones individuales. —Miró a Edith, pensativa—. Si subimos juntas, puede echar un vistazo y así sabrá dónde estamos —dijo. Después, impulsándose con esfuerzo hasta el borde de la silla, trató de levantarse, y tras empezar dos veces en falso se irguió pesadamente, rechazando el brazo de Jennifer y equilibrándose sobre sus esbeltos tobillos. Esta mujer anda cerca de los setenta, pensó Edith.

Pero no lo parecía cuando, en pos de la elegante espalda azul oscuro y en la estela del aroma de rosas, entró en el ascensor, salió de él y avanzó por el pasillo. *Mrs.* Pusey dejó que Jennifer se adelantara para abrir la puerta y se dispuso a hacer los honores. Disfrutaban, en efecto, de una *suite*; los dormitorios tenían acceso independiente desde el pasillo, pero *Mrs.* Pusey aclaró que siempre se las podía encontrar en el saloncito intermedio, agradablemente surtido con los detalles que la gente candorosa se permite en lugares extraños: una televisión en color, una cesta de fruta, flores, varias botellitas de *champagne*. Entrando la primera en su dormitorio, *Mrs.* Pusey señaló, sonriente, un *negligé* de raso color ostra, cubierto de encaje, que reposaba sobre el respaldo de una silla.

—Mi debilidad —confesó—. Me gustan las cosas bonitas. Y en Montreux hay una tienda realmente preciosa. Por eso venimos todos los años. —Miró de nuevo a Edith y sonrió—. Debería comprarse algo bonito aprovechando que está aquí, querida. Una mujer tiene el deber de procurarse cosas bonitas. Y si se siente bien estará guapa. Siempre se lo estoy diciendo a Jennifer. Y me ocupo de que esté equipada como una reina. ¿Verdad, cielo?

Y extendió los brazos hacia Jennifer, que se dejó envolver en ellos y apretó el rostro contra el de su madre.

—Ah —rio *Mrs.* Pusey—. Adora a la tonta de su madre ¿verdad, cielo? —y, abrazándose cariñosamente, acompañaron a Edith, enlazadas, hasta la puerta—. No se sienta sola, querida —dijo *Mrs.* Pusey—. Ya sabe dónde encontrarnos. —Y la puerta se cerró.

Edith se sorprendió a sí misma pensando en esta conversación a lo largo de la noche, cuando la firmeza espartana de su colchón hacía su sueño, de por sí ligero, más intermitente que de costumbre. Pensó también en la cueva de Aladino que había percibido en la *suite* de las Pusey, con su descuidado despliegue de agradables atributos. Pero sobre todo pensó en la encantadora imagen que ofrecían madre e hija enlazadas, los brazos trabados, los rostros encendidos vueltos hacia Edith. Habían constatado plenamente la medida de su soledad tan pronto como la vieron, y las repercusiones de esa constatación se revelaban en su expresión inocente, sorprendida y piadosa. Edith estuvo a punto de excusarse cuando, con una rígida y ligera inclinación (que era de por sí una asociación y una reminiscencia), les dio las buenas noches para regresar, meditabunda, a su habitación. Y había resuelto aprender a hacer mejor las cosas, para que aquel cúmulo especial de sentimientos no se activara de nuevo.

A la mañana siguiente, vestida con su falda de *tweed* y su cárdigan largo, Edith pensó que quizá había sido un poco laxa en su forma de presentarse al mundo. Y que si el mundo no se había mostrado muy interesado por su aspecto (¿en qué está trabajando ahora?, le solía preguntar la gente en las fiestas) quizá la culpa había sido suya. No había logrado escalar a las cumbres de consumismo que aparentemente estaban tan abiertas para ella como para cualquier otro; era algo que ahora podía

arreglarse. Cualquiera mujer está guapa si se siente bien, se dijo, saliendo al pasillo. Cuando atravesaba el vestíbulo y salía por la puerta giratoria, respirando hondo para estabilizarse antes de salir al mundo, se repitió una vez más ese aforismo. Como es natural, me lo llevan todo a casa, añadió.

Pero a los diez minutos aproximadamente quedó claro que para ella el extranjero, incluso una pequeña estación de recreo fuera de temporada, no era lo mismo que para Iris Pusey o incluso para Jennifer. Donde ellas veían géneros de lujo, ella solo veía casas de reposo. *La Pension Lartigue* (Dir. Mme. Vve. Lartigue) estaba flanqueada por la *Clinique Les Mimosas* (Dr. Privat). Un pequeño jardín enrejado abrigaba a dos hombres que jugaban al ajedrez en una mesa plegable, bajo la mirada de seis observadores que guardaban un silencio absoluto. Decepcionada, pero aún tranquila, prosiguió hasta llegar a un gran café con las ventanas veladas por el vaho. Entró y se sentó, sacando un cuaderno del bolso para no perder la compostura. Pero lo que tenía ante los ojos era más tranquilizador. Un leve zumbido de conversaciones emanaba de un cierto número de mujeres de aspecto robusto; unas camareras rubicundas llevaban platos o tartas de un mostrador a las mesas; los pedidos de café eran continuos. A los oídos de Edith, desde algún lugar distante, llegó un gemido familiar; levantando la vista, vio a la mujer alta partir un pedazo de almendrado y metérselo a Kiki en la boca. Al ver a Edith, la mujer alta levantó un pequeño tenedor de plata en un gesto breve y silencioso de bienvenida. Edith asintió y sonrió. ¿Qué demonios hacía allí aquella mujer? Seguro que Mrs. Pusey lo sabía. ¿Y qué hago yo aquí?, pensó, pero reprimió el pensamiento, pagó su consumición y se marchó.

El resto del paseo no trajo más indicios de vida sibarítica. En una esquina, una pequeña tienda, evidentemente de comestibles, exhibía en su tramo de acera tres cestas sin adornos de ninguna especie, llenas de judías verdes. Delante de la estación compró un ejemplar del *Times* de hacía tres días. Y regresó al hotel justo a tiempo para ver a Mrs. Pusey y Jennifer instalarse ceremoniosamente en el asiento trasero de un coche enorme y anticuado. Camino de Montreux, sin duda, para vestir a Jennifer como una reina. Edith entró lentamente en el hotel, tomó el ascensor, atravesó una efusión reciente de perfume en el pasillo, y se sentó pensativa ante la mesita de su habitación.

«Queridísimo David», escribió,

»Pues bien, aquí todo es movimiento, un verdadero torbellino de actividad. Y yo, criatura poco mundana que soy, me habría acobardado, alarmada por la elegancia de la gente guapa, de no haber sido por una respetable *duenna*, Mrs. Iris Pusey, de Montrose Court, antes de Haslemere, que tuvo la amabilidad de hacerse cargo de mí. Considera que podría ser una compañera aceptable para su hija Jennifer, aunque Jennifer está, sin lugar a dudas, destinada a más altas empresas. Pero el caso es que Jennifer no tiene prisa alguna por dejar a su madre, o al menos eso me asegura esta última, y mientras tanto todas nos engañamos plácidamente, sosteniendo que en el momento oportuno llegará el hombre adecuado. De momento no hay hombres de

ningún tipo. Excepción hecha por el marido de *Mrs. Pusey* (quien al parecer carece de otro título o apelativo, innecesarios porque todo está implícito), estamos solas.

»Ella es, con mucho, la persona más interesante que he encontrado aquí, aunque también hay una mujer muy bella con un perro que parece prometedor. Tengo entendido que su marido es alguien importante en Bruselas. Pero todavía no hemos cruzado palabra. *Mrs. Pusey*, sin embargo, es muy comunicativa, lo que es una verdadera bendición, porque de otra forma yo... (Edith tachó la última frase).

»*Mrs. Pusey* es adorable. Es una mujer totalmente serena, con infinita confianza en sí misma, que se ha limitado, como ella misma sugiere jovialmente, a sacar el mayor partido posible a lo que Dios nuestro señor le ha otorgado. Se ve que tiene muchísimo dinero, y estoy bastante interesada en enterarme de dónde proviene. Cuando el marido fue trasladado a la Oficina Central, dando lugar a la trágica partida de Haslemere, ¿dónde fue exactamente? ¿De qué era Oficina Central su Oficina Central? Hay algo en la conducta de *Mrs. Pusey*, e incluso algo, diría yo, en el aspecto exterior de Jennifer, que me hace sospechar que el marido pudiera haber sido de esos que llaman a las tiendas establecimientos al por menor. Pero desde luego era un hombre muy resuelto. No contento con instalar parte del botín en un banco suizo, se apercibió de que el Mediterráneo era demasiado arriesgado en temporada alta. Demasiado arriesgado para ella, quiero decir. ¿Hacía novillos de vez en cuando para ir solito de parranda a las mesas de juego? ¿Era, en secreto, socio del Marbella Club? Espero que sí, pero no hay pruebas que lo apoyen.

»Diré de paso que, aunque al principio consideraba a *Mrs. Pusey* una dama, después la he rebajado: *Mrs. Pusey* es, sin género de duda, una mujer. “Toda una mujer”, como decía el marido (claro que él era de la vieja escuela). Y a la mujer del perro la tuve que ascender a dama, o mejor dicho a *lady*. Ella, o mejor dicho su marido, también ausente, pertenece a la clase gobernante, aunque *Mrs. Pusey* no tiene muy buena opinión de su título. A *Mrs. Pusey* le desagrada claramente *Lady X* (todavía no sé su nombre). Será interesante averiguar por qué.

»Fuera de eso, ahora todos tenemos nombre: *Mrs. Pusey* y Jennifer, claro, y el chico que trae el desayuno es Alain, y la camarerita rubia y guapa que sirve el té es Maryvonne...».

Edith dejó la pluma. Escribir sobre *Mrs. Pusey* y Jennifer no era difícil, pero lo cierto es que la imagen de las dos mujeres cariñosamente enlazadas mientras la acompañaban a la puerta no se le borraba de la memoria. Porque ahí había amor, amor entre madre e hija, y contacto físico, y complicidad a la hora de pensar que se tenía que ser guapa, cosas que ella jamás había conocido. Su extraña madre, Rosa, fue una mujer brusca y amargada, una antigua belleza que con escaso éxito se irritaba contra su destino, abandonándose voluntaria y deliberadamente, desaliñada, desdeñosa, y burlándose de la hija, que pálida y callada, entraba y salía silenciosamente del dormitorio perfumado con las tazas de café que ella derramaba a propósito. «¡Demasiado débiles! ¡Demasiado débiles!» gritaba. «¡Todos vosotros,

demasiado débiles!»). Nostálgica de Viena, que la había conocido joven y brillante, y no gorda y desaseada como ahora, lloraba a Anna, su hermana muerta.

Pensando en el chispeante encanto de *Mrs. Pusey*, Edith se topó con recuerdos dolorosos. Las fascinantes hermanas Schaffener, Rosa, su madre, y su tía Anna, no habían envejecido bien. En su momento habían esclavizado a muchos de los estudiantes que se alojaban en el sombrío apartamento de su madre mientras preparaban sus tesis sobre Klimt, o Schnitzler, o el Jugendstil, o sobre los tres temas a la vez. Aunque las hermanas se casaron jóvenes y puntualmente, no tardaron en caer presa de la más amarga decepción. Aquellos estudiantes, tan atractivos lejos de casa, se convirtieron demasiado pronto en mansos profesores universitarios. Los recintos de las universidades de Reading, de Nottingham, del Estado de Ohio, de Kingston, tenían poca cosa que ofrecer a dos vienas tan perfectamente coquetas como ellas, con sus estrategias, sus tácticas, sus cambios de humor y su inagotable afán de victoria. Cuando, muchos años más tarde, las hermanas se reunieron de nuevo, en compañía de su prima Rosi, fue para abrumarse mutuamente con relatos de pavorosos aburrimientos, de maridos demasiado insignificantes para interesarlas, de días sin sentido que ellas no podían rebajarse a repletar. Les brotaba la irritación y la frustración por todos los poros; en el saloncito oscuro de su madre el aire había estado colmado de disensiones, de fealdad. Ahora eran mujeres pesadas, dolorosamente encorsetadas, con las cejas mal pintadas y senos grandes y duros. Se incitaban mutuamente hasta encender una llamarada de furia retrospectiva, alzando la voz, derramando el café. «*Schrecklich! Schrecklich!*», gritaban. «*Ach, du Schreck!*».

Edith, que a la sazón tenía siete años y se había escondido detrás de la butaca de *Grossmama* Edith, oyó aliviada la llave de su padre en la cerradura y corrió hacia él anegada en lágrimas. El sonido brutal de unas palabras cuyo significado no comprendía le había herido. Su padre, adivinando lo que sucedía, sonrió débilmente y sugirió que dieran un paseo. La llevó al *Kunsthistorisches Museum* y trató de explicarle los cuadros, pero ella apretaba el rostro, enrojecido y húmedo, contra la mano paterna y se negaba a escuchar. Y cuando él se detuvo, nostálgico, ante un cuadro que representaba a unos hombres tumbados al desgaire en un maizal, bajo un sol ardiente, Edith rompió otra vez a llorar, y él se inclinó hacia ella y le apartó el pelo de la frente. «Mira, Edith», le había dicho, limpiándole los ojos con un pañuelo, «en ocasiones como esta se demuestra el carácter».

Y murió bien joven, pocos años después de cumplir los cincuenta, su pobre profesorcito, y Rosa, la desdeñosa, se había derrumbado al perderle. Cada vez más sucia e irascible, no pasaba día sin que colmara de injurias su memoria. Pero cuando ella murió, no mucho después, Edith encontró entre sus papeles un pedazo, ya marchito, de una carta escrita por su padre en su cuidado alemán de estudiante, quizá una invitación a algo, de la que se había perdido la intención y solo quedaba la primera frase, que sugería tiempos pretéritos y más felices. Con caligrafía levemente inclinada, él había escrito las palabras «¿Me haríais, hermosa dama, el honor de...?»,

interrumpidas por un desgarrón que había borrado para siempre el resto del mensaje.

Edith se frotó los ojos y cogió otra vez la pluma.

«Mi muy amado, no te imaginas cuánto pienso en ti y cuánto te echo de menos y cuántas ganas tengo de verte».

Secó cuidadosamente la tinta y puso la carta a un lado. Después, abriendo la carpeta donde guardaba *Bajo la luz de la luna*, sacó sus papeles, releyó el último párrafo e inclinó obedientemente la cabeza sobre su cotidiana tarea de fantasía y ofuscación.

—ME parece que tiene usted un admirador —dijo *Mrs. Pusey* riendo sutilmente.

Edith no respondió, pero aparentemente *Mrs. Pusey* (que llevaba una chaqueta y una falda de hilo verde almendra) no esperaba que lo hiciera, pues volvió la cabeza para convocar a *Maryvonne* y pedirle agua caliente.

Al bajar de su habitación, aturrida y ojerosa tras varias horas de trabajo en *Bajo la luz de la luna*, Edith había encontrado el salón desierto salvo por la presencia de *Mme. de Bonneuil*, quien leía a través de una lupa pequeñísimas porciones de la *Gazette de Lausanne*. El denso y cálido silencio de la habitación indicaba que había llegado tarde para almorzar y temprano para tomar el té. Atravesó el vestíbulo, sintiéndose todavía ligeramente anestesiada por su trabajo, y salió por las puertas giratorias a una tarde de tan madura belleza que se maravilló de habérsela perdido. Un sol otoñal, dulce como la miel, doraba el lago; unas olas diminutas trepaban susurrando a la orilla; un vapor blanco y silencioso pasó camino de *Ouchy*; y a sus pies, sobre el sendero arenoso, Edith vio la imagen verde y erizada del envoltorio de una castaña que revelaba por una hendidura el reflejo marrón de la fruta.

El café de las ventanas nubladas, ahora transparentes y bañadas por la luz de la tarde, estaba casi vacío. Sentada en una mesa silenciosa, Edith cerró un instante los ojos bajo un rayo de luz solar y saboreó el puro placer. El tiempo se disolvió; las sensaciones se expandieron. Bebió un poco de café, pues todavía estaba demasiado cargada de emoción ajena para comer, y se apoyó en el respaldo de la silla, cerrando una vez más los ojos para deleitarse en el reposo que recompensaba sus oscuros e insignificantes esfuerzos. Al abrirlos percibió en la lejanía la extraordinaria figura de la mujer del perro, quien, en la orilla del lago, enroscando y desenroscando su cuerpo largo y estrecho y extendiendo a intervalos el esbelto brazo, el cabello brillante y enredado, profería su extraño grito «¡Kiki! ¡Kiki!», apenas audible desde la ventana, mientras el perrito, del todo ajeno a su neurótico temperamento, corría a buscar los palos que le lanzaban. La solitaria energía de aquella mujer, la insólita expresión salvaje y concentrada de su rostro, transformaron el apacible humor de Edith en un sentimiento más cauto induciéndola a volver sobre sus pasos para regresar al hotel y a la melancolía del exilio.

Estaban sirviendo el té, y Edith se sorprendió de ver en el salón a varias personas desconocidas. Había más camareros jóvenes que antes, afanándose en mesas rodeadas de grupos de hombres de muy buen humor, animados por cordiales debates; uno o dos de ellos levantaron la mirada a su paso, para reincorporarse al instante a los asuntos, más importantes, que les habían llevado allí, desde la conferencia de Ginebra, para celebrar una última reunión informal antes de irse cada uno por su lado. Por vez primera Edith tuvo conciencia del hotel como de un organismo bien poblado, cuyos servidores simplemente descansaban en espera de un acontecimiento adecuado que les diera la ocasión de presentarse, graves y afanosos, en un momento

predeterminado. Al parecer, ese momento había llegado. *M. Huber*, interfiriéndose desde el mostrador en los quehaceres de su yerno, sonreía, asentía y sugería complicadas modificaciones del menú nocturno.

A esa animada escena llegó *Mrs. Pusey*, tarde como siempre, arrugando la nariz al percibir el poco habitual olor de cigarrillos, y quizás algo cansada tras un día que no había rendido lo suficiente en materia de compras. Le explicó a *Edith*, atraída hasta su mesa por una especie de fuerza magnética, que habían ido a encargarse de una blusa calada y habían vuelto con las manos vacías. La mujercita que hacía las blusas acababa de desaparecer sin previo aviso, y eso que sabía perfectamente que *Mrs. Pusey* y *Jennifer* venían todos los años y siempre le hacían un pedido importante. Y en Navidad le mandaban una tarjeta.

—Pero ya ve —dijo *Mrs. Pusey*—. El servicio ya no es como antes, ni siquiera en Suiza. Este ya no es mi mundo. —Sonrió levemente—. No, todo ha cambiado, y no a mejor. Pero si hay algo que *no* estoy dispuesta a hacer, ese algo es bajar de nivel. Siempre he buscado lo mejor. Supongo que es instintivo. Y mi marido decía que solo lo mejor es suficientemente bueno.

—Mamá —exclamó vivamente *Jennifer*—. Tú *eres* lo mejor.

Cogió a su madre de la mano, y su mirada, como la de *Edith*, se posó en los ojos de la anciana, que brillaban de pesar aun a sabiendas de que no había consuelo posible para ella, pensó *Edith*, por mucho que su aflicción no tuviera más origen que el comportamiento desleal de una especialista del calado. Mientras observaba aquella nueva manifestación de comunión maternofilial que tan extraordinaria le resultaba, *Edith* estudió a *Jennifer*, quien siempre le parecía tan inexpresiva como una ventana vacía aunque sus gestos fueran tan vigorosos como enfáticas sus intervenciones. Se dijo a sí misma que *Jennifer* era un ejemplar espléndido, un testimonio espontáneo de los cuidados de su madre. En su amplio rostro blanco, tal vez insuficientemente poblado por un conjunto de facciones más bien pequeñas, se reflejaba la salud rubicunda de una niña ingenua. Todo en ella resplandecía. Los ojos azul pálido, los dientes regulares levemente curvados hacia dentro, la tez impecable, todo tenía su particular brillo; en comparación, el cabello rubio parecía poco menos que polvoriento. *Edith* observó que la ropa que llevaba, bien elegida y quizá demasiado estrecha, le resaltaba el cuerpo sencillo y algo rollizo; *Jennifer* conseguía dar la impresión de que la ropa se le quedaba pequeña porque crecía. Todo en ella era tan caro como correspondía a la fortuna de su madre, pero en un estilo que se diferenciaba de la cuidadosa elegancia de *Mrs. Pusey*. Con sus pantalones de hilo azul marino y su jersey blanco quizá demasiado apretado, *Jennifer* tenía un aire decididamente *gamine*. *Edith* se preguntó cuántos años tendría. Al igual que *Mrs. Pusey* parecía muy joven, pero las dos, por alguna razón indefinible, estaban pasadas de moda. Se referían casi constantemente a tiempos pretéritos, iluminados por la fastuosidad, la felicidad, el éxito, la confianza y la seguridad, tiempos necesariamente remotos y misteriosos para sus interlocutores. *Edith* pensó que probablemente las

conversaciones con las Pusey estaban condenadas a ser extraordinariamente unilaterales. Imponían su pasado tan deliberadamente como su presente, y de alguna manera esperaban que se rindiera homenaje a ambos. No recababan información alguna; una vez convencidas de que Edith estaba sola, la habían requisado, y no solo por amabilidad sino por conveniencia, lo que demostraba, pensó Edith, la finura de su pensamiento. Y las frases de *Mrs.* Pusey, que casi siempre empezaban con las palabras «por supuesto», estaban rodeadas de un margen de tranquila confianza que de alguna manera excluía toda tentativa de introducir una opinión personal en la conversación. Edith lo encontraba divertido y muy relajante; lo que menos deseaba del mundo era hablar de sí misma. No, eso no. Pero se confesó a sí misma que en cierto modo, la alegre pero firme oposición de Jennifer a toda reciprocidad la perturbaba. Después de todo, pensó, somos más o menos de la misma edad, aunque ella tenga unos años menos. ¿Cuántos puede tener? ¿Treinta y dos? ¿Treinta y tres? ¿Quizá treinta y cuatro? Y sin embargo, pertenece a su madre como si esta hubiera sido abandonada en un mundo indiferente y filisteo y Jennifer tuviera el deber de protegerla. Contemplando la sonrisa sin inflexiones de Jennifer mientras *Mrs.* Pusey hablaba, Edith pensó que probablemente no serían muchos los que pudieran averiguar lo que Jennifer pensaba al respecto.

—Se le va a perder —interrumpió en ese instante sus cavilaciones una agradable voz masculina, al tiempo que alguien le tendía su cuaderno, que debía habersele caído al suelo sin que lo advirtiera mientras contemplaba a Jennifer. Levantó la vista sobresaltada y vio que un hombre de buena estatura, vestido con un traje gris claro, la miraba sonriente. Le murmuró su agradecimiento, suponiendo que se iría, pues el momento no era oportuno para invitarle a sentarse con ellas. Pero él le preguntó entonces, con una inflexión ligeramente divertida en la voz, si era escritora. Como si lo *supiera*, pensó Edith, algo confusa, aunque no era probable que nadie tomara en serio la idea de que en aquel lugar pudiera haber un escritor. O al menos eso esperaba. Sonrió distraídamente para eludir otras preguntas, y el hombre, sin abandonar su expresión divertida, se apartó y salió al aire libre, lejos de las mesas de té, en pos de sus amigos o colegas.

—Parece que tiene un admirador —dijo *Mrs.* Pusey—. Y no le quita el ojo de encima desde que llegó. Lo noté inmediatamente —añadió. Hablaba con picardía, pero entornando los párpados como si hubiera que sumar aquel detalle a las decepciones del día. Edith observó que Jennifer seguía sonriendo con mirada vidriosa.

Aunque era hora de subir a cambiarse, ninguna se movió de su sitio. Edith se sentía obligada, por una especie de lealtad, a atender a *Mrs.* Pusey, aunque no veía muy claramente qué pintaba allí la lealtad. Las tres mujeres rumiaban su silencio; ni ofrecían ni intercambiaban confidencias. Precisamente lo que yo quería, se dijo Edith. Pero lo que de pronto anhelaba era hablar con David; la intrusión de un hombre en su conciencia, por paródica que hubiera sido, había tenido el penoso efecto de despertar

su nostalgia. Echó una mirada nerviosa al reloj para calcular la hora; si subía deprisa a su habitación, quizá pudiera alcanzarle antes de que se marchara. En la Sala, pensó, y sintió una punzada de amor y de miedo.

Las primeras palabras que le había oído decir fueron «Tengo que volver a la Sala», y su misterioso sentido le había llamado la atención. Dando vueltas en la cabeza a la extraña frase, había suscitado visiones de patios donde goteaban las fuentes y los silenciosos criados de pantalones de gasa servían sorbetes. O quizá amplios divanes en casas enjalbegadas, con las persianas echadas para impedir la entrada del sol de la tarde, un ocio resplandeciente y soñador inspirado en Delacroix. O graves mercaderes, con sonoras cuentas de ámbar, en cafés bajo el nivel de la acera. Fumaderos de opio. Baños turcos. Un *hammam* embaldosado, las paredes brillantes con puntos de luz reflejada desde el agua. Paz.

—¿A qué se dedica? —le preguntó, fijando los ojos, repletos de aquella visión, en un punto intermedio.

—Soy subastador —respondió él. Y se hizo un breve silencio.

Se habían conocido en una de las irritantes fiestecitas de su amiga Penelope Milne. «Unas copas antes de almorzar el domingo», decía la voz inexorable en el teléfono. «No me hagas quedar mal. Puedes trabajar por la tarde si te empeñas. No seré yo quien te lo impida».

Sí que me lo impides, pensó Edith, porque eres demasiado roñosa para invitar a comer, y a mí no me gusta comer a las dos y media o si vuelvo a casa con un violento dolor de cabeza. El caso es que el día se me estropea sin remedio. Y Penelope tenía una actitud muy curiosa con respecto a la comida; invitar a comer le parecía una especie de sumisión indecorosa. Su compañía solo podía comprarse por la anticuada y vetusta vía de los ramos de flores, las entradas de teatro y las cenas íntimas en los mejores restaurantes, en los que era experta. Para Penelope los hombres eran conquistas, atributos, pero también enemigos; pertenecían a una especie a la que solo había que conceder el tiempo y la atención que en su opinión merecía. El tono que empleaba con los hombres era coqueto, burlón, nunca serio; distribuía en torno a sí una propaganda de idilios cortos, rápidamente consumados, donde prevalecía una alegre falta de compromiso por ambas partes. Parecía enorgullecerse de la ordenada sucesión de los nombres. Edith la tenía por una consumada cazadora. Tenía, además, la costumbre de suspirar solemnemente al referirse a la vida sin sobresaltos de Edith, pues opinaba que esta solo escribía sobre los placeres que la vida le había negado. Se ofrecía generosamente a presentarle a varios conocidos suyos divorciados —a quienes llamaba jovialmente «mis abandonados»— y se picaba si Edith alegaba que no era buena compañera cuando estaba escribiendo un libro. Edith sabía que le habría gustado organizar un encuentro y estar presente en él. Habría orientado la opinión de Edith, haciendo constantes y alegres referencias a su propio éxito con el amable candidato; incluso habría salido a despedirles, enviándoles a un restaurante elegido por ella, y habría susurrado algo al oído del abandonado para terminar diciéndole

firmeramente a Edith que la llamaría a la mañana siguiente. Sin embargo, consideraba que el género masculino era despreciable, y le brillaban los ojos cuando relataba sus conquistas en los variados comités que constituían la sustancia misma de su vida social. A todo el que ignorara las reglas de su juego, le tachaba despectivamente de «hombrecillo».

Era una hermosa mujer de cuarenta y cinco años, y seguiría siendo hermosa muchos años más. Tenía en común con Edith la disposición de sus respectivas casas, a uno y otro lado de la minúscula terraza, la organización doméstica, compuesta por el encargado de limpiar las ventanas (a quien no había que dar la oportunidad de escaparse; ambas tenían la llave de la otra), y *Mrs. Dempster*, su dramática e imprevisible asistente. Ambas daban por hecho que si una enfermaba la otra se haría cargo de la compra y la cocina. Esa circunstancia no se había producido nunca, pero así ambas se sentían más tranquilas. Edith, cansada y contusa por un día entero de silencio, apartaba a un lado la máquina de escribir, bostezaba, salía de su casa y entraba en la de Penelope, quien estaba encantada de aconsejarle lo que tenía que ponerse la próxima vez que saliera. Penelope jamás le hablaba de su trabajo, pero en sus fiestas, demasiado frecuentes, la empujaba hacia alguno de los invitados, como si fuera una niña, y decía: «Supongo que ya conoce a Edith Hope. Es escritora». Así era su amistad.

Aquel domingo en particular, Penelope había conseguido que la fiesta fuera muy concurrida, y había muchas personas que Edith no conocía. Ya se había resignado a permanecer de pie el tiempo prescrito (a Penelope no le gustaba que la gente se sentara) cuando la sonora frase penetró flotando en su conciencia. Rastreándola hasta su fuente, vio un hombre alto, delgado, de aspecto taimado, que cogía cacahuetes a puñados; le notó por la espalda que estaba inquieto, impaciente, deseando marcharse. Cualquier excusa le serviría. De ahí su extraño comentario, al que siguió, quizá con demasiada fluidez habida cuenta de las protestas de Edith, una referencia a una inscripción de última hora en un catálogo que exigía su inmediata atención.

Edith, aún repleta de la visión del *hammam*, el café árabe y la siesta mediterránea, murmuró, algo distraída, cuando él pasó a su lado con andar resuelto:

—¿Podría describirme esa Sala?

Él la contempló desde el extremo interior de su larga nariz, a una altura considerable.

—Un almacén de cinco pisos en Chiltern Street —dijo.

Y entonces ella levantó la vista e intercambiaron una mirada roma, cuidadosamente despojada de toda expresión. Edith bajó los ojos y él se fue. No pronunciaron una palabra más.

Más tarde, mientras ayudaba a Penelope a lavar los vasos, había preguntado:

—¿A qué se dedica ese señor tan alto?

—¿David Simmonds? Ahora lleva el negocio de la familia. La casa de subastas Simmonds. Controlan buena parte de las subastas de grandes casas de campo. Un

bomboncito ¿verdad? Siempre le he gustado, pero últimamente es muy difícil pescarlo. Por cierto, preguntó por ti.

—¿Cómo le conociste? —dijo Edith.

—Fui compañera de colegio de su mujer —dijo Penelope—, Priscilla. Ya sabes. La has visto aquí muchas veces. *Ya* sabes, Edith. Alta, rubia, muy guapa. Hoy no pudo venir.

En efecto, Edith la recordaba: alta, rubia, muy guapa. Una mujer con un aire bastante insolente de autoridad, de confianza en sí misma. Voz alta, segura. Edith había coincidido una vez con ella en el departamento de porcelanas de Peter Jones y había observado que avanzaba a saltitos, seguida de un empleado, como la típica niña mayor, predilecta de los profesores en la sala común de un colegio.

Penelope se quitó el delantal de plástico engalanado con un anuncio de cerveza *Guinness* y se remangó los guantes de goma.

—Edith, me temo que ahora voy a tener que echarte. Richard prometió volver para llevarme a almorzar a la vuelta de la esquina.

Desde su ventana, Edith vio a Richard aparecer a la carrera por la calle con una ligereza digna de encomio. Ágil, pensó. Airoso. Buen traje de cuadros, un poco tirante, sobre espaldas anchas. Mano con venas marcadas en ademán de saludo. Edith pensó en David y sonrió involuntariamente. Se sentó a esperarle.

Cuando llegó, como ella sabía, dos o tres horas más tarde, se contemplaron sin decir palabra, larga y profundamente. En la cama, cayeron instantáneamente en un cálido sueño compartido, abrazados, y cuando se despertaron, casi simultáneamente, se echaron a reír de puro placer. Desde ese mismo instante Edith sintió como si lo supiera todo de él; la única revelación fue su apetito, constante y delicioso. Edith tendría buen cuidado de que la casa estuviera siempre bien surtida de comida.

Eran gente sensata. No había que hacer daño a nadie. Ella, orgullosa, guardaba tan celosamente su secreto que él nada sabía de sus domingos vacíos, de las tardes prolongadas y monótonas, las vacaciones canceladas en el último minuto. Él, maldiciendo interiormente mientras cargaba el coche para el largo regreso de Suffolk tras otro fin de semana atestado e inarmónico, pensaba en la casita de Edith, en la calidad de su silencio, en la penumbra verde del salón. Ella se acostaba demasiado temprano y se lo imaginaba con su familia, sus costumbres, sus riñas, sus regalos. Sus hijos.

Y pensando una vez más en aquello, ahora en el Hotel du Lac, sintió en la garganta el dolor que precede a las lágrimas (aunque sabía ocultarlas muy bien) y, murmurando una excusa a *Mrs. Pusey*, tomó la medida sin precedentes de abandonar el salón antes que ella. Desechó la idea de llamar por teléfono. Después de todo, si no estaba desacreditada, sí estaba, cuando menos, en libertad bajo palabra.

Las lágrimas que habían brotado de sus hermosos ojos claros parecían haberle aguzado la vista. Cuando, unas dos horas más tarde, se sentó a cenar, las luces le parecieron más fuertes, la habitación más colmada de presencias, las mesas llenas.

Después de unos días en el gineceo era agradable ver hombres, dando vida al lugar, y camareros apresurándose a satisfacer sus exigencias. El hombre de gris que le había recogido el cuaderno hizo ademán de levantarse cuando ella se sentó, inclinó la cabeza, y volvió a concentrarse en la extracción de la espina central del lenguado. La mujer del perro estaba maravillosa en un amplio vestido de gasa floreada con tirantes estrechos atados con dos lazos diminutos sobre los hermosos huesos de sus hombros ebúrneos. Edith disfrutó de la cálida atmósfera, la comida, el servicio; se sentía muy cansada, y pensó que esa noche dormiría profundamente.

Mrs. Pusey vestida de gasa y flanqueada mansamente por Jennifer, vaciló un instante en el umbral, como si estuviera abrumada por los nervios, sin atreverse apenas a aproximarse por sí sola a su mesa. No sonrió hasta que *M.* Huber se hubo acercado cortésmente para ofrecerle la mano y conducirla a su lugar. La mujer del perro soltó un resoplido que *Mrs.* Pusey prefirió no advertir.

Edith, anónima de nuevo, y satisfecha con su anonimato, salió como era debido, sin llamar la atención. Sentada en el salón desierto, pues había sido la primera en llegar desde el comedor, sintió su precaria dignidad acosada y a punto de sucumbir ante los embates de la tristeza que había sufrido antes. El pianista inclinó brevemente la cabeza hacia ella al sentarse a tocar. Ella le devolvió el saludo, pensando en cuán limitados se habían vuelto sus medios de expresión: inclinaba la cabeza para saludar al pianista o a *Mme.* de Bonneuil, escuchaba a *Mrs.* Pusey, utilizaba una voz impostada en la novela que estaba escribiendo y, mientras tanto, esperaba una voz que no llegaba a manifestarse y oía muy poco que pudiera significar algo para ella. Las temibles consecuencias de tal condición la hicieron abrir y cerrar los ojos y prometerse a sí misma que sería valiente, que haría mejor las cosas, que no cedería. Pero no era fácil.

Mientras tomaba café en el salón, Edith se sintió redimida por su pesar, obediente e infantil, como le había ocurrido en tantas ocasiones perdidas en la bruma de la infancia, retrocediendo quizá a aquella visita al *Kunsthistorisches Museum* con su padre. Infantilmente deseosa de complacer, acudió a la mesa de las Pusey cuando recibió la señal. El hombre gris se había situado cerca, y aunque fingía leer el periódico, prácticamente se le veía escuchar la conversación. A lo mejor es policía, pensó Edith sin demasiado interés.

—¿Sabe, querida —dijo *Mrs.* Pusey tras repararse el rostro y recibir parabienes por su aspecto— que me recuerda usted a alguien? Su cara me resulta muy conocida. ¿Quién será?

—¿Virginia Woolf? —sugirió Edith, como siempre hacía en esas ocasiones.

Mrs. Pusey no se dio por enterada.

—Me vendrá en seguida —dijo—. Ustedes conversen, chicas —y se llevó el pulgar y el índice de la mano derecha al puente de la nariz, adoptando una expresión de tal gravedad que Jennifer, siempre alerta, dejó de escuchar lo que Edith le estaba diciendo y centró su atención en su madre. Edith se apoyó en el respaldo de la silla y

escuchó al pianista, a quien nadie más hacía el menor caso, hasta que se percató de que el rostro de Jennifer descendía hasta su campo visual.

—Mamá quiere ver la televisión. Nos vamos arriba.

Se volvió de nuevo hacia su madre para controlar la siempre difícil transición de la posición sedente a la erguida. Edith se preguntó una vez más qué edad tendría.

Al llegar a la puerta, *Mrs. Pusey* se volvió dramáticamente y dijo:

—¡Ya me acuerdo! ¡Ya sé a quién me recuerda Edith!

Edith observó que un ligero espasmo contraía la espalda del hombre de gris, que seguía oculto tras el periódico.

—¡La princesa Ana! —exclamó *Mrs. Pusey*—. Ya sabía que me vendría. ¡La princesa Ana!

PERO aquella noche no fue tan fácil dormir. Entre sueños inarticulados, en la pantalla de cine que ocupaba la cabeza de Edith aparecían, como relámpagos, cortos mensajes audiovisuales que tendría que descifrar más tarde. Los finos tobillos, los inesperados zapatos de noche del hombre de gris. Su decisión, en un momento ya olvidado, de plegar el periódico, tan poco convincente, levantarse, estirarse ligeramente y seguir a un colega hasta el bar. El regocijo inesperado y ruidoso que, atravesando toda la anchura del salón, llegaba desde el bar. La salida del bar, una hora más tarde, de la mujer del perro, muerta de risa y un tanto desgredada, del brazo del hombre de gris y de su amigo. La diminuta cabeza de Kiki, dolorosamente erguida ante semejante apostasía, su cuerpo esférico tratando de cerrarle el camino. Un ligero altercado entre *M. Huber* y su yerno al contemplar semejante espectáculo. El mutis nervioso del pianista. Sus sonrisas conciliadoras a derecha e izquierda, solo correspondidas por una leve inclinación de cabeza de *Mme. de Bonneuil*.

Esa información seguía siendo en muchos sentidos oscura. Edith no sabía con seguridad si se había quedado realmente abajo para atestiguar las escenas que irrumpían en su cabeza o si las estaba inventando en algún rincón hiperactivo de su cerebro. Sentía que su noche era agitada, que la única alternativa a despertarse era experimentar nuevas y extrañas secuencias, mitad sueños mitad recuerdos. Todo parecía vivo, henchido de sentido. Pero de un sentido oculto. Se desperezó, incómoda, prisionera de su agitado sueño. En algún lugar, en algún nivel de su conciencia, oyó una puerta cerrarse.

Cuando despertó, bastante más tarde que de costumbre, fue con la vieja y ominosa convicción de que tenía por delante un día perdido. La noche quebrada le había dejado un dolor de cabeza y un deseo instintivo de abstenerse de comida y de compañía. Los ruidos más insignificantes se ampliaban: alguien empujaba vigorosamente un carrito por el pasillo, y las fuertes voces de las criadas eran insoportablemente agudas. Mientras se bañaba, sintiéndose tan torpe como una inválida, se impuso disciplinadamente un régimen de prudencia. La depresión acechaba y había que prevenirse. Escribir era impensable. Se aconsejó a sí misma tomarse las cosas con mucha calma: no pensar. Cerrar las puertas.

Al descorrerlas, las cortinas revelaron otro día resplandeciente. La montaña, con sus costurones de nieve, se veía tan claramente que parecía encontrarse a escasos metros de distancia. El tráfico estaba como suspendido; se iniciaba una actividad distinta. Fuera, en el jardín, los camareros, con sus impolutas chaquetas blancas, disponían sillas y mesas pequeñas bajo el toldo de cristal de la terraza y debatían si convenía bajar las persianas anaranjadas para paliar el calor del sol, ya palpable a través del cristal. En algún lugar distante repicó una átona campana. Domingo, pensó Edith sorprendida.

Era el momento de recurrir a medidas de emergencia del tipo al que se había

hecho adepta. Quizá lo mejor fuera, simplemente, quedarse sentada al sol y leer. No era probable que la molestaran. Sin duda, en ese mismo momento se elaboraban planes de emergencia en otras habitaciones: Edith podía imaginar las conversaciones. Mrs. Pusey y Jennifer quizá estaba pidiendo un coche que las llevara a algún lado; se imaginó un recorrido por una carretera pintoresca, culminado con un espléndido almuerzo. Los hombres de Ginebra se reunirían para hacer algún tipo de excursión, quizá al lado opuesto del lago, a Evian. Mme. de Bonneuil sería una de las pocas en quedarse, para leer en silencio, como de costumbre. La mujer del perro, esa belleza alta y delgada, jamás se dejaba ver de día y era imposible imaginarla de otra forma que comiendo helados y fumando, como un niño que se ha escapado del colegio. Edith pensó que muy probablemente dispondría de todo el día para sí misma, perspectiva que no le disgustaba. Envuelta en su argumento novelístico, cuyo fin principal era distanciarse de las circunstancias demasiado reales que escapaban a su control, sentía un cansancio que parecía excluir todo entusiasmo, toda iniciativa, todo reposo. La ficción, recurso consagrado de quienes se sienten incómodos, podía acudir en su auxilio, pero la elección de libro presentaba no pocas dificultades, porque cuando estaba escribiendo solo era capaz de leer algo que ya hubiera leído antes, y en el estado de agotamiento en que se encontraba, una agitación febril, imperceptible a simple vista, tendía a distanciar hasta lo más familiar. Las palabras se distorsionaban: «tenor», por ejemplo, se convertía en «temor». Le daba horror la idea de ridiculizar algo precioso para ella, lo que la indujo a desechar, muy a pesar suyo, a Henry James. Nada demasiado grande era adecuado, nada demasiado pequeño suficiente. De todas formas, su atención era fragmentaria. Terminó por escoger un volumen de cuentos con el hermoso título *Ces plaisirs qu'on nomme, à la légère, physiques*. Confiaba en que Colette, esa vieja taimada, la sacara del paso.

El silencio reinaba en la terraza, pese a que no estaba vacía. En un extremo se sentaba Mme. de Bonneuil, con un traje de chaqueta *beige*, algo manchado por delante, y un sombrero *beige* muy usado. Tenía el bastón plantado entre las piernas, los ojos fijos en la carretera y un gran bolso marrón dispuesto a un lado, sobre la mesa, al alcance de la mano. En el otro extremo, tendida cuan larga era en una tumbona, completamente silenciosa e inmóvil tras unas grandes gafas oscuras, yacía la mujer del perro.

El hermoso día llevaba en su seno las semillas de su fragilidad: era el último día del verano. El sol ardía en un cielo azul sin nubes: los ásteres y las dalias se erguían, inmóviles, en la luz clara, una luz mate, sin resplandores. Los árboles ya habían perdido el follaje oscuro y frondoso de un mes de agosto y unos primeros días de septiembre que habían sido excepcionales, y la sequedad de sus hojas amarillentas, que de vez en cuando flotaban silenciosamente hasta el suelo, les daba una acrecentada intensidad. M. Huber salió del salón frotándose las manos, satisfecho. Ese día habría muchos huéspedes ocasionales para el almuerzo y el té. Pero de momento todo estaba tranquilo. Nadie hablaba. El único sonido perceptible era el de

la ocasional caída de alguna castaña.

El hombre de gris, que vestía un traje más claro e incluso más elegante que la víspera y que llevaba en la mano, para deleite de Edith, un panamá, salió al jardín e inspeccionó el entorno. Al ver a la mujer del perro se acercó a ella, se inclinó sobre su cuerpo supino e hizo una pregunta aparentemente jovial. Un brazo muy blanco y una mano larga y flácida se elevaron débilmente para responderle. El hombre de gris saludó a Edith, y también a Mme. de Bonneuil, con una inclinación de cabeza, y se marchó a sus asuntos, dejando ver una vez más su ocasional y secreta sonrisa.

Cuando dobló la esquina, la mujer del perro se incorporó súbitamente, se inclinó hacia Edith y musitó atropelladamente:

—¡Oiga! ¡Oiga! Disculpe, no sé cómo se llama. ¿Me haría el gran favor de sentarse aquí conmigo? No quiero que ese hombre me siga rondando, y la única forma que tengo de rechazarle es armar un escándalo, cosa que, le aseguro, no me importaría demasiado.

Obedientemente, y sin lamentarlo demasiado, Edith cerró el libro y cruzó la terraza para sentarse en una sillita a la cabecera de la tumbona. Un día tan hermoso, tan tranquilo..., pensó. En fin, menos mal que no se ha traído al perro.

—Monica —dijo la mujer tendiéndole una mano estrecha y sin huesos.

—Edith —dijo Edith, estrechándosela con cuidado. Mejor no meterse demasiado a fondo, se dijo a sí misma.

—Me he estado preguntando quién podía ser usted —dijo Monica—. Tenía ganas de conocerla y charlar, pero siempre la he visto con *Mrs. Pusey*, a quien no soporto.

—¿Dónde está? —preguntó Edith lamentando que su interlocutora no hablara más bajo. En cierto modo temía que *Mrs. Pusey* se materializara, vestida de jamete blanco, mística, maravillosa, para restablecer su sentido del orden y de la jerarquía, y también para inaugurar las distracciones legítimas del día.

—Dios sabe. Al menos hoy no estarán comprando bragas. Oh, le pido *mil* disculpas. Lencería. —Pronunció la última palabra con un exagerado acento francés—. Aunque la creo muy capaz de despertar a cualquiera y hacerle abrir la tienda simplemente porque se ha encontrado un par de miles de francos sueltos en algún bolsillo.

—Parece que tiene mucho dinero —murmuró Edith tratando de dar un tono neutral a su voz. Así, pensó, deben sentirse los criados cuando chismorrear en sus habitaciones.

—Forrada —dijo la otra—. Comercio, por supuesto. Papá querido les dejó un buen paquete. Vino —añadió, en respuesta a la curiosidad de Edith—. Era importador de jerez. Y lo más curioso es que a la viejita no le gusta nada el jerez. Solo el *champagne*. Claro que ¿a quién no le gusta?

Edith se estremeció, recordando la última vez que había bebido *champagne*.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Monica.

Estoy cansada, pensó Edith. Debo tener cuidado. No voy a confiarme a esta mujer

lánguida y lujosa, que de todas formas se aburriría si lo hiciera. Lo único indicado es una conversación ligera.

—Estoy bien —dijo—. Pero ¿dónde está Kiki?

Monica puso cara larga.

—Ha caído en desgracia. Encerrado en el cuarto de baño. Es absurdo pretender que un perrito como él se comporte como lo haría si tuviera sus cosas. Pero los suizos detestan a los perros. En mi opinión, ese es su peor defecto.

—¿Lleva aquí mucho tiempo? —preguntó Edith.

—Siglos —suspiró Monica—. Estoy aquí por motivos de salud.

—Oh, lo lamento. ¿Ha estado enferma?

—No —respondió la otra—. ¿Le parece que tomemos un café? —Convocó con un gesto imperioso de la mano a un camarero que parecía una sombra—. Es muy agradable tener con quien hablar —dijo. Parecía recobrar por segundos una animación perdida hacía mucho tiempo, y cuando llegó el café lo sirvió generosa y descuidadamente, pero nada más tomar un trago encendió un cigarrillo inmensamente largo con un encendedor del que surgió una llama de dos pulgadas. Todo cuanto la rodeaba parecía exagerado: su altura, la longitud de sus dedos extraordinarios, su voz argentina, sus enormes ojos color de ostra, hoy, observó Edith, ligeramente inyectados en sangre tras las gafas oscuras. Un decaimiento. Tristeza. Hay que andarse con cuidado.

Monica señaló el cigarrillo con un gesto de la cabeza.

—Prohibido, por supuesto. Instrucciones estrictas. Al infierno.

Inhaló profundamente, como si se dispusiera a sumergirse en varias brazas de agua. A los pocos segundos, dos hilos de humo emergieron de sus perfectas fosas nasales. Quizá una mancha en un pulmón, pensó Edith, inspeccionándola. Y qué bella es. Hasta ahora no me lo había parecido.

Oyeron el sonido de unas ruedas sobre la gravilla y volvieron la cabeza. Mme. de Bonneuil, con el rostro chato contraído en una sonrisa, pugnaba por levantarse. La puerta de un coche se cerró con ruido y un hombre entró ágilmente en el jardín, seguido de una mujer vestida de rojo que hundía las puntas de los altos tacones en el césped. «*Eh bien, maman*», exclamó el hombre, con fingida alegría. Se besaron.

—Pobre vejstorio —dijo Monica bajando ligeramente el tono de voz—. Vive para ese hijo. Haría lo que fuera por él. Y él viene a verla una vez al mes, la saca en el coche, la vuelve a traer y se olvida de ella.

—¿Qué hace aquí?

Monica se encogió de hombros.

—Es cosa del hijo. Considera que su madre es demasiado rústica para vivir bajo el mismo techo que esa espantosa mujer, que, dicho sea de paso, era peluquera hasta cazar al primer marido. Este es el segundo. Mme. de Bonneuil tenía una casa preciosa cerca de la frontera francesa: por cierto, son de bastante buena familia. Naturalmente, la nuera quería la casa para ella sola. Así que la vieja tuvo que irse. No soporta a la

mujer, por supuesto. La desprecia. Con toda razón. Vive aquí porque no quiere que su hijo sufra.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Edith sorprendida e impresionada.

—Me lo dijo ella —dijo Monica aspirando el humo de otro cigarrillo.

—Nunca le he oído decir una palabra —musitó Edith.

—Bueno, no le es fácil. Es sorda como una tapia. Vaya vida —añadió Monica al ver que Edith la miraba con curiosidad.

Vieron que el hombre y su mujer introducían a Mme. de Bonneuil en el asiento posterior del coche. Una pareja deplorable, pensó Edith. El hombre rechoncho, de tez oscura. Llevaba gafas de sol. Parecía un *croupier* de asueto hasta el anochecer. La mujer era mucho más joven, morena, voluptuosa, cara. Volverá a casarse, pensó Edith mientras el coche se alejaba. Quizá entonces Mme. de Bonneuil pueda volver a casa. Pero no parece probable.

Monica —pensó más tarde, mientras paseaban lentamente a orillas del lago— sabe mucho más que yo; no en vano parece una esfinge. Había pasado una mañana agradable en su compañía. Pero le intrigaba que Monica insistiera tanto en que fueran otra vez a tomar café y tartas.

—Es casi la hora de almorzar —protestó.

Una mirada evasiva atravesó fugazmente el rostro de Monica.

—Vamos, vamos —suplicó—. Es domingo. Y estoy harta de ese horrible pescado.

Mientras contemplaba a Monica ensartar resueltamente un *éclair* con el tenedor, Edith pensó, con cierta humildad, que no era buen juez de la naturaleza humana. Era capaz de inventar personajes, pero no de descifrar los de la vida real. Para comprender la vida necesitaba un intérprete. Y aquella mujer era muy agradable, realmente muy agradable. Aunque proclive, evidentemente, a provocar disensiones. M. Huber había fruncido el ceño al verla virar en dirección al café, seguida de Edith.

—A la que no acabo de entender —dijo Edith con desverguenza, mientras Monica se echaba atrás y aspiraba golosamente el humo de un nuevo cigarrillo— es a Jennifer.

Los delicados ojos elípticos de Monica se vaciaron de toda expresión.

—Jennifer —dijo—. Jennifer —añadió, tras hacer una pausa— es, se lo aseguro, perfectamente sincera.

—Tenemos que irnos —dijo Edith con firmeza, tras echar una mirada al reloj y ver que ya era casi la una. El rostro de Monica adoptó de nuevo su habitual gesto de obstinado abatimiento. Nada de dramas, por favor, pensó Edith—. Vamos —dijo, tendiendo una mano a su compañera, que permanecía sentada, inmóvil, los hombros encorvados—. Está mucho más guapa cuando sonrío. Y hace un día muy hermoso. ¿Por qué no volvemos juntas?

Lentamente, a regañadientes, Monica se dejó conducir hasta la puerta, esbozando una pequeña sonrisa que no llegó a nacer. Aquí hay algún misterio, pensó Edith.

Al llegar al Hotel du Lac se encontraron con *Mrs.* Pusey y Jennifer sentadas en la terraza con el desconocido del sombrero panamá. Una botella de *champagne* asomaba en un cubo sobre la mesa.

—Ahí está —llamó *Mrs.* Pusey con voz cantarina—. Acompáñenos, querida. La andábamos buscando. —Hizo caso omiso de Monica, que frunció los labios, se caló las gafas y se dejó caer desdeñosamente en la tumbona.

La aparición en la puerta de varios camareros, con sus servilletas al brazo, salvó a Edith, que se sentía molesta por el desprecio de que era objeto su nueva amiga. Al ver a los camareros, *Mrs.* Pusey se concentró en el esfuerzo de levantarse de la silla que ocupaba. El hombre del sombrero panamá le ofreció el brazo, y ambos se dirigieron en procesión hacia el comedor, seguidos de Jennifer con la chaqueta de su madre.

—Vamos, Monica —insistió Edith. Pero Monica curvó hacia abajo la comisura de los labios, levantó una vez más la mano flácida y cayó dormida a todos los efectos.

La tarde era dorada y melosa. La belleza de aquel día perfecto indujo a todos los presentes a salir una vez más a la terraza, donde Edith, viendo que Monica exhibía un perfil pétreo y unos ojos fuertemente cerrados, se unió al grupo formado por las Pusey y el caballero del sombrero panamá, que le fue presentado como *Mr.* Neville. Transcurrió una hora lentamente, pues *Mr.* Neville había obtenido periódicos dominicales ingleses a través de alguna fuente desconocida y los había distribuido amablemente. Pero *Mrs.* Pusey, tras ojear distraídamente los suplementos en color, suspiró y dijo:

—Qué mundo tan feo. Ambición y sensacionalismo. Sexo barato. Y ningún gusto. Ni el menor indicio. Querida ¿te importaría subir a traerme el libro? Sí —prosiguió mientras Edith y *Mr.* Neville trataban, cortés pero insistentemente, de hacer caso omiso de la interrupción—. Me temo que soy muy romántica —y mientras hacía esa aclaración, les sonrió, obligándoles a renunciar al *Observer*, al *Sunday Times*, al *Sunday Telegraph*—. Compréndame, me educaron para creer en los verdaderos valores. —Allá vamos, pensó Edith reprimiendo un pequeño bostezo—. Para mí, amor significa matrimonio —prosiguió *Mrs.* Pusey—. El enamorado debe cortejar a la amada. La mujer tiene que saber hacerse adorar por el hombre —*Mr.* Neville inclinó la cabeza, ponderando cortésmente esa opinión—. Bueno, quizá yo haya tenido suerte —añadió *Mrs.* Pusey riendo levemente y bajando la vista para enderezar un lazo de su blusa de seda—. Mi marido me adoraba. Gracias, querida —dijo a Jennifer cuando esta le entregó un libro de bolsillo en cuya portada se veía un forzado perfil estilo Art Nouveau—. Me gusta este tipo de historias —prosiguió. Edith observó que era capaz de hablar aunque estuviera leyendo.

—*El sol de medianoche* —declamó solemnemente *Mr.* Neville—De Vanessa Wilde. No conozco a esa escritora —dijo a Edith observando su perfil mientras ella contemplaba, con expresión lejana, la superficie del lago.

—Pero este no es de los que más me gustan —dijo *Mrs.* Pusey.

Edith, en su condición de autora, se sintió dolida. La verdad es que a mí me

gustaba bastante, pensó. Recordó que a la sazón David estaba veraneando, displicentemente tendido, con su mujer, en una playa griega. Imaginaba que lo estaba pasando maravillosamente y escribía diez horas al día para no pensar en él. Bastante orgullosa de sí misma. Hacía ya tres años.

Viendo que palidecía, y que los ojos se le llenaban de la bruma del recuerdo («¡Edith, ponte las gafas!», habría dicho Penelope), *Mr. Neville* se inclinó hacia adelante.

—Me pregunto si no le apetecería dar un paseíto cuando hayamos pedido el té para estas damas —dijo—. El día es demasiado hermoso para desaprovecharlo. Puede que no volvamos a tener otro así.

Edith vaciló.

—Sí, querida, vaya usted —dijo *Mrs. Pusey* como si quisiera poner de relieve la intensidad con que leía—. Espero verla después de cenar.

Un día muy completo, pensó Edith complacida por el silencio que guardaba su acompañante mientras se alejaban lentamente del pueblecito caminando por la orilla del lago. El castillo, melancólico, sombrío, una silueta repelente que contrastaba con el resplandor del agua, ocupaba una lengua de arena que se adentraba en el lago como para impedir todo progreso. Pronto se ocultaría el sol, y su forma masiva se oscurecería y parecería avanzar hacia ellos. Se detuvieron instintivamente, poco deseosos de contemplar aquella extinción ritual, y se volvieron hacia el parapeto, donde se apoyaron. El día perdía color muy lentamente a medida que el azul del cielo se blanqueaba en la hora neutra que anuncia el fin de la tarde. La tristeza que acompaña al anochecer se apoderó de Edith. Su compañero la miró de soslayo.

—¿Nos sentamos un momento? —propuso llevándola hacia un banco de piedra. Cruzó los elegantes tobillos y le pidió permiso para encender un purito—. Bien, *Mrs. Woolf* —dijo—. No creo que nos hayan presentado como es debido. Philip Neville —añadió pausadamente.

Edith le lanzó una mirada penetrante, consciente por vez primera de que su existencia no se limitaba a sus tobillos y al perfil que por lo general le presentaba mientras centraba su atención en *Mrs. Pusey*.

—¿O puedo llamarla Vanessa Wilde? —prosiguió él.

Por primera vez desde hacía semanas, Edith se echó a reír. El sonido, que no oía desde tanto tiempo atrás, la sorprendió. Una vez lanzada, no podía parar. *Mr. Neville* la observaba con expresión complacida mientras las rachas sumergidas se abrían camino hasta la superficie. Finalmente, también él se dejó contagiar, y una sonrisa se demoró en su rostro mientras Edith se secaba los ojos.

—Eso, si me permite decirlo, ha mejorado notablemente su aspecto habitual.

Edith le miró sorprendida.

—No suponía que nadie se interesara por mi aspecto —dijo—. Más bien pensaba que era útil como público, pero solo en la medida en que una modelo lo es para un pintor; cosas de las que se puede prescindir cuando ya no se necesitan.

—¿Y usted se ve a sí misma como una modelo?

—No. Así es como me ven los demás.

—¿Y le exigen ser vista pero no oída?

—Me exigen que escuche y no hable.

—Pues para no hablar, proporciona usted volúmenes enteros de información.

—No me percataba...

—Es usted muy majestuosa. No insinuaba que se le haya visto hacer muecas.

Supongo que no suele hacerlas.

—No esté tan seguro —dijo Edith súbitamente sombría.

—No, no. No me parece que sea una persona confusa. Quiero decir que si yo fuera más joven y siguiera más atentamente la moda, probablemente afirmaría que puedo descomponer los significantes de su discurso.

Edith sonrió de mala gana.

—Eso está mejor. Supongo que se estaba aburriendo bastante.

La dulzura, la amable exactitud del comentario hizo que se le encendieran las mejillas. Respiró hondo para serenarse y asintió; los ojos le brillaban.

—Claro —dijo él—. Claro. Entonces sugiero que salgamos un día de estos, pronto. ¿Conoce las colinas que hay en el sur?

Edith negó con la cabeza.

—Tierras de vid —dijo él—. Y hay muy buenos restaurantes. La llamaré por teléfono, si me lo permite.

Regresaron al hotel por donde habían venido. *Mrs.* Pusey y Jennifer se disponían a dejar la terraza. Se saludaron con ademanes evasivos. Monica había desaparecido sin dejar rastro. *Mme.* de Bonneuil, con una sonrisa de ansiedad pintada en el rostro, permanecía sentada mientras su hijo y su nuera discutían a grandes voces, que ella no alcanzaba a oír, cosas que solo a ellos interesaban. Finalmente, su hijo, obedeciendo a un movimiento de cabeza y a un «*On s'en va?*» de su esposa, se levantó apresuradamente y se dispuso a marcharse. Su esposa ofreció la mejilla a su suegra y se fue rápidamente al coche. *Mme.* de Bonneuil trató de retener a su hijo, pero en seguida sonó la bocina del coche, a lo que él respondió exclamando «*J'arrive*» y depositando dos sonoros besos en las mejillas de su madre. *Mme.* de Bonneuil se quedó de pie en la terraza, con la vista fija en el lugar por donde había desaparecido su hijo, hasta que la misma Edith y *Mr.* Neville llegaron a palpar el silencio que caracterizaba su vida.

Esa noche, mientras cenaba a solas, Edith sintió que recuperaba por momentos la sonrisa. Tomó café con las Pusey y se retiró temprano. A decir verdad, estaba agradablemente cansada, y algo más satisfecha que de costumbre.

—Jennifer —dijo *Mrs.* Pusey vehementemente—, dile al bueno de *Mr.* Neville que venga a hacernos compañía. Está solo, pobre hombre.

Pero *Mr.* Neville sabía cuidar de sí mismo, y se cuidaría, pensó Edith caminando sonriente hacia la puerta.

Cuando corrió las pesadas cortinas para salir al balcón, observó que había luna y que el aire era lechoso. Se sentó un rato y pensó en muchas cosas. Una noche hermosa, agradable, tranquila. De las más tranquilas. Se sentía bien, y cuando finalmente se acercó al espejo para cepillarse el cabello lo hizo pensando que esa noche iba a dormir bien.

Pero un grito agudo procedente del pasillo y el ruido apresurado de unos pasos la sobresaltaron con la conciencia del peligro. Escuchó, inmóvil, sintiendo el despertar de antiguos temores. Silencio. Abrió la puerta cautelosamente, vio que la luz fluía de la *suite* de las Pusey y oyó voces. Dios mío, pensó. Un ataque al corazón. E hizo un esfuerzo de voluntad para ocuparse de lo necesario.

La puerta abierta era la de Jennifer, y la propia Jennifer, de cuyos rollizos hombros resbalaban los tirantes de un camisón de satén, reía y emitía pequeños gemidos, tratando de guardar el equilibrio sobre la cama con las piernas encogidas. Su madre, vestida con un kimono de seda rosa claro, estaba de pie en el umbral y se cubría la boca con la mano. En la esquina, en cuclillas, *Mr. Neville* se afanaba con un periódico. Cuando terminó se acercó a la ventana y tiró algo afuera.

—Ya no hay peligro —dijo gravemente—. Se acabaron las arañas.

Y levantó la vista fugazmente hacia Edith.

Mrs. Pusey se adelantó y le puso una mano en el brazo.

—¿Cómo agradecerélo? —musitó—. Las arañas la aterran desde muy niña.

Pero ya no es muy niña, reflexionó Edith, cuya mente había captado, como en una fotografía, una imagen de Jennifer hasta entonces desconocida: una odalisca, pensó. Y el camisón dejaba ver una buena cantidad de carne perfectamente adulta.

Una vez en el pasillo, se despidió agitando un brazo de *Mr. Neville*, cuya sonrisa secreta ocupaba una vez más su lugar.

Más avanzada la noche, Kiki se despertó de su larga convalecencia y, hambriento, emitió un lamento que se prolongó hasta el amanecer. Mientras flotaba, por fin, hacia el sueño, Edith creyó oír el ruido de una puerta que se cerraba.

«QUERIDÍSIMO David,

»Me han descubierto, pero sobre eso volveré más tarde.

»Siento no haberte escrito estos dos últimos días, pero el desierto del Hotel du Lac ha empezado a florecer como un rosal con nuevas y extrañas relaciones. Me temo que *Mrs. Pusey* y *Jennifer* ya no pueden contar conmigo como oyente de la saga de sus compras (siempre un triunfo: lo último de lo último, lo mejor de todo, sea lo que sea) porque también yo salgo de compras, inducida a esta actividad poco habitual por mi nueva amiga *Monica (Lady X)*, encantada de tener un pretexto para salir disparada en un coche alquilado a una tiendecita que ella conoce, para equiparme con un surtido de prendas que obedecen más a su gusto que al mío. De hecho, a veces pienso que ella y *Mrs. Pusey* se parecen entre sí más que ninguna de ellas a mí, pero por alguna razón no se llevan bien y me utilizan como Estado interpuesto. Estoy sometida a un cierto grado de balcanización. No puedo decir que nada de ello sea muy apasionante, pero me he comprado un traje de seda azul muy bonito y creo que te gustará. *Monica* dice que me rejuvenece mucho. No quiero ni pensar en el aspecto que debía de tener cuando llegué.

»*Monica*, por su parte, es una compañera exigente pero estimulante. Y ya he averiguado qué hace aquí. *Monica* tiene lo que cortésmente se denomina un problema alimentario: al menos así lo llama ella. Las revistas están llenas de ese tipo de cosas. En la práctica, lo que ocurre es que llega al comedor desganada y algo irritada por una crisis de mortal aburrimiento, juguetea con la comida, y termina pasándole la mayor parte a *Kiki*, al que tiene sentado en el regazo. Entre comidas se la ve en un café cercano a la estación, comiendo pasteles. Todo ello oculta una historia interesante. Su noble esposo, que necesita urgentemente un heredero, la ha pasaportado aquí con instrucciones de ponerse a punto; de no acontecer tal cosa, *Monica* será correctamente despedida y se le indicará que debe abandonar el domicilio para que *Sir John* pueda tomar las medidas oportunas. Como es natural, está de mal humor. Come pasteles como otras van de visita a los barrios pobres. Pero está muy triste, porque también ella desea tener un hijo, y no creo que lo consiga nunca. Es tan hermosa, tan delgada, tan malcriada... ¡Tiene la pelvis del tamaño de un hueso de la suerte!

»Hasta el momento, nuestras salidas se han ajustado al modelo corriente. Paseamos sin rumbo fijo por el pueblo, y ella señala desdeñosamente las mercancías, algunas muy caras, de las tiendecitas. Cuando llegamos a *Haffenegger's* decide que necesita urgentemente una taza de café. Es como salir con una niña; se queda parada y se niega a dar un paso más, y entonces *Kiki* se pone a ladrar y entramos. La taza de café evoluciona hasta convertirse en varios pasteles, pues *Monica* no se toma la molestia de fingir conmigo. Dice que conmigo se siente segura (¿y quién no?) y derrama sobre mí una vez más el largo galimatías de su dilema. Odia y teme a su

marido, pero solo porque no la ha protegido, y se imagina condenada a la soledad y el exilio. En eso es presciente. Yo me la imagino, de aquí a unos años, convertida en una mujer paquete, pagada para que viva en el extranjero, en un hotel como este, en diversos Hotel du Lac, el hermoso rostro demacrado y desdeñoso, el perro permanentemente bajo el brazo. Su última arma será un esnobismo inquebrantable, que ya empieza a despuntar. Desprecia a la familia de su marido, que considera compuesta por quincalleros ennoblecidos (tengo entendido que uno de los antepasados del marido inventó a principios del siglo XIX un dispositivo industrial, pequeño pero imprescindible), y glorifica a su propia estirpe, particularmente inútil. Es lo que Iris Pusey llamaría una cazadora de fortunas. Pero no es probable que consiga otra fortuna, y su elegante y hierático rostro se abate con una expresión de tristeza cuando contempla lo que puede ver de su futuro.

»Naturalmente, todo esto ocupa gran parte del tiempo que pensaba dedicar a mi libro, pero se me ha ocurrido que podría quedarme un poco más. Sigue haciendo muy buen tiempo.

»Y estoy haciendo ejercicio, cosa que me hacía mucha falta. He conocido a un hombre, un tal Neville, bastante parecido al retrato del duque de Wellington que robaron hace tiempo de la *National Gallery*, que anoche me llevó a dar un largo paseo...».

Edith dejó a un lado la pluma, porque no habría sido correcto proseguir. Por las fronteras de su pensamiento merodeaban ideas toscas y mezquinas, en espera de una oportunidad para prevalecer. A decir verdad, no le gustaba mucho dedicar tanto tiempo a hablar de ropa o a calcular los ingresos o las oportunidades de otras mujeres; eran temas que siempre le habían parecido, por su propia naturaleza, de baja estofa. Sin embargo, siempre terminaban por arrastrarla a ese tipo de conversaciones y, aunque no participaba activamente en ellas, tampoco se retiraba completamente inmaculada. Monica, por ejemplo. Con Monica entraba en un deplorable mundo de provocaciones, de pullas, de desafíos, de anhelos de combate. Negándose a comportarse como conviene a una esposa, Monica ponía abiertamente en evidencia la lamentable empresa consistente en cebar la trampa sexual; a base de desfachatez lograría herir el orgullo de su esposo, humillarlo hasta obligarle a quedarse con ella, o de lo contrario arruinaría su reputación. Y aunque él la había abandonado a su suerte mientras perseguía otros intereses, otros planes, ella le esperaba, como se espera al enemigo; cuando se encontraran despertaría, a fuerza de insultos o de ultrajes, la furia que antaño habitara entre los dos. Y mientras tanto se gastaría su dinero, le haría perder el tiempo, meditaría su venganza. Y, como la gran aventurera que antaño había sido, necesitaría una ayudante, un personaje dócil y condescendiente que contrastara con ella, en quien pudiera confiar y cuya opinión pudiera permitirse descartar.

La misma función, reflexionó Edith, desempeñaba con *Mrs. Pusey*. La imagen de *Mrs. Pusey*, y por extensión la de Jennifer, empezaba a verse a una luz bastante más despiadada que al principio. El éxito de *Mrs. Pusey* era del tipo que Monica

desdeñaba alcanzar: burgués, lujoso, manifiesto. Las referencias de *Mrs. Pusey* a su marido inquietaban a Edith, quizá porque parecían estar en función del narcisismo de *Mrs. Pusey*; *Mr. Pusey*, que aún no tenía nombre, tampoco habría tenido profesión ni hogar de no haber sido esas circunstancias reveladas por ciertos indicios. Su carácter, sus gustos, hasta su aspecto físico estaban cubiertos por un velo de misterio. Su forma de despedirse de esta vida era oscura y sin fecha, aunque Edith había aprendido a cuidarse de esa revelación última, pues se sentía reacia a dispensar el consuelo y la comprensión que inevitablemente habría de concitar. También yo tengo un pasado, pensó en un arranque de indignación poco habitual en ella. También yo he tenido mis muertes y mis partidas, algunas de ellas bastantes recientes. Pero he aprendido a escudarme de ellas, a ocultarlas, a mantenerlas a raya. Exhibir mis heridas denotaría en mí una incontinencia emocional de la que después podría avergonzarme.

Sin embargo, lo que preocupaba a Edith no era tanto el sereno exhibicionismo de *Mrs. Pusey* como las manifestaciones que había vislumbrado en ella de una mente algo salaz. La inclinación de *Mrs. Pusey* a coquetear, incluso cuando no había nadie con quien hacerlo, turbaba en cierto modo a Edith, a pesar de que lo hacía con tanto desparpajo que tendría que haberle parecido inocuo. En las raras ocasiones en que había visto a *Mrs. Pusey* sentada sola, la había sorprendido desplegando toda suerte de maniobras para llamar la atención, creando un pequeño núcleo de actividad que inevitablemente incitaba a alguien a acudir en su ayuda. No era capaz de estarse quieta o tranquila hasta haber atraído la atención de quien estimara necesario para sus designios inmediatos. Edith se preguntó si aquella desmesurada glorificación de su propia persona, de su encanto físico, que tan despiadada y al mismo tiempo tan inocentemente manifestaba, era realmente atractiva en una mujer de su edad. Aquella obstinación en no ceder nunca el primer plano, ni siquiera a Jennifer, que a su lado se mostraba del todo eclipsada, del todo pasiva, en contraste con la mirada ardiente de su madre, su cabeza ladeada, su apasionada concentración en la ropa que iba a vestir a continuación... Y la visión que Edith había tenido en su dormitorio, aquellos *déshabillés* exóticos, no todos ellos del mejor de los gustos, ¿debían tomarse a risa, como manifestaciones de un capricho inocuo, de una simple y lúdica afición por el adorno? Porque seguramente, sin duda no eran más que eso, reflexionó Edith sintiendo que los antiguos prejuicios estaban a punto de salir a flote. Su madre, Rosa la vienesa, no habría abrigado la menor duda. Una sola mirada a *Mrs. Pusey* y habría reído sombríamente, percibiendo al instante el temperamento que más admiraba en una mujer, tema muy debatido con su hermana y su prima cuando hablaban de sus conquistas y de sus rivales justamente fuera del alcance de los oídos de su madre y su tía. *Très portée sur la chose*, habrían convenido, en el francés con fuerte acento extranjero que utilizaban como código. Y Rosa habría fruncido los labios, no por desprecio, sino por nostalgia vengativa de los años que había desperdiciado, que debían haber estado colmados de amantes e intrigas y sin embargo transcurrieron monopolizados por un marido cada vez más mudo y una hija silenciosa.

Y *Mrs.* Pusey odiaba a Monica, en quien percibía no solo oposición sino también fracaso. Para *Mrs.* Pusey, Monica no era simplemente una cazadora de fortunas, sino además el tipo de mujer que no cabía esperar que ella tolerase en su presencia. *Mrs.* Pusey calificaba despectivamente como «una fachada» las cumbres de desdeñosa distinción que Monica alcanzaba con tan poco esfuerzo. No aclaraba lo que había detrás de la fachada. Pero daba a entender que lo sabía.

Lo que induce a muchas mujeres a casarse, reflexionó Edith, es la compañía de personas de su propio sexo. Así le había ocurrido a ella. La mansedumbre de su cabeza inclinada no había conseguido desviar las confianzas con que a Penelope Milne le gustaba obsequiarle diariamente ni, aún peor, las cuestiones que se sentía autorizada a plantearle. Perfectamente serena, Edith cuidaba su jardín, escribía y, el rostro inasequible a todo signo de piedad, de comprensión, de curiosidad, suspiraba silenciosamente por David.

Todos la consideraban una solterona, o cuando menos una señora soltera. Algunas conocidas suyas, solteronas lascivas, miraban desesperadas al cielo cuando les decía, respondiendo a sus preguntas, que no había nadie en su vida, y jamás se les ocurría pensar que mentía. Mentía bien, sin pretensiones. A veces pensaba que el tiempo dedicado a preparar los argumentos de sus novelas la habían preparado para aquella aventura final, su historia hecha realidad. Sabía que David no mentía tan bien, y que incluso se permitía sugerir a su esposa, en alguna de sus peligrosas disputas, que podía buscar en otra parte. Su esposa se reía desdeñosa, sabedora de que estaba cargado de responsabilidades —casas, hijos, situación profesional— de las que no podía liberarse. Sus amigos se mostraban indulgentes con él: era atractivo y podía permitírsele que se divertiera un poco. Pero sospechaban que se divertía con una sucesión de secretarías jóvenes y robustas, o con esposas de otros. Nunca con ella.

Edith, por supuesto, conocía a la esposa de David, pero se las arreglaba para no verla nunca. Solitaria por naturaleza, no se extrañaba de que la gente la abandonara a su suerte. En cierta ocasión se había forzado a ir a una cena, como deber social, sin saber que la iba a encontrar allí. Pero ya antes de entrar en el salón oyó su risa de triunfadora y no supo, en la confusión del momento, si hacía falta más valor para irse o para quedarse. En cualquier caso, sus pasos la guiaron por sí solos, y no tardó en sentarse, con un vaso en la mano, y a todos los efectos completamente normal. Se comportó bien, como sabía que esperaban que se comportara: tranquila, cortés, sin arriesgar mucho. Mientras escuchaba al agradable caballero de mediana edad que tenía sentado a la izquierda (y mientras su anfitriona les observaba con expresión de propietaria complacida), miró al otro lado de la mesa y vio a la mujer de David, el rostro encendido, bastante bebida, discutidora. Atractiva, pensó tristemente. Pero no por ello satisfecha. Su vecino acercó un mechero al cigarrillo que Edith había cogido y ella se volvió hacia él con su sonrisa grave de siempre. Más tarde, cuando la velada se acercaba a su fin, vio a David sentado con un brazo en el respaldo de la silla que ocupaba su esposa, y vio que ella, los ojos ya bastante vidriosos, el rostro muy

sonrojado, ya no abría la boca. Comprendió que esa noche harían el amor y, levantándose con cierta brusquedad, dio las gracias a su anfitriona por la deliciosa velada.

—¿Tienes que irte, querida? Todavía es temprano.

—Tendrás que disculparme —dijo ella—. Hay algo que me gustaría mucho acabar...

—Pobre Edith. Quemándose las cejas. Pero qué libros tan bonitos. Todas somos grandes admiradoras, querida. Veamos ¿cómo vas a llegar a casa?

Su vecino de mesa se ofreció a llevarla en su coche, y salieron juntos. Durante el camino de vuelta desde Chesham Place ella no dijo gran cosa. También su acompañante, cuyo nombre era Geoffrey Long, guardaba silencio, pero Edith sintió vagamente su compañía como una afable y consoladora presencia. Le dijo que no se bajara del coche, pero añadió que un día tenía que venir a tomar una copa con ella, intercambió números de teléfono y se despidió agitando el brazo desde el diminuto jardín de la fachada de la casa. Después arrancó una ramita de espliego, la aplastó entre los dedos y aspiró el aroma de las hojas. Finalmente entró en casa. Oh David, David, pensó.

Sabía que era un hombre incapaz de negarse nada. Y que ella colaboraba con sus caprichos. No debía olvidarlo.

Cuando a la mañana siguiente telefoneó a su anfitriona, supo que la velada había decaído mucho tras su partida. O al menos eso le dieron a entender. «Priscilla es muy traviesa. A veces el pobre David no sabe qué hacer. Pero la verdad es que se adoran». Edith imaginó escenas incendiarias, acusaciones. Pero su anfitriona prosiguió diciendo:

«Me alegro mucho que te llevaras bien con Geoffrey. Anda muy despistado desde que murió su madre. Tenéis que venir otra vez los dos pronto, muy pronto».

Pero Edith no se sentía inclinada a volver y, resuelta a dejar a Geoffrey en las hábiles manos casamenteras de su interlocutora, le dijo que había decidido desaparecer hasta terminar el libro, pero que se pondría en contacto con ella tan pronto como pudiera organizar un poco mejor su tiempo. Pero que le encantaría que viniera un día a tomar el té. El jardín estaba precioso.

De eso hacía cuatro años. Y el desagradable recuerdo de David en aquella velada se borró casi inmediatamente después, cuando Penelope, que era aficionada a reagrupar a sus tropas, aunque estas no fueran conscientes de tal condición, llevó a Edith a una subasta en Simmond's. Encontraron a David con Stanley, el encargado del almacén; estaban sentados, en mangas de camisa y en silenciosa armonía, en sendas cajas de embalaje, y en una tercera reposaban dos tazones de té y un plato de tartas de mermelada de virulentos colores. Poniéndose en pie de un salto, David sonrió a Penelope, y escuchó atentamente sus pícaros reproches, aunque Edith sabía que estaba pensando en algo completamente distinto. Vio a su amiga sonrojarse como es debido pero hablar más de la cuenta cuando los ojos de David se posaban en ella.

«Las dos y media, David», le había advertido Stanley. Y mientras Penelope se volvía hacia este para conversar benévolamente, Edith hizo un esfuerzo de voluntad para adoptar una expresión neutra cuando David, encogiendo los hombros para ponerse la chaqueta, le hizo un gesto y le guiñó casi imperceptiblemente un ojo. Así acordaron, sin palabras, reunirse urgentemente.

Cuando volvieron a verle estaba enfrascado en su trabajo. Conducidas como ganado a las hileras de sillas, reducidas a una obediencia infantil, alzaron la mirada como hacia un púlpito. En el estrado, David, martillo en mano, proclamaba: «Lote Cinco. *El tiempo revelando la verdad*. Atribuido a Francesco Furini. ¿Primera oferta?».

Sentada en su habitación color ternera del Hotel du Lac, con las manos en el regazo, Edith se preguntó qué hacía ella ahí. Y al instante se acordó y se estremeció. Y pensó avergonzada en sus pequeñas injusticias, en sus indignos pensamientos sobre las excelentes mujeres que le habían brindado su amistad y a las que ella no había revelado nada. He sido demasiado dura con las mujeres, pensó, porque las entiendo mejor de lo que entiendo a los hombres. Conozco sus desvelos, su paciencia, su necesidad de proclamarse victoriosas. Su necesidad de no reconocer jamás un fracaso. Sé todo eso porque soy una de ellas. Soy dura porque recuerdo a Madre, y recuerdo su antipatía y estoy siempre alerta para no sufrirla una vez más. Pero no todas las mujeres son como Madre, y pensar que lo son es una verdadera estupidez por mi parte. Piensa un poco, Edith, habría dicho Padre. Has formulado una ecuación errónea.

Inclinó la cabeza abrumada por un sentido de indignidad. He adoptado en vano el nombre de Virginia Woolf.

Permaneció un buen rato sentada. Después se levantó humildemente, se alisó el cabello, cogió el bolso y bajó a tomar el té.

Mme. de Bonneuil, única persona que tomaba el té en el salón, se cepillaba con las viejas manos pardas las migas que le caían en la pechera del vestido. Edith la saludó con una sonrisa y recibió como respuesta una inclinación de cabeza. Transcurrido el fin de semana, el hotel se había vaciado. El clima seguía siendo bueno pero cada vez menos convincente, como si su poder sobre el calor y la luz se estuviera debilitando. En la terraza, el tibio sol tenía una calidad opaca y se iba consumiendo y transformando en niebla a medida que la tarde, cada vez más corta, se desvanecía lentamente. Una vez más, la montaña empezaba a disolverse en la niebla.

—Por fin aparece, querida —dijo Mrs. Pusey—. Últimamente casi parecía que no nos conociera. Jennifer creía que nos había abandonado. ¿Verdad, cielo?

Jennifer, que estaba leyendo el ejemplar de *The Sun at Midnight* que Mrs. Pusey había dejado a un lado, levantó la cabeza y sonrió, su hermoso sistema digestivo momentáneamente en reposo.

—Pensábamos que se había olvidado completamente de nosotras —ratificó—. Mamá estaba realmente triste.

Murmurando negativas, Edith se sentó en su silla de mimbre, y les preguntó qué habían hecho ese día. Y fue recompensada con expresiones felices y una considerable cantidad de información deliciosamente insustancial.

—**APENAS** se nota la proximidad de los glaciares —dijo Edith complacida.

—En efecto —convino *Mr. Neville*—. Aunque la verdad es que no están tan cerca.

Estaban sentados en el patio exterior de un pequeño restaurante bajo un emparrado, con una botella de vino amarillento sobre la mesa que ocupaban. Protegidos por la sombra, veían una placita desierta que brillaba bajo el sol de primeras horas de la tarde. A la altura a la que estaban no podían ni pensar en las nieblas del lago: las medias tintas y las ambiguas pendientes, amables indicios de suavidad y calidez, estaban proscritas, relegadas a la condición de inválidas por la claridad incorruptible de ese aire más alto. Allá arriba el clima era a la vez caliente y frío, claro y oscuro: caliente al sol, frío a la sombra, claro mientras ascendían y oscuro desde que se sentaron en el pequeño café-bar desierto, para descansar hasta que *Mr. Neville* le preguntó a Edith si podía caminar un poco más y se pusieron de nuevo en marcha para alcanzar la cima de algo que Edith tomó por una montaña, aunque la fruta dorada de los árboles que poblaban las huertas de los bancales por donde habían pasado al subir desmentían en cierto modo esa impresión. Ahora, después de almorzar, contemplaban, tranquilamente sentados y a solas, unos pocos metros cuadrados de suelo cubierto de guijarros sin percibir más ruido que el leve gemido de un coche en la distancia y el murmullo de la música que emitía una radio oculta en las profundidades del restaurante, quizá en la cocina, quizá en el saloncito de atrás, donde el propietario probablemente se retiraba a leer el periódico hasta la hora de abrir de nuevo el establecimiento para la cena.

Pero ¿quién iba a ir hasta tan lejos? Edith pensó que *Mrs. Pusey* y *Monica* y *Mme. de Bonneuil*, y hasta el mismo hotel, con su anciano pianista y sus comidas dignas de confianza, parecían hallarse en el otro extremo del universo. También la criatura dulce y prudente que ella era a la orilla del lago había desaparecido, desmaterializándose en la ascensión hasta aquel aire superior, y un proceso remoto y casi cristalino había formado nuevos compuestos para crear algo más duro, más luminoso, más decisivo y realista, capaz de disfrutar e incluso, de aceptar el disfrute como algo normal.

—¿Quién viene a un sitio como este? —preguntó.

—Gente como nosotros —repuso él.

Era hombre de pocas palabras, pero juiciosamente seleccionadas, de ponderada calidad y expuestas con pericia. Edith, habituada a los rumiantes monólogos que la mayor parte de la gente considera adecuados a los fines del discurso racional, habituada además a maquinar los hábiles e incluso cultos períodos que los personajes de sus libros tan espontáneamente proferían, se apoyó en el respaldo de la silla y sonrió. Muy rara vez llegaba a tener la sensación de que la estaban entreteniéndolo con palabras. La gente, pensó, da por supuesto que los escritores tienen el deber de

entretenerla. Consideran que los escritores deben darse por contentos por el simple hecho de representar su papel a satisfacción del público. Como los cortesanos adulesores de la Edad Media, enanos, *jongleurs*. ¿Y nosotros qué? Nadie piensa en entretenernos a nosotros.

Mr. Neville se percató de que el rostro de Edith se contraía brevemente al impulso de sus sensaciones.

—Quizá se sienta mejor si me lo cuenta —observó.

—¿De veras lo cree así? —preguntó ella respirando algo agitadamente—. Y, aunque así sea ¿me garantiza resultados inmediatos? Como esos anuncios de ungüentos que le ayudan a una a «aliviarse». Nunca se sabe muy bien de qué —prosiguió—. Aunque a veces hay un dibujito de un hombre frotándose la parte baja de la espalda con la mano.

Mr. Neville sonrió.

—Supongo que lo importante es la promesa —prosiguió Edith algo alocadamente—. O quizá simplemente la oferta. En cualquier caso, no recuerdo de qué estaba hablando. No me haga ningún caso —añadió—. Puede que la mayor parte de mi vida se desarrolle a un nivel subterráneo. Y el día es demasiado hermoso para ocuparme de esas cosas —su rostro se iluminó—. Y lo estoy pasando demasiado bien.

Él pensó que, en efecto, parecía estarlo pasando bien. Su rostro había perdido la expresión levemente ovina que le era habitual, esa necesidad de aprobación o comprensión, y tenía un aire divertido, aristocrático. Se preguntó qué diablos hacía ella en un lugar como aquel.

—¿Qué diablos hace usted en un lugar como este? —preguntó Edith.

Mr. Neville sonrió otra vez.

—¿Qué tiene de raro?

Edith hizo un gesto con las manos, las palmas hacia arriba.

—Bueno, no creo que ese hotel sea sitio para usted. Parece permanentemente reservado para mujeres. Y para un cierto tipo de mujeres. Desechadas o abandonadas, pagadas para vivir lejos, o para hacer cosas inofensivas y propias de mujeres, como gastar dinero en ropa. El tenor mismo de su conversación excluye a los hombres. Se debe de estar aburriendo como una ostra.

—Supongo que usted ha venido a terminar un libro —dijo él en tono agradable.

El rostro de Edith se ensombreció.

—En efecto —dijo y se sirvió otro vaso de vino.

Mr. Neville simuló no apercebirse de esa circunstancia.

—Bueno, le tengo cariño al lugar. Vine una vez con mi mujer. Y como tenía que asistir a una conferencia en Ginebra y no tenía prisa por volver, se me ocurrió echar un vistazo para ver si todo seguía igual. Hacía buen tiempo y me fui quedando.

—La conferencia —dijo Edith—. Perdona, pero no sé de qué se trata.

—Electrónica. Tengo una empresa de electrónica relativamente grande que funciona sorprendentemente bien. A decir verdad, funciona casi sola, gracias a mi

excelente lugarteniente. Cada vez voy menos, aunque sigo siendo responsable de todo lo que ocurra. Pero así puedo pasar bastante tiempo en mi finca, que es lo que realmente me gusta hacer.

—¿Dónde...?

—Cerca de Marlborough.

—Y su mujer —se aventuró a decir Edith—, ¿no ha venido con usted?

Mr. Neville se ajustó los gemelos de la camisa.

—Mi mujer me dejó hace tres años —dijo—. Se fue con un hombre diez años más joven que ella, y a pesar de todas las predicciones en contra sigue siendo extraordinariamente feliz.

—Feliz —dijo Edith absorta—. ¡Qué maravilla! Oh, lo lamento. Qué falta de tacto. No debí decir eso. Pensaré que soy una idiota —suspiró—. Me temo que soy bastante idiota. Desconectada del mundo. La gente divide a los escritores en dos categorías —prosiguió, profundamente avergonzada por el silencio de su interlocutor—. Los prematuramente sabios y los prematuramente ingenuos, como si no tuvieran experiencia alguna en la que apoyarse. Yo pertenezco a la segunda categoría —añadió sonrojándose al apercibirse de que se estaba limitando a decir la verdad—. Como el niño salvaje del Aveyron —su voz se había convertido en un susurro.

—Se le ha puesto cara triste —comentó *Mr. Neville* tras un breve silencio, durante el cual no hizo nada por evitar que el rubor de su interlocutora se hiciera más patente.

—Bueno, creo que no soy muy feliz —dijo ella—. Y para mí es una gran decepción.

—¿Piensa mucho en la felicidad? —preguntó él.

—Todo el tiempo.

—Entonces, permítame que le diga que se equivoca. Me atrevería a asegurar que está enamorada —dijo él castigándola por su anterior desconsideración. Una sensación de antagonismo se interpuso repentinamente entre ellos, como él pretendía, pues el antagonismo entumece la tristeza. Edith levantó los ojos, brillantes de rabia, solo para toparse con el perfil implacable de su compañero, el cual aparentemente estaba inspeccionando una mariposa que se había posado, aleteando, en uno de los geranios que, en sus jardineras, delimitaban el modesto perímetro del restaurante.

—Es un gran error —prosiguió *Mr. Neville* tras hacer una pausa— confundir la felicidad con una situación concreta, una persona concreta. Desde que me liberé de todo eso he descubierto el secreto para vivir contento.

—Le agradecería que me lo revelara —dijo ella secamente—. Siempre he deseado saberlo.

—Simplemente esto. Cuando uno no ha hecho una enorme inversión emocional, puede permitirse lo que quiera. Tomar decisiones, cambiar de opinión, alterar los propios planes. Sin la ansiedad de esperar a ver si la otra persona tiene todo cuanto desea, si está descontenta, triste, inquieta, aburrída. Uno puede ser lo agradable o lo

cruel que le plazca. Cuando uno está dispuesto a hacer precisamente lo que desde la más tierna infancia le han enseñado a no hacer (simplemente a satisfacer los propios deseos) no hay razón para volver a ser infeliz.

—Ni tampoco enteramente feliz.

—Edith, es usted una romántica —dijo él sonriendo—. Espero que no le importe que la llame Edith.

Ella asintió.

—Pero ¿por qué me llama romántica por el mero hecho de que no tenga la misma opinión que usted?

—Porque se deja engañar por lo que le gustaría creer. ¿Todavía no ha aprendido que no puede haber una armonía total entre dos personas, por grande que sea el amor que se profesan? ¿No se ha percatado de la cantidad de tiempo y de especulaciones que se invierten, de la interminable agonía mitológica que dimana simplemente del hecho de que están desfasadas? ¿No ha observado que a veces, de hecho casi siempre, un leve detalle es más eficaz que la más profunda de las pasiones?

—Sí, lo he observado —dijo Edith sombría.

—Entonces, querida, aprenda a utilizarlo. No tiene idea de lo prometedor que se vuelve el mundo cuando uno decide quedárselo todo. Y cuánto más sanas son las decisiones cuando han llegado a ser completamente egoístas. Decidir lo que uno quiere hacer (o, más bien, lo que uno no quiere hacer) y hacerlo se convierte entonces en la cosa más fácil del mundo.

—Eso es cierto para algunas cosas —dijo Edith—. Pero no para otras.

—Hay que aprender a renunciar a las otras. Limitando el propio ámbito puede conseguirse mucho más. Uno puede centrarse en sí mismo, y eso es una lección maravillosa. Asumir la propia nuclearidad puede conducir a una vida enteramente nueva.

—Pero ¿qué ocurre cuando una prefiere compartir su vida? —preguntó Edith—. Supongamos que usted sencillamente se aburre de vivir su propia vida y quiere vivir la de otro. Por el simple placer de la novedad.

—No se puede vivir la vida de otro. Solo se puede vivir la propia. Y recuerde que no hay castigo. Todo lo que le dijeron sobre el altruismo de los buenos y la indignidad de los malos era del todo inexacto. Son lecciones para siervos y conducen a la resignación. Y quizá le sorprenda saber que mi política le asegura todos los amigos que quiera. La gente se siente cómoda cuando las normas morales son laxas. Lo que la reprime son los escrúpulos.

Edith aprobó sus palabras con una juiciosa inclinación de cabeza. Ese peligroso evangelio, que ella habría refutado de haberse hallado a menor altitud, parecía concordar con el vino, el sol brillante, la transparencia del aire. Sabía que tenía algo de malo, pero de momento no estaba interesada en averiguarlo. Más que la fuerza del argumento, lo que la convencía era el poder de las palabras, la rara elocuencia de su interlocutor. Y se maravilló de haberle tenido por poco locuaz.

—Por eso aprecio tanto a nuestra querida *Mrs. Pusey* —prosiguió *Mr. Neville*—. Su codicia es tan elemental que tiene algo de alentador. Da gusto comprobar que ha encontrado la forma de satisfacerla. Y, como habrá visto, goza de buena salud y tiene buen ánimo: no deja que el altruismo le perjudique la digestión, la voz de la conciencia no le quita el sueño, y ella disfruta cada instante de su existencia.

—Sí, pero no creo que eso sea bueno para Jennifer —dijo Edith—. O quizá debería decir lo bastante bueno. A su edad la vida debería ser algo más que ir de compras.

—Jennifer —dijo *Mr. Neville* sonriendo delicadamente—. Estoy completamente convencido de que, a su manera, Jennifer es digna hija de su madre.

Edith se apoyó en el respaldo de la silla y levantó la cara hacia el sol, ligeramente ebria, aunque no tanto por el vino como por el alcance de tan importante argumento. Seducida, también, por la posibilidad de hacer su propia voluntad por el mero hecho de desearlo. Como abogado del diablo, *Mr. Neville* era impecable. Pero ella sabía, no obstante, que en su argumentación había una laguna, como había lagunas en su capacidad sentimental. Se enderezó en la silla y volvió al ataque.

—Esa vida que defiende —preguntó—, con sus normas morales laxas, ¿la recomendaría? Para los demás, quiero decir.

La sonrisa de *Mr. Neville* se hizo más profunda.

—Me atrevería a decir que mi mujer la recomendaría. Ese es el significado de su pregunta ¿verdad? ¿Si tolero normas morales laxas en otras personas?

Edith asintió.

Mr. Neville bebió un trago de vino.

—He llegado a comprenderlas bastante bien —repuso.

Bien dicho, pensó Edith. Una actuación impecable. Sabía lo que estaba pensando y me dio la respuesta adecuada. Una respuesta no satisfactoria, pero al menos sincera. Y, dentro de su estilo, no exenta de elegancia. Supongo que *Mr. Neville* es de esos que antes se llamaban hombres de calidad. Su conducta es impecable. Tiene buena facha, pensó, inspeccionando el sombrero panamá y la chaqueta de hilo. Es incluso apuesto: una cara propia del siglo XVIII, fina, reticente, de labios carnosos, con el leve resplandor azulado de la barba bajo una piel sana. Un hombre sin corazón, creo. Rabiosamente inteligente. Adecuado. Oh David, David.

Mr. Neville, percatándose de la casi imperceptible modificación de la atención que su interlocutora le prestaba, se inclinó sobre la mesa.

—Se equivoca cuando piensa que no puede vivir sin amor, Edith.

—No, no me equivoco —dijo ella lentamente—. No puedo vivir sin amor. Oh, no quiero decir que me deprima, que presente síntomas inexplicables, que me convierta en una caricatura. Me refiero a algo mucho más grave que todo eso. Quiero decir que sin amor no puedo vivir *bien*. No puedo pensar ni hacer nada ni hablar ni escribir, ni siquiera soñar con cierta energía si me falta el amor. Me siento excluida del mundo de los vivos. Me quedo fría, inmóvil, como si fuera un pez. Impliono. Mi idea de la

felicidad absoluta es pasarme todo el día en un invernadero, leyendo, o escribiendo, perfectamente defendida por la seguridad de que la persona a quien amo vendrá a verme al anochecer. Cada anochecer.

—Es usted una romántica, Edith —repitió *Mr. Neville* sonriendo.

—Se equivoca —respondió Edith—. Me he pasado la mayor parte de la vida oyendo precisamente esa acusación. No soy romántica. Soy un animal doméstico. No suspiro por extravagantes manifestaciones de pasión, ni ansío la gran aventura, la gran renuncia al mundo por el amor. Conozco todo eso, y sé que termina en soledad. No, lo que anhelo es la simplicidad de la rutina. Un paseo al atardecer, cogidos del brazo, cuando hace buen tiempo. Una partida a cartas. Tiempo para hablar de cosas sin importancia. Preparar la comida juntos.

—¿Sacar al gato? —sugirió *Mr. Neville*.

Edith le dirigió una mirada de pura aversión.

—Eso está mejor —dijo él.

—De manera que le parece muy divertido —dijo ella—. Supongo que lo hacen mejor en Swindon, o dondequiera que tenga... Lo siento, no debería haber dicho eso. Es de muy mala educación. Es terrible...

Mr. Neville le sirvió otro vaso de vino.

—Es usted una buena mujer —dijo—. Se le nota demasiado.

—¿Por qué es tan evidente? —preguntó ella.

—Las buenas mujeres siempre se echan a sí mismas la culpa cuando alguien las insulta. Las malas mujeres nunca se consideran culpables de nada.

Edith, respirando hondo, se preguntó si estaba borracha o si simplemente le había vuelto imprudente la novedad de la conversación.

—Me gustaría tomar un café —proclamó en la esperanza de haberse manifestado con sinceridad nietzscheana—. No, pensándolo bien, prefiero un té. Una tetera repleta de té bien fuerte.

Mr. Neville echó una mirada al reloj.

—Sí —dijo—, se va haciendo tarde. Pronto habrá que ponerse en marcha. Cuando haya terminado el té —añadió.

Edith bebió el té con rabia, sin apercibirse de que el esfuerzo mental, tan poco habitual en las circunstancias presentes de su vida, le había teñido las mejillas e iluminado los ojos. El cabello, liberado del rígido control al que habitualmente era sometido, le caía desordenadamente sobre el cuello, y con un gesto de impaciencia se quitó las horquillas que le quedaban, se pasó los dedos abiertos por la melena y dejó que le cayera libremente por encima de la cara. *Mr. Neville*, frunciendo los labios, la valoró con la mirada y asintió.

—Si me lo permite, Edith, le diré lo que usted necesita —dijo.

Otra vez no, pensó Edith. Acabo de decirle lo que necesito y sé lo que es mejor que él.

—Sí, ya sé que piensa que lo sabe mejor que yo —dijo él, y Edith levantó,

alarmada, la cabeza—. Pero se equivoca. No necesita más amor. Necesita menos. El amor no le ha hecho mucho bien, Edith. El amor la ha hecho reservada, introvertida, ¿quizá incluso insincera?

Edith asintió.

—El amor la ha traído al Hotel du Lac, fuera de temporada, a pasarse el tiempo sentada con otras mujeres, hablando de ropa. ¿Es eso lo que quiere?

—No —dijo ella—. No.

—No —prosiguió él—. Usted es una mujer inteligente, demasiado inteligente para no saber lo que se está perdiendo. Esos insignificantes placeres domésticos, esas partidas de cartas de las que habla no tardarían en hastiarla.

—No —repitió Edith—. Jamás.

—Sí. Oh, su romanticismo podría reprimir los tristes pensamientos durante una temporada, pero los pensamientos terminarían por prevalecer. Y entonces descubriría que tiene mucho en común con todas las mujeres insatisfechas, y empezaría a considerar muy sensata la posición de las feministas, y se negaría a leer novelas que no hubieran sido escritas por mujeres...

—Yo las escribo —le recordó Edith.

—No de esas —dijo él—. Usted escribe sobre el amor. Y sospecho que no escribirá sobre otra cosa hasta haberse autoanalizado más detenidamente.

Edith sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Aunque ella se había dicho lo mismo muchas veces, siempre había logrado rechazar de algún modo su propio veredicto. Ahora reconocía la voz de la autoridad, como si le hubieran confirmado una enfermedad, a pesar de que casi había logrado convencerse a sí misma de que los síntomas eran imaginarios.

—¿De veras quiere pasarse el resto de su vida hablando de su vientre a mujeres acongojadas?

—Me temo que no tengo vientre suficiente para hablar mucho —dijo Edith riendo con tristeza.

—Oh, llegaría el momento en que lo vería más sombríamente. Por lo demás, dudo que ningún vientre soporte una inspección a corta distancia.

—Dígame —dijo Edith tras una pausa en la conversación—, por casualidad ¿no practicaría la psiquiatría en sus horas libres? Como la industria electrónica le deja tanto tiempo...

—Lo que usted necesita, Edith, no es amor. Lo que necesita es una posición social. Lo que necesita es casarse.

—Lo sé —dijo Edith.

—Y, una vez casada, se puede portar tan mal como todos los demás. Peor, habida cuenta de que no ha utilizado su capacidad.

—Qué alivio —convino ella.

—Y su popularidad se extenderá, y tendrá mucho más de qué hablar. Y jamás tendrá que esperar sentada a que suene el teléfono.

Edith se levantó.

—Empieza a hacer frío —dijo—. ¿Nos vamos?

Echó a andar por delante de él. Ese último comentario ha sido lamentable, pensó. Vulgar. Y sabe cómo hurgar en la llaga. Sí, mientras estoy escribiendo en mi habitación, cualquiera puede telefonarme; ¿quién sabe lo que ocurriría si saliera? Y de pronto anheló esa soledad, como un niño sobreexcitado en una fiesta a quien una niñera prudente debería haberse llevado a casa hace ya mucho.

—Lo siento —dijo él poniéndose a su altura—. Por favor. No quiero meterme donde no me llaman. No sé nada de usted. Es usted una mujer excelente, y la he ofendido. Le ruego me perdone.

—Es usted un sádico —dijo Edith con voz agradable.

Mr. Neville inclinó la cabeza.

—Eso me decía mi mujer.

—¿Y cómo sabe que mi capacidad de mala conducta no ha sido utilizada? Eso ¿sabe? es una forma moderada pero clara de insulto sexual. Menos popular que el pellizco en el trasero o el acoso en el trabajo, pero bien conocida por muchas mujeres.

—Si su capacidad de mala conducta se estuviera aprovechando como es debido, no iría por la vida tan melancólicamente escondida en ese cárdigan.

Edith se adelantó bruscamente, furiosa. Para contener la cólera —habida cuenta de que no podía descender hasta el lago sin ayuda— probó varios sistemas de distanciamiento que conocía bien por haberlos utilizado muchas veces. El más productivo era convertir la escena en un episodio de una de sus novelas. El anochecer se infiltró taimadamente, murmuró en voz baja. El sol, una bola resplandeciente... Pero todo fue inútil. Se volvió, buscándole, tratando de oír los pasos que debían seguirla pero no la seguían, y sintiéndose súbitamente sola en aquella ladera fría. Se estremeció y se envolvió en sus propios brazos.

—Le odio —gritó esperanzada.

Un crujido regular sobre la grava anunció la reaparición de *Mr. Neville*. Cuando su rostro se hizo más definido, Edith vio que estaba adornado por la habitual sonrisa, ahora más intensa.

—Lo está haciendo muy bien —dijo el hombre cogiéndola por el brazo.

—Oiga —dijo Edith tras diez minutos de silencioso descenso—, su sonrisa me parece un tanto desagradable.

La sonrisa de *Mr. Neville* se amplió.

—Cuando me conozca mejor —comentó—, verá hasta qué punto es desagradable.

«QUERIDÍSIMO David,

»¡Noticias asombrosas! *Mrs.* Pusey, ese pináculo de la elegancia femenina, ese árbitro del gusto, esa incansable buscadora de géneros de lujo, esa encantadora de multitudes, ¡tiene *setenta y nueve* años! Lo sé porque los cumplió hace dos días y para celebrarlo nos invitaron a todos. Ese mismo día me habían llegado rumores premonitorios; cuando iba por el pasillo oí gritos de alegría y sorpresa que surgían de la *suite* de las Pusey, mientras verdaderas emanaciones de perfume (de otra marca) avanzaban como olas hasta el mismo descansillo. Cuando llegué a las escaleras exteriores del hotel vi a un muchacho salir de una camioneta con un arreglo floral de aspecto inequívocamente matrimonial; no le di más vueltas, aunque de haberlo pensado me habría dado cuenta de que nadie iba a mandar flores a Monica ni a Mme. de Bonneuil ni a mí, con lo que solo quedaban las Pusey. Naturalmente, Jennifer podía tener un novio en algún lado, y la razón más elevada sugiere que debe de tenerlo, pero de algún modo parece improbable. Creo que es de esas chicas que nunca dejan a su madre. He conocido a muchas hijas como ella. Quizá te sorprenda saber que Penelope ha rechazado ofertas de matrimonio porque en su opinión pocos de los hombres que conoce están a la altura de las severas exigencias de su madre, de quien tanto he oído hablar. Penelope cita a su Madre como autoridad última en cualquier tema, y a veces le envidio esa certeza, esa piedad. Ojalá tuviera yo una madre que me entregara máximas grabadas en tablas de piedra y que tuviera siempre a mano un sabio refrán o un ejemplo puntual. A mi pobre madre solo la oía, como mucho, soltar ladridos burlones. Y sin embargo, pienso en ella como mi pobre madre. A medida que voy envejeciendo percibo su tristeza, su estupefacción ante las vueltas que había dado la vida, su soledad. Me legó su propia nube de incógnitas. Era una mujer áspera y decepcionada que se consolaba leyendo sencillas historias de amor, sencillos romances de final feliz. Quizá por eso los escribo yo. Pasó sus últimos meses en la cama, con el camisón de seda que mi padre le había comprado en Venecia en su luna de miel, sin importarle, quizá sin notar que el encaje estaba desgarrado, el azul pálido transformado en gris, y cuando levantaba los ojos del libro el azul se había desvanecido en sus ojos, que ahora eran grises y estaban colmados de sueños, de anhelos, de desencanto. Las fantasías de mi madre, que no cambiaron a lo largo de toda su vida, me enseñaron a conocer la realidad. Y, aunque pongo la realidad al frente de mi pensamiento y me refiero a ella con severa constancia, a veces me pregunto si me sirve de algo más de lo que le sirvió a mi madre.

»Pero eso no es sino una digresión. Pasé el día fuera, y cuando volví por la noche a cenar todo se había revelado. El comedor estaba despejado tras la agitación del fin de semana y había quedado reducido a una parquedad numérica que clamaba “fin de temporada” al oído de quien tenga el instinto para percibir tales cosas. Hasta los camareros daban la impresión de haberse rendido, y se les veía hablar entre ellos.

Monica le dio su primer plato entero a Kiki y a nadie pareció importarle. Mme. de Bonneuil, que come muy deprisa, no habla entre plato y plato y alisa el mantel con las manos. Yo ya había consumido tres cuartas partes de los sesos cuando sentí una ligera conmoción en la puerta, donde vi a M. Huber acompañando, entre risas y protestas, a Mrs. Pusey. Se veía claramente que no era una ocasión cualquiera. Además de tener la mesa cubierta de flores (las que vi entregar por la mañana), Mrs. Pusey había escalado cimas tan elevadas del vestir que nos cubrió a todos de oprobio. A fuer de sincera, no me pareció que fuera muy elegante. Su encaje azul medianoche estaba recubierto por una especie de chaqueta de lentejuelas, cuyo elevado precio saltaba a la vista; la chaqueta, a su vez, estaba engalanada con varias vueltas de abalorios, perlas, cadenas de oro e incluso un broche de lapislázuli bastante bonito. Tenía el cabello recién dorado y las uñas impecablemente rosadas. Debo reconocer que, dentro de un estilo algo barroco, era un espléndido espectáculo. Quiero decir que de algún modo parecía que estaba fuera de contexto, o que lo estábamos los demás. Me dio la impresión de que el veredicto quedó suspendido unos instantes. En seguida empezó, imperceptiblemente, a decantarse del lado de Mrs. Pusey. Tal era, naturalmente, su voluntad, pero en esos asuntos siempre hay un cierto consenso. Y en aquel momento culminante, el consenso era en cierto modo seguro. Los camareros se abalanzaron para ayudarla a sentarse; los menús danzaron ante sus ojos; se le presentó el *champagne* para buscar su visto bueno. Mme. de Bonneuil lo contempló todo con la más completa impasibilidad. Monica levantó los ojos al cielo.

»Debes tener presente que no estábamos preparadas para una cosa así. Todas llevábamos ropa de noche de entre semana, bastante apagada, pues reservamos nuestro “mejor” vestido para el viernes, el «segundo» para el sábado, y algo agradable pero adecuadamente discreto para el domingo. Las internas de las prisiones aprenden enseguida las reglas. Yo llevaba ese vestido verde que nunca te ha gustado, y me sentía segura sabiendo que no estabas aquí para disgustarte. A los pocos minutos de llegar Mrs. Pusey comprendí por qué no te gusta y resolví no volver a ponérmelo jamás. Monica se sentía especialmente frustrada porque, aunque siempre está muy guapa, precisamente esa noche se las había arreglado de alguna manera para no parecerlo: quizá su vestido negro la hacía demasiado delgada, y también demasiado pálida. Las sombras que proyectaban sus pronunciados pómulos de marfil le daban un aspecto enfermizo, como de alma en pena. Mme. de Bonneuil iba también de negro, pero ella siempre viste así; me da la impresión de que tiene dos, o a lo sumo tres, vestidos negros, de edad, hechura y época indefinibles y en cualquier caso pasados de moda, para cambiarse cada noche. Sería incapaz de describirte en detalle esas prendas, sobre todo porque no tienen detalle alguno. Pero he de decir que siempre tiene un aire perfectamente correcto. Tiene el aspecto que debe tener una mujer de su edad, y supongo que lo mismo puede decirse de Monica y de mí.

»Terminadas estas reflexiones, me percaté de que también Jennifer había hecho un esfuerzo. De hecho, los gestos de Monica, demasiado elocuentes, me indujeron a

echarle una mirada a Jennifer. Lo que vi me dejó patidifusa, si me permites la vulgaridad de la expresión. Para celebrar el cumpleaños de su madre, Jennifer se había puesto unos pantalones de odalisca de color rosado, a juego, como dicen en las revistas de modas, con una blusa de escote barco. También ella había ido a la peluquería, y se sentía orgullosa; ondas rubias y brillantes, redimidas de su antigua vulgaridad, peinadas hacia atrás para formar una especie de moño que dejaba dos tirabuzones agitándose sobre las orejas. Hasta entonces no me había percatado de lo rolliza que es. La verdad es que las dos lo son. Pero lo llevan tan bien que una casi no se da cuenta. En cualquier caso, eran un hermoso espectáculo. Tal vez algo insólito, pero eso quizá se debiera a que los demás estábamos algo apagados. Solo de pensar en el esfuerzo que habían desplegado para arreglarse sentí que me desvanecía de cansancio. ¡Y están de vacaciones! ¡Y no había prácticamente nadie para fijarse en ellas! Excepto nosotras, por supuesto, que no puede decirse que fuéramos muy adecuadas para la ocasión, careciendo como carecíamos de pasaporte visual para aquel jardín de terrenales deleites. Creo que hubo un momento en que lo sentimos, y que ello proyectó una sombra sobre los acontecimientos.

»Pero *Mrs. Pusey*, por quien yo empezaba a sentir algo así como piedad, horror, compasión, es una experta en el juego. *Monica*, *Mme. de Bonneuil* y yo misma fuimos provistas de vasos de *champagne* y nos vimos obligadas a beber a su salud, lo que dio lugar a una serie de meneos e inclinaciones de cabeza y gestos y adorables sonrisas, en su mayor parte dispensadas por la propia *Mrs. Pusey*. *Monica* y *Mme. de Bonneuil*, más estoicas que yo en lo que se refiere a ese tipo de festividades, bebieron sin inmutarse, aunque *Mme. de Bonneuil* levantó su copa con un ademán lento y bastante encantador antes de vaciarla. Y después, cuando parecía que la fiesta había acabado, habiéndose tomado debida nota del acontecimiento, *Alain* y otro muchacho de chaqueta blanca entraron empujando un carrito donde reposaba una tarta de tal esplendor que hasta *Mme. de Bonneuil* pareció impresionada. *M. Huber* no cabía en sí de orgullo. *Mrs. Pusey* se echó a reír y ocultó el rostro entre las manos, e incluso se llevó a la comisura de los párpados uno de sus complicados pañuelos de encaje mientras le echaban más *champagne* en el vaso. *Jennifer* supervisó con mirada experta el corte y distribución de la tarta, despachando a todas nuestras mesas camareros con platos repletos de chocolate. Esta vez tuvimos que levantar tenedores para expresar nuestro agradecimiento. Fue absolutamente delicioso.

»Naturalmente, después de la cena no íbamos a dejar sola a *Mrs. Pusey*. Por vez primera en los anales de la memoria humana, todos los comensales tomaron el café juntos en el salón. La concurrencia no era del todo homogénea, pero a *Mrs. Pusey*, levemente embadurnada de lápiz de labios con motivo de la general efervescencia, no parecía importarle. *Mme. de Bonneuil*, que no oía nada, y que estaba habituada a cumplir con su deber, o quizá simplemente a hacer lo que se esperaba de ella, lo soportó todo de buen grado, sonriendo de vez en cuando a *Mrs. Pusey* desde su asiento o inclinando bondadosamente la cabeza hacia *Jennifer*. Me pareció entonces

una criatura no exenta de nobleza, pues se hallaba lejos de su hogar, no tenía verdaderas razones para celebrar nada y era, a mi juicio, ajena a juegos tan complicados y artificiosos. Monica, sin perjuicio de guiñarme un ojo cada vez que creía que nadie la miraba, se sumó a la ocasión con más entusiasmo del que yo habría supuesto; a decir verdad, demostró lo bien que sabe participar en el juego social cuando se decide a hacerlo, aunque sus comentarios no estaban exentos de intención satírica. Observé que, a poco que se excediera en sus provocaciones, Jennifer centraba en ella su atención. Pero Monica estaba genuinamente interesada, como me pareció que debía, o más bien tenía que estar, en la ropa de *Mrs. Pusey*, y al poco ambas mujeres se mostraban dignas rivales intercambiando nombres y direcciones de modistas: en una de ellas coincidieron, aunque los demás tardamos algo en darnos cuenta, pues *Mrs. Pusey* se refería a ella llamándola “mi mujercita”, en tanto que para Monica era «una amiguita mía». La paz quedó armoniosamente restaurada durante cierto tiempo, mientras las interlocutoras disparaban salvas de firmas que abarcaban todo el continente. Reconocí, entre otros muchos, a *Gucci* y *Hermès*, *Chanel* y *Jean Muir*, *The White House* y *Old England*. Llegado ese momento, Mme. de Bonneuil, que tal vez había soportado cuanto en su propia opinión se esperaba de ella, se levantó pesadamente de su asiento, alzó el bastón en un ademán de despedida dirigido a *Mrs. Pusey*, y salió tambaleándose del salón. «Pobrecita mía», dijo *Mrs. Pusey*, en voz que me pareció muy alta, aunque, naturalmente, Mme. de Bonneuil no podía oírla.

»No dejamos que la fiesta decayera, aunque, de haber sido realistas, deberíamos haberla dado por terminada en ese instante. Ya sabes lo difícil que resulta prolongar una ocasión cuando toda la atención se concentra en un solo punto; tuve, de nuevo, oportunidad de observar la curiosa repugnancia de las *Pusey* por la reciprocidad. Tras su extrema amabilidad se atrinchera alguna cosa, no negociable, como si solo fueran capaces de tomarse en serio a sí mismas. Como si se compadecieran de toda persona a quien le ha sido negada la posibilidad de ser un *Pusey*. Lo que, naturalmente, abarca, por definición, a todo el mundo. Me pregunto si Jennifer llegará a casarse algún día. ¿Sobre qué forastero recaerá el supremo abrazo que le dará acceso al círculo interior? ¿Cómo reconocerle? Tendrá que presentar credenciales impecables: fortuna igual o, a ser posible, superior a la de ellas, un estilo de vida adecuadamente elevado, una residencia idealmente situada, y eso que *Mrs. Pusey* denomina “posición”. Todos esos atributos tendrán preferencia sobre su aspecto físico, pues este último podría engañar a Jennifer e inducirla a tomar decisiones apresuradas. Mi impresión es que el elegido será agradable, mas no enfáticamente masculino; cortés y no demasiado joven y muy paciente y del todo indulgente. Necesitará todas esas virtudes porque si pretende estar a la altura de la vigilancia de *Mrs. Pusey* tendrá que pasar mucho tiempo con ella. Con las dos. De hecho, imagino la vida de casada de Jennifer como una extensión de su vida actual; sencillamente habrá tres en vez de dos. El único rito de transición será el matrimonio, pero como este se considerará

fundamentalmente como un pretexto para comprar más ropa, su significado último quedará oculto. El hombre, el esposo de Jennifer, ocupará una posición equidistante entre las dos mujeres, atento a las indicaciones que reciba de uno y otro lado. Será, por necesidad, el hombre de la familia, pero no será un Pusey. Por lo demás ¿no eran del todo felices antes de que él apareciera? ¿No estaba su concepto de la perfección circunscrito a sus propias personas? ¿Cómo podría él justificar cualquier sugerencia de cambio?

»No me parece que *Mrs. Pusey* vaya a morir nunca. Algunas personas (las conozco bien) son precedidas por la sombra de su muerte; pierden la esperanza, el apetito, la vitalidad. Notan que se les escapa el sentido de la propia vida, reconocen que han perdido, o que nunca han alcanzado, lo que su corazón desea, y se rinden. En los ojos de esa gente se lee un horrendo reconocimiento, la definitiva autoconciencia: no he vivido lo suficiente y ya es demasiado tarde para redimirme. Pero la hermosa materialidad de *Mrs. Pusey* parece excluir semejantes ideas, pensamientos, premoniciones, o como queramos llamarlos. *Mrs. Pusey*, tras hacerse con las cosas buenas de la vida, no tiene intención alguna de dejarlas escapar. ¿Por qué iba a hacerlo? Sabe desde el principio que algunos desdichados jamás aprenden; sabe que lo mejor está ahí, para quien pueda cogerlo, aunque quizá no haya suficiente para todos. Habría que felicitarla por su perspicacia. Probablemente, lo contrario equivaldría a decir, como en la fábula, que las uvas están verdes.

»«Así que hoy es su cumpleaños», exclamó Monica, cuyo pensamiento discurría, evidentemente, por el mismo derrotero que el mío. «Díganos cuántos cumple». *Mrs. Pusey* trató de no oír las últimas palabras. (De hecho, en ese momento me pareció que quizá fuera un poco sorda. Pensándolo bien, es casi seguro que lo sea. Posiblemente esos monólogos que no tienen presente a ninguna otra persona, impermeables a las opiniones ajenas, son propios de alguien que, por vanidad, no es capaz de reconocer su sordera). «Querida», dijo a Jennifer, «ves a decirle a Philip que venga a hacernos compañía». Y Jennifer, cuyo rostro era de nuevo rosado e inexpresivo, trotó hasta *Mr. Neville*, quien de algún modo se las había arreglado para ocultarse durante las celebraciones, y que ahora no tuvo más remedio que renunciar a sus proyectos nocturnos para hacernos compañía.

»Pero Monica no estaba dispuesta a cejar en su empeño. «Vamos, vamos», insistió en un tono jocosos pero que no admitía objeción. «Apuesto a que no es capaz de reconocer que cumple los sesenta. ¿Me equivoco? Pues no los representa». «La edad es algo relativo», repuso, risueña, *Mrs. Pusey*. «Una tiene los años que siente. Y a veces me siento como si fuera una niña». Su tono de voz se hizo sinceramente interrogante cuando pronunció esas palabras: ante nosotros, su público, pareció vacilar en la frontera entre niña y mujer, asombrada ante la cornucopia de riquezas que el mundo le ofrecía.

»«Pero tiene a Jennifer», dijo Monica, no muy amablemente, en mi opinión, y también en la de Jennifer, que le dirigió la misma mirada fija que antes, una mirada

que la hacía parecer mucho mayor que... ¿qué cuánto? Quizá el *champagne* me hacía sentir cansada, quizá lo estaba realmente, pero el hecho es que de pronto tuve la misteriosa sensación de que todo aquello era un artificio, de que todo era falso; de que la cena era una fiesta de máscaras, de que nadie volvería jamás, jamás a decir la verdad. David, te necesité mucho mucho. Pero no estabas. El único que estaba era *Mr. Neville*, que disfrutaba enormemente. Tengo que aclararte que *Mr. Neville* es un experto en fantasías, un voluptuoso intelectual de primera categoría.

»Lo triste es que *Mrs. Pusey*, aunque siguió el juego, pareció envejecer repentinamente. Sin embargo, cuando, tras oír a *Mr. Neville* dedicarle copiosos y prolongados cumplidos, reveló finalmente que cumplía los setenta y nueve, todos nos quedamos genuinamente asombrados. Rápidos cálculos cruzaron como relámpagos nuestras mentes; todos sabíamos lo que pensaban los demás. Si *Mrs. Pusey* reconoce que tiene setenta y nueve, Jennifer tiene que ser más o menos de mi edad. De la mía y de la de *Monica*. Y así es. Jennifer tiene treinta y nueve años, como yo, aunque esa curiosa combinación de cuerpo rollizo y rostro inexpresivo la hace parecer menor de catorce. Porque, pensándolo bien, lo que Jennifer expresa insistentemente es un estado de latencia. Tiene la presencia inquietante, o posiblemente la ausencia, igualmente inquietante, de muchos adolescentes; su voluptuosidad, aparentemente inocente, sería hasta escandalosa si no estuviera neutralizada por su obediencia filial, Jennifer es flagrantemente sana, vistosa, inocente. Y sin embargo yo, que no soy ninguna de esas cosas, me siento como si fuera una tía suya soltera.

»Fue entonces cuando *Mrs. Pusey*, engatusada por las atenciones de *Neville*, nos contó que los primeros años de su matrimonio se vieron ensombrecidos por la ausencia, completamente inexplicable, de prole. En ese instante sacó de su bolso otro de sus niveos pañuelos, lo sacudió y se lo aplicó a las comisuras de los labios. “Por mucho que lo intentábamos”, dijo “no había forma de conseguirlo”. Suspiró al recordarlo. Sus palabras quedaron pesadamente prendidas en el aire; *Monica* se entristeció y yo lamenté no haberme ido antes, con *Mme. de Bonneuil*. Por fin, tras doce años de “intentarlo” con altruismo y dedicación, los esfuerzos de *Mrs. Pusey* se vieron recompensados, y he aquí que surgió Jennifer. “Mi marido siempre deseó una niña”. Y se volvió hacia Jennifer, que le lanzó la sonrisa que todos esperaban y le tendió amorosamente la mano. Sintiendo estimulada, *Mrs. Pusey* procedió a obsequiarnos con anécdotas de los primeros años de Jennifer. Ni que decir tiene que había sido la delicia de sus padres, pues, aunque fue una niña extraordinariamente consentida, “cuando uno ha esperado tanto tiempo suele darles todos los caprichos, ¿verdad? Y mi marido no soportaba verla llorar. Se ponía tristísimo. *Iris*, decía, dale lo mejor. Te doy un cheque en blanco. Y así lo hicimos, y no le sentó nada mal que la mimáramos un poco, ¿verdad, querida?”. Y una vez más la sonrisa, la mano tendida. Ciertamente, la lustrosa salud de Jennifer parecía recompensa más que suficiente para semejantes esfuerzos, por los cuales, obedeciendo a una oscura razón, había que felicitar reiteradamente a *Mrs. Pusey*. Has de saber, David, que, entre otras cosas,

Jennifer tenía un *pony* llamado *Twiglet*. Y después escuchamos otra vez el recital completo: Haslemere, Oficina Central, y cómo le llevan todo a casa».

Edith puso la pluma sobre la mesa. Tendría que terminar la carta más tarde, quizá revisándola. En su narración parecían haberse infiltrado elementos no del todo sanos; se percataba de que había sobrepasado los límites del resumen. Y se percató también de las restricciones que dicho resumen entrañaba: divertir, entretener, relajar... tal había sido su intención, y, en verdad, su permanente objetivo. Pero algo había salido mal o había escapado a su vigilancia. Lo que se había iniciado como un ejercicio de distracción —pues la situación le había parecido adecuada, hecha a medida, para un ejercicio de esa índole— había de algún modo acumulado elementos de introspección, de crítica, incluso de amargura. «Y bien, querida ¿qué noticias hay en Cranford?» solía decir David, sentado con ella en el sofá, extendiendo el largo brazo para atraerla hacia él. Y esa había sido siempre su entrada para formularle sus dulces observaciones, siempre hábilmente preparadas, y para observar cómo las arrugas de cansancio de su rostro delgado y astuto se disolvían en una sonrisa. Porque así me veía él, pensó Edith, y por su amor así trataba yo de ser.

Pero ahora, tal vez debido al *champagne*, se sentía inquieta, vigilante. Para ello no parecía haber más razón inmediata que la fatiga, los nervios tensos. La velada, desde luego, se había extendido mucho más de lo que habría aconsejado un día extraordinario. En un momento dado, Monica decidió contarle la historia de su vida a *Mrs. Pusey*, que la escuchó con ávido interés, enmascarado tras una expresión de solícita condescendencia. No parecía haber forma de escapar. Jennifer, que, apoyando un tobillo en la rodilla opuesta, postura que hacía posible la amplitud, del todo pudorosa, de sus pantalones de odalisca, conservaba su aspecto al mismo tiempo infantil e inoportuno y parecía haberse ausentado una vez más tras su dócil rostro. Se apoyó en el respaldo de la silla, jugueteando con sus tirabuzones, mirando con los párpados semicerrados; de sus dientes pendía un hilo imperceptible de brillante saliva. Edith reprimió bostezos invisibles. Se percató de que ni siquiera *Mr. Neville* prestaba mucha atención, aunque su habitual expresión de cortesía no revelaba nada en absoluto.

Así seguían cuando llegó la medianoche. Monica, que, una vez lanzada, no estaba dispuesta a perder el hilo, fumaba un cigarrillo tras otro. Y *Mrs. Pusey* no tenía realmente consejos útiles que ofrecerle; a decir verdad, los recuerdos de su propia ordalía, tan felizmente culminada, solo la inducían a engarzar clichés que no eran demasiado bien acogidos. En el rostro de Monica se habían dibujado las habituales arrugas de descontento, y la velada había terminado en un ambiente mucho menos armonioso que el que imperaba al comienzo y prometía mantenerse en un momento dado. Afortunadamente, Kiki estaba ausente, otra vez encerrado por Alain en el cuarto de baño de Monica por haber cometido una nueva fechoría. *M. Huber*, algo frustrado en su papel de maestro de ceremonias, se había quedado abajo, en espera de recibir expresiones de gratitud que no llegaban a pronunciarse. Todos parecían

demasiado cansados para salvar la situación, y cuando *Mr. Neville* ofreció un brazo a *Mrs. Pusey* esta lo aceptó más que encantada. Tardó algo más que de costumbre en levantarse de la silla, pero acabó por marcharse, apoyada en *Mr. Neville* y seguida de *Jennifer*.

Cuando alcanzó el refugio de su habitación, *Edith* cerró la puerta y trató de descubrir la razón de su mal humor, que parecía intrincadamente ligado a los acontecimientos de la noche y a las cavilaciones que habían nacido de ellos. ¿Era simplemente que se sentía forastera al hecho mismo de la celebración? El cumpleaños de *Mrs. Pusey* y la boda imaginaria de *Jennifer* le habían parecido mucho más tridimensionales que cualquier acontecimiento semejante de su vida que pudiera recordar. Cuando cumplía años en casa de sus padres, *Edith* hacía ella misma la tarta y su padre la presentaba ceremoniosamente con el café. Aquellas ocasiones constituían breves y tímidas incursiones en la vida familiar tal como ella suponía que podía vivirse idealmente; su madre se animaba, recordando los cafés de su juventud, y hablaba con soltura y con gracia hasta sentirse una vez más abrumada por los recuerdos. Para entonces ya se había consumido el café y la tarta estaba desmigajada en el plato, y cuando *Edith* la llevaba de vuelta a la cocina, su cumpleaños había terminado. Y jamás se había hablado de bodas.

Y ahora, paradójicamente, en el bendito silencio de su habitación, *Edith* sintió que su fatiga se disolvía, y que la inquietud subyacente, de la que se había apercebido intermitentemente mientras escribía la carta, empezaba a agitarse, a crecer, a dominar. Y a esa hora tan avanzada sintió su corazón latir y su razón, ese elemento de control, fragmentarse mientras zonas ocultas, peligrosos bajíos, irrumpían en su conciencia. Súbitamente se le hizo presente, en toda su futilidad, la cuidada ficción de los días pasados en aquel lugar, el transcurso, casi coronado por el éxito, de esa vida artificial y sin sentido que por su bien le habían prescrito quienes no comprendían realmente lo que ella necesitaba. Tal vez el *champagne*, la tarta, la fiesta habían erosionado las barreras de su mente, rastreando furtivas o inoportunas asociaciones, despojando de sentido a los detallados planes que había urdido para sí misma, prohibiendo toda diversión, reintegrándola a la seriedad y las penosas reflexiones, exigiendo cuentas. Había creído que consintiendo en su diminuto exilio despejaría la cubierta, haría tabla rasa y en su momento se le permitiría regresar, adecuadamente contrita, para reanudar su vida. Recordaba a su padre diciendo, «*Edith*, estoy despejando la cubierta» mientras rompía los papeles que cubrían su escritorio. «Simplemente despejando la cubierta». Sonreía, pero sus ojos estaban inundados de tristes presagios. Sabía que ya nada sería igual para él, que su estancia en el hospital no iba a ser un breve intervalo en su vida, como había asegurado a la madre de *Edith* para darle ánimos. Y no había vuelto a casa. Y quizá tampoco yo vuelva a casa, pensó *Edith*, el corazón roto de pesadumbre. Y además de apesadumbrada se sintió penosamente insegura, como le ocurría cada vez que comprendía que el argumento de una novela iba a resolverse y adivinaba la forma de hacerlo.

Sentada, solitaria y silenciosa, inclinó la cabeza y pasó revista escrupulosamente a los acontecimientos que la habían conducido, fuera de temporada, al Hotel du Lac.

EL día de su boda, Edith se había levantado más temprano que de costumbre, los sentidos alertados por la calidad de la luz, que era dura, blanca e inquieta, y albergaba sorpresas de naturaleza desagradable, muy lejos de la luz madura del sol con la que ella había contado. Tomó el tiempo como un presagio, y su brusco despertar como una señal, aunque no podía decir ni pensar de qué. Más importante aún fue que, al pasar por delante de su tocador, se miró la cara y se asustó de verla tan pálida y tensa. Ya no soy joven, pensó. Esta es mi última oportunidad. Penelope tiene razón. Ya va siendo hora de desechar mis esperanzas, las esperanzas con las que nací, y afrontar la realidad. Jamás tendré lo que anhelo en lo más profundo de mi corazón. ¿Cómo voy a conseguirlo? Es demasiado tarde. Pero está el consuelo de eso que llaman madurez: compañía agradable, comodidad, vacaciones adecuadas. Es una perspectiva razonable. Y, pensó, yo siempre he sido una mujer razonable. En eso estamos todos de acuerdo.

Y Geoffrey Long, ese bondadoso caballero que le habían presentado especialmente en aquella cena, aún no muy lejana, y que se sentía tan solo desde la muerte de su madre: ¿qué mejor garantía podía darse de un futuro seguro y sensato? Solo un hombre muy inocente, pensó, puede representar tan abiertamente el papel del pretendiente tradicional, y qué impresión había causado a todos, principalmente a Penelope, pero finalmente hasta a la misma Edith, su devoción, su generosidad, el flujo interminable de flores, su atención detallista y, por último, el sombrío anillo de ópalo que perteneciera a su madre. Y le había ofrecido una vida completa, un nuevo hogar donde instalarse, nuevos amigos, incluso una casita de campo, lujos que ella jamás se habría procurado por sí misma. Y era un hombre bien parecido, aunque de opiniones un tanto anticuadas: no aprobaba, por ejemplo, que las mujeres trabajaran, y le tomaba el pelo sobre la cantidad de tiempo que dedicaba a sus libros. Y en su forma de cortejar había algo agradablemente directo, incluso cómico. Y todo el mundo se hacía lenguas de lo bien que se había portado con su madre. Todo el mundo comentaba lo feliz que iba a ser su esposa. Todo el mundo comentaba la suerte que tenía Edith. Penelope lo decía con un tono ligeramente irritado que sugería que ella habría sido más digna destinataria de sus atenciones. Y a Edith no cesaban de recordarle su buena fortuna. Y, a decir verdad, no había razón alguna para negar nada de ello. Tenía suerte. Tengo suerte, se recordó a sí misma mientras se miraba el rostro tenso en el espejo de su tocador.

Se preparó una tetera de té muy fuerte, y mientras lo dejaba reposar abrió la puerta de la cocina para inspeccionar el jardín. Pero había un vientecito revoltoso que le proyectaba una diminuta ducha de polvo alrededor de los tobillos, y la puerta se abría y se cerraba sin cesar, interrumpiendo la luz curiosa, portando sugerencias de nubes, aunque no las había, y del fin de cosas que hasta entonces se daban por descontadas. Como aquella casita, que durante tanto tiempo había sido su dominio

privado, un caparazón donde escribir, donde dormir, silenciosa y soleada en las tardes desiertas, hasta que los niños volvían del colegio, y orientada hacia las entradas de otras casas. Aquellas tardes serenas, cuando la fuerza y el calor del sol en la ventana, a su espalda, simplemente propulsaban hacia adelante los dedos incansables sobre la máquina, como si tuvieran vida propia. Y el subsiguiente agotamiento, siempre precedido de un cambio de luz, que la hacía retornar a sí misma y a la tensión de la espalda y de los hombros y al ligero calambre, y a la conciencia de la cabellera despeinada y de las manos tiznadas, y con esa conciencia una cierta repugnancia, como si hubiera sucedido algo orgiástico, cuando los niños regresaban del colegio. Entonces, saliendo de la habitación, bajaba a la cocina y abría la puerta trasera, aspirando el divino aire, al aire normal, mientras esperaba que hirviera el agua para el té. Y tomaba el té en su pequeño cuarto de baño, blanco y sencillo, donde se lavaba la fatiga y sus residuos, y colgaba el sencillo vestido de algodón que se ponía para trabajar, como si lo único apropiado para su tarea cotidiana, esa fabricación ilícita de una sustancia no imprescindible para la supervivencia, fuera una prenda sin pretensiones. Y una vez en el dormitorio, una habitación fresca donde el sol solo daba por la mañana, y por poco rato, se vestía cuidadosamente y se cepillaba el pelo, como le habían enseñado hacía mucho tiempo, sujetándose con horquillas con ademán experto y automático, y, tras estimar gravemente su aspecto en el espejo y decidir que estaba presentable, bajaba, se servía otra taza de té y se sentía, finalmente, lista para salir al jardín.

Lo que más iba a echar de menos, pensó, era el jardín, aunque realmente no era una experta jardinera. La mayor parte del trabajo estaba a cargo de un empleado de la verdulería, un muchacho taciturno y alarmantemente pálido; su parquedad de palabra se compensaba con su pasión por las plantas y la asiduidad con que las cuidaba. Venía tres veces por semana, a su hora de almorzar, y Edith le dejaba el almuerzo en la mesa de la cocina: preocupada por la palidez de su rostro, trataba de tentarle el apetito, y él, aunque suspiraba por un bocadillo de queso y una cerveza, deglutía con toda seriedad la comida que le había preparado, pues intuía que era importante para ella que lo hiciera.

—Ya me voy —decía el muchacho, asomándose desde abajo a las escaleras—. A lo mejor echo un vistazo el domingo.

—Muy bien, Terry —respondía ella—. El dinero está en el aparador.

Porque el dinero les parecía a los dos un asunto independiente, apenas relacionado con los amorosos cuidados que ambos, cada uno a su manera, impartían a la casa.

El jardín solo era verdaderamente suyo a primera hora de la mañana y al anochecer, tras el trabajo del día, cuando simplemente se sentaba en un banco de hierro forjado, bastante incómodo —un cariñoso regalo de Geoffrey, que se había reído de su crujiente silla plegable de mimbre— y contemplaba el sol mientras este se ocultaba tras el seto y se deleitaba con el incremento de la agudeza de los olores.

Sabía que a esa hora la hija de su vecina, una niña de conmovedora belleza cuya sencillez y felicidad ya estaban amenazadas por un defecto incapacitante del habla, saldría a ver si estaba (aunque siempre estaba) y se deslizaría a través del seto para darle las buenas noches. Y Edith la veía luchar con las palabras, el cuerpo, delgado y pequeño, tembloroso por el esfuerzo para liberarlas, y sonreía y asentía como si fueran perfectamente inteligibles, y le ponía las manos en la cabeza saltona para calmarla, y susurraba «Buenas noches, mi amor. Que duermas bien». Y besaba a la niña, ya serena, y la mandaba a la cama.

Las noches eran menos interesantes. Una visita a Penelope para enterarse de lo sucedido ese día, una cena ligera, la mitad de la cual ya había sido consumida por Terry como almuerzo, regar las plantas, y después a la cama, muy temprano. A veces, cuando se acostaba todavía era de día, pero como la luz le interesaba tanto dejaba a un lado el libro para ver cómo se desvanecía, cambiaba de color y, finalmente se volvía opaca y anodina. Entonces era hora de dormir. Su cama era blanca y sencilla y demasiado pequeña. Geoffrey Long, que era hombre robusto, se lo había comentado, haciendo una mueca, pero con su acostumbrado buen humor, más de una vez. Y también Penelope, cuya cama podía acomodar a cuatro adultos y que, cuando no se utilizaba, estaba cubierta de toda suerte de pequeños y delicados almohadones tapizados con telas que proclamaban al mundo que su propietaria era mujer de excepcional femineidad. Algunas mujeres, pensó Edith, se erigen altares a sí mismas. Y hacen bien. Aunque dudo que yo pudiera hacerlo.

En cualquier caso, la cama conyugal de Montagu Square, donde Geoffrey había vivido antes con su madre, ya estaba instalada, y Edith no tardaría en ocupar su propio lugar en los confines de un hermoso dormitorio, cuyos colores le parecían, secretamente, demasiado insistentes. Los había escogido ella misma, pero, quizá desafortunadamente, no sin solicitar la ayuda de Penelope, que la había guiado con paso experto a través de una selección de grandes almacenes mientras disertaba sobre las formas de complacer a un hombre. «Las medias tintas no sirven de nada, Edith», había dicho varias veces. «Un hombre no puede sentirse a gusto en una celda. Tienes que conocer sus necesidades». Edith, semidesvanecida en aquel mundo sin aire, y contrita por encontrar tan pocas cosas que despertaran su interés y porque Penelope parecía mucho más interesada que ella en la empresa, terminó por sucumbir ante sus consejos, convencida también por el rostro, terriblemente delgado, del desdichado vendedor, cuya hora de almorzar estaban monopolizando, y escogió un cubrecama amarillo mate, unas costosas toallas del mismo color para colgar en su lujoso cuarto de baño de mármol verde oscuro, y unas tupidas mantas color canela bordeadas de raso. Eran nuevas y hermosas, pero le parecía que absorbían la luz, además de ser sofocantemente imperiosas. No se veía a sí misma regresando a ese dormitorio después del día escribiendo, ni echando una cabezada en la espléndida cama de cabezal de bambú. Y en Montagu Square había visto muy pocos niños, y no había jardín, por lo que sus días iban a tener un marco completamente distinto pasada la

hora de escribir. Claro que no iba a escribir. Quizá no volvería a hacerlo. Su vida iba a ser la que supuestamente llevaban otras mujeres: compras, cocina, preparación de cenas, almuerzos con amigos. Todos aquellos conocidos de la vida social que habían tenido la amabilidad de invitarla a pequeñas reuniones y a los que hasta el momento solo había correspondido expresando el deseo de que visitaran su jardín. Tengo deudas por pagar, se había dicho un día, contemplando con tímido placer su nueva y espaciosa cocina. Les he debido de parecer una especie de niña expósita. Eso tiene que cambiar.

Y había cambiado. Sin dolor para nadie. Por el contrario, todo el mundo estaba encantado. David se había reído de su atrevimiento sin precedentes y se había burlado de ella hablándole de una amante desconocida. «Debes de estar enamorada», le había dicho. Y ella, no atreviéndose a violar el contrato no escrito que los unía, no había dicho lo que quería decir, y había perdido la oportunidad para siempre. Así, cuando un día él le cogió subrepticamente la mano en una proyección privada a la que Edith había ido con Penelope, y ella le guio el pulgar hasta su anular, donde él sintió el canto del feo anillo de la madre de Geoffrey, David se puso rígido, pero no dijo nada. ¿Qué iba a decir? No se habían prometido nada. Y esa misma noche, más tarde, en su último encuentro, él le había hundido el rostro en el cuello y había musitado «¿Va en serio?». E iba en serio, porque a veces él tardaba demasiado en aparecer. Y porque no la había disuadido. Pero un mes más tarde, en la mañana del día de su boda, seguía de pie en la cocina, pensando en todas las cosas que todavía no le había dicho.

El sonido de una llave en la cerradura la sobresaltó. Su irregular asistente, *Mrs.* Dempster, de rosadas mejillas, tocado brillante y generosa sobriedad, la miraba asombrada.

—¿Todavía sin vestir? —se maravilló—. Espero que al menos se haya bañado ya.

—¿Por qué? —preguntó Edith—. ¿Qué hora es?

—Son las diez —articuló *Mrs.* Dempster lentamente, como si hablara con un niño—. Las diez en punto. A las doce se casa, ¿se acuerda? Y en caso de que se esté preguntando qué hago aquí, pues bien, hay que ocuparse del pequeño detalle de supervisar a los encargados de la comida. Supongo que se acuerda de eso. Después vienen aquí, a un *buffet*, por si se le ha olvidado, antes de volar al infinito.

Respiró ruidosamente mientras se ponía el mono impoluto, como si la sola perspectiva de un matrimonio a la vista perturbara los nervios, que eran marcadamente impredecibles. Había confiado a Edith, mientras tomaba algunas de sus muchas tazas de café, que los hombres eran su ruina. No trabajaba gran cosa. Edith sospechaba que Penelope obtenía más de ella, pero tenía que reconocer que Penelope tenía más oferta de confidencias. De hecho, Penelope y *Mrs.* Dempster tenían algo en común: toda su conversación giraba en torno a los hombres, a quienes parecían amar y odiar en igual medida. Así que cuando *Mrs.* Dempster dijo «Vamos, amor. Dese un baño y le haré una buena taza de café para que se la tome mientras se viste», Edith le dio la espalda con los ojos llenos de lágrimas. La gente es buena,

pensó. Mejor de lo que una se imagina.

Tumbada en el baño, oía el eco de la voz de *Mrs. Dempster* impartiendo órdenes a un tropel de hombres. Debajo, alguien depositó, con no poco ruido, varias cajas de *champagne*. La taza de café prometida había quedado relegada a segundo término por el nerviosismo de la supervisión de los preparativos: la casita temblaba con las incursiones de los floristas y del equipo de chicas que se disponía a apoderarse de la cocina para fabricar los canapés de espárragos y los *vol-au-vent* de champiñones y los diminutos buñuelos de queso y los dedos helados de tarta de naranja, y el budín *Nesselrode*. «¿Budín, Edith? Estás loca», había dicho Penelope. «A mi madre le encantaba», había repuesto Edith, pensando para sus adentros que su madre habría considerado que hacía un mal matrimonio. Se oía a muchachas de voces agudas pero severas pidiendo más floreros, o gritando de un lado a otro de la casa: ¡Sarah! ¡Muévete! Hay que terminar aquí antes de las once y media si queremos hacer Tregunter Road. ¡Oh, café! ¡Es usted un ángel! ¡Sarah! ¡Café!

Y de pronto, la actividad cesó por completo, como si hubieran decidido anularlo todo. Pero cuando Edith volvió al dormitorio encontró una taza de café en el tocador, y en el plato unas galletas, que *Mrs. Dempster* debía de haber traído, pues Edith no recordaba haberlas comprado.

Se puso las finas medias y las hermosas bragas de raso gris. No había aceptado la oferta de Penelope de supervisar su ropa de matrimonio, y había ido, en una sucesión desacostumbrada de autobuses, a casa de una anciana modista polaca de Ealing con una delicada tela gris azulada, mezcla de seda y lana. Y ahí estaba, vestida con una copia muy presentable de Chanel, la chaqueta bordeada por un galón de seda azul oscuro y blanca. Mme. Wienawska le había hecho también una sencilla blusa de cuello redondo, que se puso con las perlas de su tía Anna, su única dote, el único indicio de la presencia de su familia. Los zapatos eran azules y blancos, y pensó, un poco altos de tacón, y llevaba sus guantes blancos. No había querido llevar sombrero, pero se sujetó el pelo un poco más alto que de costumbre, y cuando se miró al espejo quedó satisfecha consigo misma. Estaba elegante, serena. Adulta, pensó. Por fin.

Experimentó una leve sensación de placer, la primera del día, y cuando descendió la escalera llevaba pintada en el rostro una sonrisa acogedora e ingenua. Sarah y sus amigas (¿Kate? ¿Belinda?) no tenían tiempo para ocuparse de ella, y *Mrs. Dempster* estaba enfrascada en una conversación con Penelope junto a la mesa de la cocina. Edith observó con interés que Penelope llevaba un vestido de seda estampada evidentemente muy costoso, y un enorme sombrero rojo de paja, cuya ala se curvaba alrededor de la cabeza y bajaba por un lado de la cara casi hasta el hombro. Un fuerte olor a perfume emanaba de sus muchos pliegues y dobleces, y los famosos pendientes de brillantes de Mamá estaban en su lugar, acariciados periódicamente por dedos de largas uñas escarlata. El equipo contaba, evidentemente, con la aprobación incondicional de *Mrs. Dempster*; era, en verdad, radiantemente nupcial, aunque contrastaba marcadamente con las recias caderas enfundadas en pantalones vaqueros

de las chicas concentradas en enrollar galletas de almendra en mangos de cucharas de madera. Fuera cual fuese la conversación de Penelope y *Mrs. Dempster*, estas la abandonaron inmediatamente y Edith se vio convertida en objeto de su severo y casi impersonal escrutinio. Se preguntó, con un interés casi igualmente impersonal, quién iba a ser la atracción del día. ¿Penelope, con su enfático conocimiento de lo que en verdad les gusta a los hombres, o ella, bendecida únicamente por el genio de su costurera polaca? Si hubiera un hombre presente tendrían que celebrar de nuevo el Juicio de París. Claro que si el hombre fuera Geoffrey (y en esa ocasión no podía ser nadie más que él), encontraría la forma de ser galante con todas.

Una de las chicas que, con velocidad sorprendente, estaban preparando su desayuno nupcial, rompió el silencio.

—Ay, muy bonito —dijo—. Mire, ¿no le importaría quitarse de ahí? Queremos terminar lo antes posible y nos gustaría dejarlo ordenado. Buena suerte y eso —añadió.

Así que Edith se había visto reducida a caminar por el jardín, mientras Penelope y *Mrs. Dempster* seguían supervisando a las chicas en la cocina, confiando en que Edith se percatara de la suerte que tenía y dando por sentado que, en su caso, esa suerte no era cosa segura, ni siquiera del todo merecida.

—La mitad del tiempo soñando —comentó *Mrs. Dempster*—. Fabricando esas historias tuyas. A veces me pregunto si sabe de qué va la cosa.

Penelope se echó a reír, y Edith, que la veía por la puerta abierta de la cocina, se preguntó si le estaría permitido participar en la diversión. Llegó a tiempo de oír a Penelope decir:

—Querida, la de las historias soy yo. Me extraña que todavía no me haya sacado en uno de sus libros.

Te he sacado, pensó Edith. No te reconociste.

Pero estaba cansada y medio resfriada y hasta bastante hambrienta. Sentía como si estuviera saliendo lentamente de una enfermedad debilitante y pudiera sufrir dolores de cabeza y accesos de llanto en el momento menos pensado. Echaba de menos un vestido caliente y muy usado —lo ideal habría sido una bata— y un brebaje lácteo y nutritivo. Sentía una soledad punzante, y pensó que quizá a muchas novias les ocurría lo mismo. Pero estaba segura de que no muchas tenían que esperar sentadas solas en el salón, comportándose con la mayor corrección, levantándose a cada rato a mirar por la ventana por si llegaban los coches. Y al llegar el primer coche, enorme y reluciente ¿era deber de la novia regresar a la cocina, ahora cálida y amigable, y comunicar a Penelope que su coche había llegado? Porque se había decretado —Edith no recordaba quién lo había decidido— que Penelope, como dama de honor, sería la primera en llegar a la Oficina del Registro Civil, donde la reforzarían Geoffrey y su padrino de boda, que era una versión más grande pero más soñolienta del mismo Geoffrey. Y que, así constituidos, esperarían a Edith, que habría de llegar quince minutos más tarde, en el segundo coche, sola. *Mrs. Dempster*, a

petición propia, se quedaría en casa, utilizaría el dormitorio de Edith para ponerse su propio equipo de boda, marcadamente característico, y los recibiría en el hogar, haciendo los honores del *buffet*.

Cuando se hubo convencido a Penelope de que se pusiera de camino, para lo que se tomó su tiempo, disfrutando de las miradas impasibles de un pequeño grupo de niños que esperaban, comiendo patatas fritas, en el exterior de la casa, se produjo un instante de calma. Las chicas salieron en tropel, muy conscientes de la hora y calculando la distancia que las separaba de Tregunter Road. En el piso de arriba se oyó a *Mrs. Dempster* abrir el agua del baño. Edith estaba de pie junto a la ventana. Y entonces, demasiado pronto, le llegó su turno.

Mientras el coche se alejaba lentamente de la casa, Edith cayó en un estado mental un tanto regresivo. Los detalles de la fachada de su casita se le resaltaban como si los estuviera viendo por vez primera. Pensó que le hacía falta una mano de pintura, y después pensó que debería haberse ocupado de que la pintaran. Y después se dio cuenta del extraordinario encanto de los establecimientos por delante de los cuales pasaba, indiferente, todos los días: la funeraria, la farmacia, el quiosco de periódicos, con su discreta exhibición de revistas para adultos que en su mayor parte mostraban en la portada a alguna chica agachada y guiñando un ojo entre las piernas, el mostrador de las apuestas, con la masa de boletos rotos cubriendo la acera. Y mientras el coche la conducía hacia su destino, vio, con profunda nostalgia, al verdulero chipriota salir de las profundidades de su tienda con un cubo de agua, que lanzó, trazando un amplio arco, sobre la acera, suscitando en Edith un estremecimiento de placer. Vio el hospital y a los jóvenes de bata blanca que subían apresuradamente las escaleras, y el parque de aventuras infantiles, y la guardería, y la floristería donde vendían plantas, y uno o dos bares, y una tienda de ropa bastante bonita. Y después vio la Oficina del Registro Civil y una pequeña multitud charlando en la acera a la entrada. Como si fuera un visitante de otro planeta, vio a su editor y a su agente y al demente primo vegetariano de su pobre padre y a varios amigos y a no pocos vecinos. Y vio cómo Penelope atraía la atención de uno o dos fotógrafos con su sombrero rojo mientras conversaba animadamente con Geoffrey y el padrino de boda. Y entonces vio a Geoffrey. Y entonces vio, en un relámpago, pero totalmente y para toda la eternidad, la ratonil corrección del que iba a ser su esposo.

Inclinándose hacia adelante, perfectamente serena, dijo al chófer:

—¿Le importaría dejarme un poco más allá? He cambiado de opinión.

—No faltaba más, señora —respondió el chófer pensando, por el modesto aspecto de Edith, que esta era simplemente una invitada—. ¿Dónde desea ir?

—¿Quizá al otro lado del parque? —sugirió Edith.

Cuando el coche pasó sin detenerse por delante de la Oficina del Registro Civil, Edith vio, como en una fotografía, a Penelope y a Geoffrey mirarla fijamente, las bocas abiertas en un gesto de horror. La escena empezó a animarse algo más cuando el grupo bajó desordenadamente las escaleras, como en una secuencia de alguna obra

maestra de los primeros tiempos del cine, conservada como material de archivo. Se sintió espectadora de un acontecimiento épico y se dispuso a oír los tiros, a presenciar los luctuosos desenlaces. Pero pronto, asombrosamente pronto, los había dejado a todos atrás, y el sol, como si quisiera señalar su huida, se asomó resplandeciente, con todo el calor de un veranillo tardío, por encima de Sloane Square. Y ya estaba cruzando el parque, cadenciosa y majestuosamente; Edith abrió la ventanilla y aspiró con deleite el aire más fresco, contemplando con deliciosa atención a los niños pequeños que jugaban al fútbol, a las robustas niñas que brincaban pesadamente sobre sus caballos, a los turistas que estudiaban sus planos y preguntaban, probablemente, por dónde se iba a Harrods.

—Otra vez —suplicó. Pero su exaltación empezaba a desvanecerse a medida que pensaba en las consecuencias que habría de afrontar. Todos estarían ya de vuelta en la casa, Geoffrey sentado en el salón, quizá con la cabeza entre las manos, Mrs. Dempster preguntando, ceñuda, qué tenía que hacer con la comida, Penelope dirigiendo la representación. Esta vez observó que las hojas estaban cambiando de color, que el cielo volvía a cubrirse, y que tenía mucho frío. Y que, lamentablemente, seguía teniendo hambre.

Todo lo que sucedió después fue horrible. Al llegar a su casita la encontró vibrante de indignación, aunque vio, complacida, que su editor y dos de sus más antiguos amigos bebían *champagne* en el jardín. Subió silenciosamente a su dormitorio, pero lo encontró cubierto de las ropas de Mrs. Dempster e impregnado de su perfume. Oyó a Penelope decir, abajo:

—Tomad lo que os apetezca. Al menos podemos ofrecer algo de comer. No se me ocurre dónde puede haberse metido Edith: se habrá encontrado mal.

Y Edith suspiró y bajó tímidamente las escaleras, perfectamente consciente de la falta de delicadeza que entrañaba su mera aparición. Se encaminó directamente al salón y, acercándose a Geoffrey, le puso una mano sobre el hombro.

—Geoffrey —dijo—, lo siento.

Geoffrey levantó la vista hacia ella y le apartó la mano con pomposa dignidad.

—No tengo nada que decirte, Edith —proclamó—. Me has convertido en un hazmerreír.

—Creo, Geoffrey, que llegarás a darte cuenta de que la hazmerreír soy yo.

Geoffrey hizo caso omiso de esa última observación.

—Lo único que me consuela —dijo— es que mi pobre madre no haya vivido para ver este día.

Ambos miraron el anillo de ópalo, que Edith se quitó y le entregó.

—Adiós, Geoffrey —dijo y salió de la habitación.

—Penelope, estaré en el jardín —anunció, suscitando con ello una renovada ola de escandalizado nerviosismo—. Quiero hablar con Harold y Mary. —Y, cogiendo una copa de *champagne*, salió al jardín, cambió unas breves y corteses palabras, sin ofrecer explicaciones, con su agente, y se quedó sentada hasta estar segura de que se

había ido todo el mundo.

Fue, por supuesto, inmediatamente condenada. Durante un período de tiempo que le pareció duraba varias horas escuchó a Penelope y a *Mrs. Dempster* disertar sobre su bajeza moral, su infantilismo, su falta de dignidad, confianza, lealtad y decencia y sensatez femenina. Después las oyó decirle que había perdido su última oportunidad. Que por ese camino no tenía ningún futuro, pensara lo que pensara. Que se preguntaban cómo iba a llevar la cabeza alta. Que lo mejor que podía hacer era marcharse hasta haber recuperado el sentido común lo bastante como para compensar a la sociedad por el ultraje cometido. Lo escuchó todo en silencio, con la cabeza inclinada, hasta que, finalmente, las voces callaron y los pasos se alejaron y la puerta principal se cerró de un portazo y se quedó sola. Esperó prudentemente cinco minutos, y después entró en la casa, se acercó al teléfono y marcó un número.

—Stanley —dijo—. ¿Está David?

—Está en una subasta en las afueras de Worcester —le respondieron—. Cualquiera podría haberse ocupado. No sé por qué ha ido él.

—¿Podrías localizármelo? ¿Decirle que venga esta noche? ¿Lo antes posible? Por cierto, soy Edith.

—¿Entonces no te has casado? —preguntó Stanley sin dar muestras de sorpresa.

—No —dijo Edith—. Lo he pensado mejor.

Subió al dormitorio, que era de nuevo suyo pero seguía oliendo a perfume, abrió la ventana y, quitándose su hermoso traje, se puso un vestido de algodón azul. Permaneció sentada en la cama, tal vez media hora, ponderando su deshonra. Después, al acercarse a la ventana para cerrarla, porque ya oscurecía y hacía frío, llegó a tiempo de ver a Geoffrey salir de la casa de Penelope, con un aire decididamente más alegre. Supuso que salía a reservar una mesa.

Dos horas más tarde estaba sentada en la oscuridad, atenta al ruido del coche de David. Tenía la cabeza del todo vacía, pero se sentía plena de nostalgia, de una nostalgia que se le antojaba nefasta. Porque la falta cometida no podía olvidarse e inevitablemente habría de provocar una reacción en cadena de risas, de cautelas, de alejamientos. Las riñas dan paso a la reconciliación; la vergüenza jamás puede olvidarse del todo. Edith comprendía, con tristeza, que se había convertido en una persona incómoda para los demás.

Pero David, cuando llegó, la tomó en sus brazos y no dijo nada. Cuando la soltó se apartó a la distancia de su brazo y la miró largamente. Edith vio que tenía el rostro tenso y cansado, y supo que la responsable era ella. Y vio otra cosa. David tenía un aspecto contrito, precavido. La situación era demasiado complicada, estaba demasiado cargada para que el contrato no escrito que los unía pudiera soportarla. Porque eran gente razonable y no había que hacer daño a nadie, ni siquiera de palabra. Sobre todo, no de palabra. Así que, recurriendo a sus últimas reservas de energía, que se estaban agotando rápidamente, Edith se lo tomó a broma. Un problema de sincronización, dijo. El pobre Geoffrey había sido simplemente un

sustituto: lo que ella realmente necesitaba eran unas vacaciones. Evidentemente, no estaba hecha para el matrimonio. Pero a falta de otra cosa podían beberse lo que quedaba de *champagne*. Y al final, tras ver una tétrica película en la televisión, David estaba del todo relajado y se amaban de nuevo. Pero Edith observó, con desconsuelo, que no había tocado el plato de pequeñas exquisiteces que le había reservado del desayuno nupcial.

Los días siguientes los había pasado sentada, en espera de recibir noticias de David. Pero otros habían hecho planes para ella y en su nombre y cuando por fin sonó el teléfono era Penelope, con el nombre y la dirección del excelente hotel donde ahora estaba, e información sobre vuelos y sobre lo que tenía que meter en la maleta. Al parecer, convenía a todos que desapareciera, y para asegurarse de que así fuera, Penelope vigiló todos sus movimientos. Le permitieron almorzar con su agente y darle su dirección, porque daban por sentado que a partir de entonces tendría que vivir de su propio ingenio, o cuando menos de su pluma. Y finalmente, un día gris, bien entrado el otoño, se había encontrado, sin ofrecer resistencia, en el coche de Penelope camino del aeropuerto. *Mrs. Dempster* había prometido ir a la casa al día siguiente para hacer una última limpieza general y entregarle la llave a Penelope. No estaba muy segura, explicó, de que fuera a volver. Ella era así de rara. Edith no tendría más remedio que buscarse otra.

Pero cuando el coche se alejaba de la casa, Edith tuvo el consuelo de ver a Terry, más pálido que nunca, avanzar resueltamente por la acera con una caja llena de mantillo. Cuando la vio levantó la mano libre, con su llave de la casa, y Edith respondió al saludo agitando el brazo. Al menos, pensó, el jardín tiene quien lo cuide.

EDITH, con la cabeza dolorida por los trances y desvaríos de su prolongada reminiscencia, había conseguido acostarse a una hora avanzada, cuando todo el hotel estaba en silencio y no se oían coches en la carretera que bordeaba el lago. El sueño le había sobrevenido repentinamente, como por efecto de un anestésico: oscuridad total. Cuando abrió los ojos percibió el mismo color gris sin matices que imperaba la tarde de su llegada. Se había olvidado de correr las cortinas y la luz la rodeaba por todas partes. Alarmada, como si hubiera estado ausente del lugar durante cierto tiempo, en el transcurso del cual podían haber sucedido cosas desconocidas, se incorporó y extendió el brazo para coger el reloj. Eran las ocho, una hora razonable para que una se despierte cuando su día no está estructurado, pero para Edith, acostumbrada a empezar a escribir muy temprano, a veces antes del reparto de la leche o del periódico, una hora culpablemente tardía e injustificada.

Pidió el desayuno y se bañó y vistió apresuradamente, impaciente por borrar las huellas del desorden en que la habían sumido las cavilaciones de la pasada noche. Después abrió la ventana y salió al balconcito: un frío inesperado la hizo estremecerse. Aunque no podía decirse que el invierno hubiera empezado, el otoño parecía acabado. Los árboles, rígidos en el aire sin viento, empezaban a mostrar sus formas esqueléticas; las hojas ya no caían, pero yacían, retorcidas y sin savia, sobre la hierba semimarchita. Los ruidos de la mañana eran cautelosos e intermitentes, como si quedara poca gente. Abajo, en la entrada, un hombre sacaba brillo a un coche. Edith reconoció el automóvil que acudía con regularidad a buscar a *Mrs. Pusey* y *Jennifer* para su cotidiana salida. Una de las camareras salió y cruzó unas palabras, que Edith no pudo oír, con el chófer, bostezó y miró, indecisa, en dirección al lago. Todo presagiaba una clausura inminente, tranquilidad. Ya no habría más huéspedes. Edith apenas alcanzaba a distinguir, en la distancia gris, el perfil de la montaña.

Hambrienta, pues ese era el efecto que le producía la tristeza, Edith entró de nuevo en la habitación preguntándose por qué no le habían traído todavía el desayuno. Se acercó a la cama y cogió el teléfono, levemente sorprendida de tener que pedirlo de nuevo, pues hasta entonces no le había sucedido tal cosa. Pero cuando acercó el auricular a la oreja solo oyó un prolongado zumbido al otro extremo de la línea, como si no hubiera nadie que pudiera contestar a la llamada, y pasados uno o dos minutos colgó, pensando que quizá habían prescindido de parte del personal y que nada le costaba acercarse al pueblo a tomar un café. En cualquier caso, estaba deseando escaparse, porque la habitación, testigo de sus faltas pretéritas, le parecía una prisión, y no estaba de humor para dialogar cortésmente con las *Pusey* o con *Monica*, ni, a decir verdad, con *Mr. Neville*.

Mientras se ponía los zapatos de paseo, percibió súbitamente un sonido inesperado de voces procedentes del pasillo, el ruido de una puerta se abría y después se cerraba firmemente, incluso con un portazo, y el rumor creciente de un altercado,

dominado por la voz ronca de un muchacho. Intrigada, salió al pasillo, donde oyó sonidos acongojados procedentes de la *suite* de las Pusey y vio a *M. Huber* conferenciar con su yerno, al parecer urdiendo un plan de acción antes de penetrar en la habitación de *Mrs. Pusey*. Ambos tenían pintado en el rostro un gesto tan inescrutable que Edith conjeturó que las diversiones de la pasada velada habían sido excesivas para *Mrs. Pusey*, que se había producido algún tipo de accidente o enfermedad, y que los dos hombres estaban tomando, como hoteleros experimentados, las medidas oportunas para trasladarla al hospital. Entró de nuevo en su habitación y trató de sosegar. Sentía como si su larga noche introspectiva hubiera liberado pesares y terrores de los que habría de responsabilizarse cada vez que se produjera un perjuicio y hubiera que repararlo. Después, haciendo un esfuerzo por sosegar, abrió una vez más la puerta y se dirigió al saloncito de las Pusey, donde al parecer fue la última en llegar a una escena en la que ya participaban *Monica*, *Alain*, *M. Huber* y su yerno. Penetrando en la habitación, vio a *Mrs. Pusey* tendida en un diván, la mano en el pecho, pero perfectamente maquillada y enfundada en su kimono de seda rosa. Tenía los ojos cerrados, y Edith, quien, asustada, se preguntaba en qué forma podía ser más útil, vio a *M. Huber* avanzar hasta ella, cogerle una mano e, inclinándose, murmurar unas palabras y darle unos golpecitos en la muñeca. El muchacho, *Alain*, tenía la cara roja y estaba a punto de llorar: estaba firme, rígido, mirando al frente como si afrontara un consejo de guerra.

—*Mrs. Pusey* —dijo Edith rompiendo el silencio—. ¿Se encuentra bien? ¿Qué ha sucedido?

Mrs. Pusey abrió los ojos.

—Edith —dijo—. Muchas gracias por haber venido —parecía distante, reprensiva—. Ande, vaya a hacerle compañía a *Jennifer*, si no le importa.

Con el estómago aún privado de desayuno, oprimido por el temor, Edith entró en la habitación contigua dispuesta a presenciar el desenlace de una escena delictiva o ultrajante y a encontrar a *Jennifer* enferma o quizá enloquecida. Vio, efectivamente, a *Jennifer*, pero a una *Jennifer* incorporada en la cama, apoyada en sus almohadas, el rostro serio y sonrojado, la boca contraída en un mohín que presagiaba el llanto, los hombros rollizos asomando por el inestable escote de un camisón delicado y virginal, aunque levemente transparente.

—¿Se encuentra bien? —preguntó otra vez Edith—. ¿Ha ocurrido algo?

Jennifer la miró un instante.

—Estoy bien —dijo sin más explicaciones.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó Edith perpleja, pues se veía claramente que a *Jennifer* no le pasaba nada.

—La verdad es que no me vendría mal un poco más de café. Este se me ha quedado frío.

Señaló con un gesto la bandeja del desayuno, despertando nuevas punzadas de hambre en el estómago de Edith.

—¿Solo café? —preguntó—. ¿No quiere un médico o algo así?

—No, por el amor de Dios. Solo que cuide a mamá, si no le importa. Está un poco preocupada.

Tenía un aspecto sombrío y, curiosamente, no parecía muy inclinada a colaborar. De mal humor, pensó Edith. ¿Y por qué tan pasiva? Si su madre no se encuentra bien debería estar con ella. ¿Qué diablos pinto yo en todo esto?

Caminando hacia atrás, salió de la habitación de Jennifer y entró en el salón, donde encontró a *M. Huber* riñendo a *Alain*, mientras *Mrs. Pusey* apretaba de nuevo los ojos y el yerno de *M. Huber* trataba, sin éxito, de restablecer la calma. *Monica* estaba apoyada en la puerta, las cejas levantadas, la boca torcida. Todos levantaron la vista, dispuestos a escuchar un mensaje, cuando apareció Edith.

—Jennifer quiere café caliente —dijo esta.

El yerno de *M. Huber* salió al pasillo y chasqueó los dedos en dirección a alguien que esperaba fuera. *M. Huber*, privado de tan equilibrada influencia, cogió a *Alain* de un brazo y le sacudió.

—*Imbécile* —decía entre sacudida y sacudida—. *Imbécile*.

Alain, sintiendo que perdía por completo la compostura, violó su código de honor particular y exclamó agitadamente:

—*Mais je n'ai rien fait! Je n'ai rien fait.*

—*Imbécile* — repitió *M. Huber* sofocado.

—*Madame* —exclamó el muchacho apelando a Edith—. *Dîtes-leur. Je n'ai rien fait.*

—¿Quiere alguien decirme...? —empezó Edith. Pero sus prudentes palabras fueron la gota que colmó el vaso, y *Alain* se liberó de *M. Huber* en el momento mismo en que las lágrimas, largo tiempo contenidas, le brotaban de los ojos y, antes de que pudieran alcanzarle, salió corriendo por el pasillo, gritando «¡*Maryvonne!* ¡*Maryvonne!*!». Se abrió una puerta, por la que asomó la cabeza rubia y asustada de *Maryvonne*. *Alain* corrió torpemente hacia ella; *Maryvonne* le pasó un brazo por los hombros, acercó su cabeza a la del muchacho, y ambos desaparecieron escaleras abajo.

En el salón de *Mrs. Pusey* sobrevino el silencio, como si nadie supiera qué hacer. El silencio se rompió con la llegada del café, momento que *Monica*, *M. Huber* y su yerno escogieron para marcharse, asegurando a *Mrs. Pusey* que si quería algo no tenía más que llamar. Edith hizo ademán de seguirles, pues estaba claro que no se había producido ninguna enfermedad, ningún delito, nada que no pudiera esperar hasta más tarde. Pero cuando se acercó a la puerta, *Mrs. Pusey* hizo un débil gesto con la mano.

—No se vaya, Edith —murmuró—. Todavía no se me ha pasado el sobresalto.

Pero mientras Edith la observaba incorporarse y servirse el café, pareció recuperar, quizá por virtud de esa actividad social, su energía y presencia de ánimo.

—¿Le importa llevarle una taza a Jennifer, querida? —preguntó, como si fuera la

cosa más normal del mundo—. La he mandado de vuelta a la cama. Demasiado jaleo. Creo que deberíamos descansar toda la mañana. Después a lo mejor nos levantamos para almorzar. O pedimos que nos suban el almuerzo. Dudo que tenga hambre —se estremeció y suspiró.

—*Mrs. Pusey*, ¿puede contarme qué ha ocurrido? —dijo Edith cogiendo la fragante y escurridiza taza de café destinada a Jennifer—. ¿Qué le pasa a Jennifer? A mí me parece que está perfectamente. ¿Y por qué zarandeaba *M. Huber* al pobre Alain?

—¿Pobre Alain? —se irritó *Mrs. Pusey*—. Vaya. Pobre Alain. Lo que me faltaba por oír.

—Pero ¿qué ha hecho? —insistió Edith.

—Nada —dijo secamente *Mrs. Pusey* dándose toques en las comisuras de los labios con un pañuelo—. Pero ¡quién sabe lo que podría haber hecho!

—Lo siento —dijo Edith—. Pero sigo sin saber lo que ha pasado.

—Pasé mala noche —dijo *Mrs. Pusey*—. No conseguí dormirme hasta la madrugada. Y entonces me despertó un ruido. Una puerta. Alguien en la habitación de Jennifer, pensé. El corazón me dio un vuelco. Si a Jennifer le pasa algo...

—Pero no le ha pasado nada —dijo dulcemente Edith.

—Así que me levanté, con esfuerzo —prosiguió *Mrs. Pusey* sin prestarle atención—. Toqué el timbre. E hice un esfuerzo para entrar en la otra habitación, aunque estaba temblando. No sé si llegué a gritar. Pero, gracias a Dios, estaba bien. —Se limpió de nuevo la boca.

—O sea que lo único que oyó fue a Alain con el desayuno —dijo Edith—. Es bastante tarde, ¿sabe? Durmió más de la cuenta y se despertó bruscamente. Y ahora ya se le ha pasado.

Mrs. Pusey se sirvió otra taza de café.

—Bueno, como es natural, volví a mi habitación y recobré la calma, pero es el susto, Edith, el susto. —Ciertamente parecía muy agitada—. Y claro, cuando Jennifer me ve trastornada, también ella se trastorna. Le he dicho que no se levante —repitió—. Y a *M. Huber* le he dicho que ponga a una de las chicas en este piso. No quiero a ese muchacho rondando por aquí. Nunca me gustó. Tiene los ojos demasiado pequeños.

Edith, que había estado de pie todo el tiempo, dio la espalda a *Mrs. Pusey* y se acercó a la ventana. Tenía en la cabeza la imagen de Jennifer, los hombros desnudos, el camisón deslizándose imperceptiblemente hacia abajo. Y después la de Alain, el rostro cubierto por las feas lágrimas masculinas, y huyendo por el pasillo. Y recordó —¿lo había oído realmente?— el ruido de la puerta abriéndose y cerrándose. Me pregunto si..., reflexionó. Me pregunto...

Apoyó la cabeza un instante en el cristal frío de la ventana, en espera de que *Mrs. Pusey* terminara de beberse el café. Trató de sofocar la incómoda semilla de desaprobación, que le parecía podía crecer bastante deprisa si no se controlaba. Se

recordó a sí misma que *Mrs.* Pusey tenía miedo. Para *Mrs.* Pusey, pensó, cualquier modificación del *statu quo* tiene que ser un motivo de preocupación. Es vieja y vanidosa y no puede permitirse el lujo de tener miedo: le es esencial desviar sus sentimientos hacia otra persona. Ya se les pasará; cuando llegue la noche se les habrá olvidado todo. Pero a partir de ahora creo que las Pusey no podrán contar conmigo tan fácilmente. Después de todo, no tenemos nada en común.

Se dio la vuelta en el preciso instante en que *Mrs.* Pusey rebañaba con la cuchara los restos de azúcar del fondo de su taza.

—Debería descansar —dijo con bastante más firmeza que antes—. Yo que usted tendría un día tranquilo. Estoy segura de que todo se olvidará fácilmente.

—Por supuesto, el chico tendrá que irse —prosiguió *Mrs.* Pusey—. Ya hablaré con *M.* Huber. Le aseguro que no habrá ninguna dificultad. ¡Cuando pienso en los años que llevo viniendo aquí! No me atrevo ni a pensar lo que hubiera hecho mi marido —respiró pesadamente, llevándose de nuevo la mano al pecho—. Sí, váyase, querida, si no hay más remedio. Sé que quiere salir. ¡Menuda caminante! Mándeme a *M.* Huber cuando baje, si no le importa.

Edith salió y cerró la puerta silenciosamente. No había nadie en el pasillo, nadie en las escaleras. Corría el agua de los baños, funcionaban las aspiradoras; se oía a las camareras discutir en un dormitorio. Cuando, al salir, pasó por delante de la recepción, vio a *M.* Huber enfrascado en íntima conversación con su yerno, por una vez perfectamente de acuerdo con él, ambos con expresión adulta, experta, severa. Inclinando ligeramente la cabeza, pasó a su lado y salió por la puerta giratoria. El aire frío, húmedo por la niebla que reptaba desde el lago, la hizo estremecerse; se sintió mal equipada y desprovista de lo necesario, pero al mismo tiempo, instintivamente, poco inclinada a regresar al hotel en busca de un jersey más grueso. Café, pensó. Y después un paseo muy largo, y a ser posible un almuerzo en algún lugar muy lejano. No tengo por qué volver hasta la noche. De hecho, quizá sería mejor que no se mezclara con nadie durante cierto tiempo. Mi paciencia con esta comedieta se está acabando.

Mientras se abría camino entre las hojas muertas, con las manos hundidas en los bolsillos del cárdigan, Edith sintió que la turbulencia del incidente de la mañana se iba ensanchando hasta abarcar tanto sus circunstancias presentes como su situación a más largo plazo. Aunque el paisaje que la rodeaba seguía siendo gris y frío, aunque las pocas caras que encontraba estaban tapadas para protegerse de las inclemencias del tiempo, poco prometedor, cultivando prudentemente saludos y sonrisas para ofrecerlos en un momento más propicio, con más esperanza de reciprocidad, el pequeño cambio del día y hasta la tristeza impersonal de la estación tardía le parecían más saludables que el mundo cerrado del hotel con su olor a comida y a perfume, el registro de los favores otorgados o retirados, las viejas memorias, las miradas penetrantes, el acuerdo tácito de comportarse amablemente, como si jamás pudiera suceder nada desagradable. Somos demasiadas mujeres, pensó Edith, reviviendo,

apesadumbrada, la escena del salón de *Mrs. Pusey*. Un malentendido insignificante y estúpido como aquel, suponiendo que hubiera sido un malentendido, será explorado en busca de sentimientos heridos, y explotado por una u otra razón, y los demás lo usaremos como tema de conversación de aquí a la eternidad o hasta que nos vayamos. Bien sabe Dios que no hay muchas otras cosas de qué hablar. Pero el caso es que *Mrs. Pusey* se siente incómoda, algo a lo que no está acostumbrada y de lo que tiene que liberarse hablando. Tiene que distanciarlo hasta que su transitoria debilidad se perciba claramente como *culpa de otro*, para que la sombra de su condición mortal sea exorcizada. No está acostumbrada a tener miedo. Ha estado tanto tiempo protegida que le es imposible sentirse vulnerable. De hecho, no puede comprender que haya gente vulnerable. Quizá por eso sea tan despiadada. Ha podido alcanzar su actual y monstruosa condición de bienestar a base de desconocer la realidad del mundo. Sin embargo, una vez abierta una brecha en sus defensas, revela un conocimiento muy sagaz de las tácticas necesarias para repararlas. Pobre Alain, pensó, caminando a ciegas, la cabeza inclinada. Pero ¿por qué pobre? Probablemente en este mismo minuto está riéndose del asunto con Maryvonne. Todo ha pasado, todo se ha olvidado. Pero tampoco eso es enteramente cierto, pensó, moderadamente atormentada.

Cuando su agitación se apagó lo suficiente para que el hambre volviera a imponerse, se dirigió a Haffenegger's, donde vio a Monica instalada en una mesa, deglutiendo una gran rebanada de tarta de chocolate, sorda a las súplicas de Kiki y tan concentrada en su plato que apenas pudo encontrar el tiempo necesario para levantar brevemente un tenedor en dirección a Edith. Edith se sentó cerca de la puerta, bebió dos tazas de café y comió un *brioche*; pero como también ella se sentía sola, suspiró y se acercó a la mesa de Monica, cuyo rostro, rodeado de espirales de humo, tenía ahora un aspecto severo. Se miraron directamente a los ojos y se hicieron una ligera inclinación de cabeza.

—Bien —dijo Edith intentando ser optimista—. ¿Algún plan para hoy?

—Hazme un favor, Edith —respondió la otra—. Esta mañana no me siento especialmente despierta y no tengo ningún plan. Nunca tengo planes. Creo que eso ya debía haber quedado bastante claro. Creía que eras escritora. ¿No se supone que eres buena observadora de la naturaleza humana, o algo así? Solo te lo pregunto porque a veces me pareces un poco torpe.

Aplastó el cigarrillo en un cenicero y lo dejó con la brasa encendida.

—Lo siento —dijo Edith apartando el cenicero—. Tampoco yo me siento muy despierta. Y jamás he dicho que sea buena observadora de la naturaleza humana. ¿Por qué iba a serlo? Lo que veo me parece tan distinto de lo que pienso que ya no confío en mi juicio. Te aseguro que estoy tan decepcionada como tú. Quizá más —añadió tristemente.

Se recogieron, meditabundas, en la atmósfera cargada de humo. Las ventanas estaban otra vez cubiertas de vaho, el perchero cargado con las pesadas prendas

propias de la estación tardía; los sonidos deshilvanados de apagadas conversaciones o de cucharas que golpeaban los vasos o las tazas para convocar a las camareras ponían de manifiesto que para algunas personas aquello era el hogar, que para esas personas Haffenegger's no era sino una parte de la ronda cotidiana, de su rutina doméstica, y que esa gente no regresaría a hoteles, sino a casas de verdad, completas, con sus libros y sus televisores y sus cocinas, donde podían sentarse serenamente a leer o a cocinar, donde podían abrir la puerta trasera para echar migas a los pájaros, y donde sus hijos o nietos podían visitarles los fines de semana. Edith pensó, con un nudo en la garganta, en su casita, cerrada y desolada, a la que no iba nadie. Tengo que volver a casa, pensó. Y en seguida pensó que no, todavía no, no mientras durara esa tristeza. De alguna manera saldré adelante.

—Monica —dijo repentinamente—. ¿Tú quieres a tu madre?

—Sí, claro que sí —dijo la otra, sorprendida—. Aunque está como un cencerro. La tomo a pequeñas dosis. Pero sí, por supuesto, la adoro. ¿Por qué?

—Algunas veces tengo la impresión de que soy una hija desnaturalizada. Mi madre ha muerto y, pese a ello, me doy cuenta de que casi nunca pienso en ella. Y cuando lo hago es con una melancolía que jamás sentí en la vida real. Pesadumbre. Y creo que probablemente ella pensaba lo mismo de mí. Pero solo la echo de menos en el sentido de que desearía que hubiera vivido para ver que soy como ella en la única forma que ella valoraba: a las dos nos gustan más los hombres que las mujeres.

—¿Y a quién no? —dijo Monica arqueando exageradamente las cejas.

—Tengo la impresión (y quizá me lo haya hecho ver el tonto incidente de esta mañana) de que algunas mujeres cierran filas porque odian y temen a los hombres. Oh, ya sé que es evidente. Lo que en realidad quiero decir es que temo que esas mujeres intentan reclutarme, hacerme cómplice suya. No me refiero a las feministas. Comprendo su postura, aunque no la comparto enteramente. Me refiero a las ultrafemeninas. Me refiero a esas consumidoras de hombres, tan satisfechas de sí mismas, con sus reglas complicadas pero no escritas sobre lo que es suyo por derecho propio. Invitaciones. Caprichos. Privilegios. El derecho a enfadarse sin razón. El culto a sí mismas. Esas mujeres no me parecen honradas. Y me aterran. Posiblemente los hombres son un objetivo más fácil. En mi opinión, las feministas deberían considerar nuevamente la situación.

Enmudeció. Lo que trataba de decir era profundamente sentido, pero no tenía mucha lógica. Soy yo la que se equivoca, pensó. Soy tan mansa que la gente no se percata de mis exigencias. O, más sencillamente, lo que me pasa es que no exijo nada. Eso por lo que toca al honor. David diría que el honor es como una esperanza frustrada. Cuando se ha perdido parece que nadie se da cuenta.

—Demasiado elevado para mí, me temo —dijo Monica interrumpiendo sus cavilaciones—. En todo caso, tú no tienes de qué preocuparte. Al menos eso creo. Nuestro *Mr. Neville* te ha tomado mucho aprecio.

—Tonterías —protestó Edith—. Solo porque hayamos salido a dar un paseo...

—El caso es que no ha salido a dar un paseo con nadie más ¿verdad? No, creo que si juegas bien tus cartas puedes cazarle. Y tengo la impresión de que vale bastante. Comercio, por supuesto.

La última aclaración llegó acompañada de una exhalación de humo particularmente desdeñosa. No quedó claro por qué Monica tenía la impresión de que *Mr. Neville* valía bastante; lo que sí quedó claro es que no era esa la impresión de Edith.

—Monica —dijo Edith con voz cansada—, no me refería en absoluto a eso. No ando detrás de *Mr. Neville* ni de su dinero. Me gano la vida yo sola. Cuando una se hace adulta, se gana la vida. No puedo soportar la idea de que las mujeres se la busquen así.

—No veo que tenga nada de malo —repuso Monica, pero sin demasiado calor—. Los hombres también lo hacen —añadió tras una pausa.

Ambas estaban abatidas, deprimidas. Permanecieron en sus asientos, cavilando, conscientes en cierto modo de que ningún comentario que formularan suscitaría la respuesta deseada. Al poco rato, Monica hizo una seña a la camarera y pidió pasteles para dos. ¿Por qué no?, pensó Edith. Así al menos no tendremos que volver a almorzar. Y además no tengo hambre.

Comieron en silencio, sintiéndose desvalidas y culpables, sin gracia, como se sienten las mujeres que comen solas sin disfrutarlo. Edith sintió que el dulzor empalagoso le reventaba en la boca; saciada, pasó el plato a Monica, que entregó a Kiki las últimas migajas.

—No entiendo cómo ese perro no está monstruosamente gordo —señaló Edith— con lo que le das de comer.

—Vomita la mayor parte —dijo Monica pensativa, con el tono de voz de quien está a punto de descubrir la relación entre el efecto y la causa. Kiki la miraba fijamente, con confianza infinita, a través de una espesa franja de pelo. Quién soy yo para interponerme entre ellos, pensó Edith.

—La verdad es que no está mal —dijo Monica encendiendo uno de sus inmensos cigarrillos—. Me refiero a Neville. Y tú tampoco estás mal, Edith, cuando te pones en ello. Te vistes fatal, perdona que te lo diga. O no perdones. En fin, es asunto tuyo. No, *Mr. Neville* podría ser una buena presa.

—No me había dado cuenta —dijo Edith sinceramente.

Monica la miró de soslayo.

—Querida, a ese hombre se le adjudicó un precio el instante mismo en que entró en el hotel.

—Monica —dijo Edith sorprendida—, no me digas que te has enamorado de *Mr. Neville*.

—¿Quién habla de amor? —dijo Monica tras una pausa.

—¿Entonces, qué...?

—Oh, qué más da, Edith. No, déjame pagar. Déjame. Voy a hacerlo quieras o no.

Edith limpió de vaho una sección de ventana, vio avanzar la niebla gris y sintió que empezaba a disolverse en ella. Ahí es cuando se demuestra el carácter, pensó. Pero su carácter, que nunca había valorado gran cosa, parecía haber padecido recientemente, quizá desde las reflexiones de la noche pasada, un proceso de debilitamiento, y Edith sabía que el único remedio era trabajar. Lo he hecho antes de ahora, se dijo severamente, y puedo volver a hacerlo. Además, se me está atrasando *Bajo la luz de la luna*. Le prometí a Harold que se lo entregaría antes de Navidad. Hace tres días que no escribo nada. No me extraña que esté deprimida. Tengo que ponerme a trabajar.

—Creo que voy a volver —dijo a Monica—. Tengo que escribir varias cartas. ¿Tú qué haces?

—En un día como este lo único que se puede hacer es ir al peluquero y darle carta blanca. Todo el invento. ¿Por qué no das un rodeo y me acompañas a la peluquería? No tienes prisa, ¿verdad?

No, no tenía prisa. Y cuando la esbelta mujer pasó un brazo bajo el suyo se sintió conmovida y reconfortada por el contacto. Precedidas por el perrito, que alborotaba entre las hojas, caminaron lenta y silenciosamente bajo los árboles húmedos, conscientes de la buena voluntad, impaciente pero genuina, que las vinculaba justamente lo suficiente para defenderlas de la acometida de nuevos y penosos recuerdos que caían sobre ellas espontáneamente y sin restricciones.

Las mujeres comparten su tristeza, pensó Edith. De su alegría les gusta jactarse ante las demás. La victoria, el triunfo en circunstancias adversas, exige un público. Y los aires bulliciosos y exigentes que a veces adoptan las sexualmente locuaces están destinados a otras mujeres. Ahí no hay solidaridad.

En la hora muerta entre las dos y las tres, cuando la gente sensata reposa o echa una cabezada, Edith caminaba con Monica bajo los árboles sin vida que bordeaban la orilla del lago. Aunque el día parecía interminable, ninguna de las dos tenía prisa porque se acabase. A ambas les parecía, a su manera, que solo la posesión de ese día las protegía de días peores, que, para cada una de ellas, la gravedad de su particular situación había sido hasta el momento sustancia para sátiras, motivo de ridículo o incluso de diversión. Pero que los personajes que poblaban las sátiras o las diversiones cobraban ahora una perturbadora vida propia, desplegando una capacidad de mando o de capricho que amenazaba, aunque fuera en una forma muy oscura y sesgada, a su propia y marginal existencia. Ambas, pensó Edith, hemos venido aquí para sacar de apuros a otros; nadie ha tenido en cuenta nuestras esperanzas o deseos. Y, sin embargo, son las esperanzas y los deseos los que deben proclamarse, proclamarse muy clamorosamente, para suscitar en los demás la necesidad de tomar nota de ellos, cuando no de satisfacerlos. Qué extraño, sin embargo, que algunas mujeres tengan que ser mimadas y aplacadas sin cesar... Parece que nunca aprenderé las reglas del comportamiento adecuado, esas reglas que se supone las niñas deben aprender sentadas en las rodillas de sus madres. Todo cuanto yo aprendí lo aprendí de

mi padre. Piénsalo mejor, Edith. Has formulado una ecuación errónea. Ahí es donde se demuestra el carácter. Tristes preceptos de una fe perdida.

Dieron media vuelta, suspirando y regresaron por donde habían venido, dirigiéndose hacia el pueblo y la peluquería. Las calles estaban grises y vacías, pues la mayoría de la gente había tenido la prudencia de retirarse de un escenario tan poco prometedor. Doblaron la esquina y pasaron por delante de la librería; Edith se paró, sin muchas ganas, para mirar el escaparate, donde *Le Soleil de Minuit*, en edición de bolsillo, se asomaba modestamente. Era mi mejor novela, pensó. Pero la perspectiva de hacerlo todo otra vez, durante lo que me queda de vida, me hieló el corazón.

—Edith —siseó Monica—, no te des prisa.

Edith, moderadamente sorprendida, levantó la cabeza y vio a cierta distancia a *Mrs. Pusey* y Jennifer, cogidas del brazo, salir de una tienda donde vendían guantes y pañuelos. Tras ellas, cargado con tres bolsas de la tienda, primorosamente decoradas y casi tan hermosas como su contenido, apareció enseguida un empleado, que recibió instrucciones de dirigirse al coche. Edith y Monica vieron que este se aproximaba lentamente hacia ellas desde la dirección opuesta. El chófer detuvo el automóvil, salió de detrás del volante, cruzó la calle, conferenció con las Pusey, cogió los paquetes y regresó a su puesto. Edith y Monica, aunque estaban demasiado lejos para oír lo que se decían, vieron a *Mrs. Pusey*, a quien, al parecer, las compras habían devuelto la salud y restablecido el equilibrio, sonreír y menear vigorosamente la cabeza. Instintivamente, dieron un paso atrás para ocultarse en el portal de la librería, con la esperanza de no ser vistas. Pero, pasados uno o dos minutos, se vio claramente que la atención de las Pusey estaba centrada en uno de esos coloquios intensos y entusiastas de los que se excluía incondicionalmente a todo intruso. Al darse cuenta, simultáneamente, de esa circunstancia, Edith y Monica cruzaron una mirada en la que se mezclaban, en proporciones idénticas, el alivio y una especie de resignación.

—Lo malo —dijo Monica— es que tendremos que alcanzarlas o andar detrás de ellas, a su paso, si queremos volver.

—¿No querías ir al peluquero? —le recordó Edith.

—Está de camino, ¿verdad? Tendrías que pasar por ahí si quisieras volver al hotel.

—Tampoco tengo tantas ganas de volver —dijo Edith, para quien el hotel o lo que el hotel representaba se había convertido en algo fastidioso.

—En ese caso —decidió Monica— lo mejor que podemos hacer es dar marcha atrás y tomarnos otro café.

Volvieron sobre sus pasos por la callecita empedrada y gris. La intimidad que antes habían experimentado se había convertido en una especie de hostilidad; ambas suspiraban interiormente por el día perdido. No debería haber salido, pensó Edith. Tendría que haberme pasado el día escribiendo. Al menos cuando escribo trabajo con provecho material. Estos paseos no tienen sentido. No tienen función. Claro que no es más que un día, y no tengo verdaderas obligaciones, ni compromisos con nadie. En

cierto sentido es bastante agradable, pensó, pesarosa, mientras entraban una vez más en Haffenegger's, en cuyo interior olía fuertemente a azúcar y café y zumbaban las conversaciones de las damas inexpresivas, inmaculadas y corteses que constituían la clientela habitual de la tarde.

—¿No tienes nostalgia del hogar? —preguntó Monica, al parecer cariacontecida por el hecho de que aquellas mujeres severas y espontáneas hubieran acaparado, desplazándola, la atención de las camareras. Su rostro reflejaba el pesar que le causaba ese desplazamiento, y tuvo buen cuidado de instalar a Kiki en una silla libre, solo por si alguien pretendía reclamarla.

Se sentaron, insularizadas en su condición de extranjeras, insignificantes ahora que la temporada de vacaciones había terminado, anacrónicas por haber transcurrido la estación de la buena acogida y por no ser elementos necesarios en los planes de nadie. El orden de prioridad se había modificado; el pueblecito se acomodaba para su larga e ininterrumpida hibernación. En invierno no venía nadie. El clima era demasiado triste, la nieve demasiado distante, las distracciones demasiado escasas para tentar a visitantes. Y sintieron que los residentes les habían vuelto la espalda, aliviados, recordándoles su naturaleza transitoria, su esencial irrealdad. Y cuando Monica finalmente consiguió pedir café, tuvieron que esperar sentadas, con gesto hosco, otros diez minutos para que la camarera, muy ocupada, se acordara de ellas.

—Nostalgia del hogar —dijo finalmente Edith—. Sí.

Pero pensaba en su casita como si hubiera existido en otra vida, en otra dimensión. Pensaba en ella como en algo a lo que quizá jamás regresaría. Desde que la vio por última vez, la estación había cambiado; ella ya no era una persona capaz de incorporarse en la cama a primera hora de la mañana para que el sol le bañara los hombros y la luz la llenara de impaciencia por el comienzo del día. Ese sol y esa luz se habían marchitado, y ella se había marchitado con ellos. Ahora era tan gris como la estación misma. Inclino la cabeza sobre el café, tratando de convencerse de que el picor que sentía en los ojos se debía al vapor que ascendía de la taza. Esto no puede seguir así, pensó.

—Santo Dios —gimió Monica—. Esto es lo último. No nos faltaba más que eso.

Edith levantó la cabeza y, siguiendo la mirada de Monica, miró hacia la entrada, donde *Mrs. Pusey* reía, colgada del brazo de *Mr. Neville*, en espera de que Jennifer negociara la posesión de una mesa favorable. El anciano que ocupaba la que ella había escogido se disponía a encender un cigarrillo, cambió de opinión, recogió la cartera y una bolsa de compra de la silla vacía que tenía a un lado, y se dirigió a la caja para pagar su consumición, intentando, al mismo tiempo, ponerse el sombrero y el abrigo. Al marcharse hizo un ademán con el sombrero, saludando a Jennifer, que le respondió con una sonrisa resplandeciente. Edith observó que en ese momento adoptó exactamente la misma expresión que su madre.

Monica y Edith permanecieron en sus asientos, encorvadas, furtivas, en espera de la inevitable llamada, que no llegaba a producirse. En lugar de ello se encontraron, a

los pocos minutos, contemplando a las Pusey y *Mr. Neville*. La risa alegre estaba a la orden del día, cuando menos en lo que tocaba a *Mrs. Pusey*. Jennifer contaba una anécdota, *Mr. Neville*, con la cabeza benévola inclinada hacia ella, la escuchaba gravemente. Edith observó que no pronunciaba palabra. El recitativo estaba a cargo de *Mrs. Pusey*.

—Bueno —dijo Monica—, supongo que es hora de irse.

Parecía estar pensando en algo. Edith suspiró y pidió la cuenta. Esperaron, silenciosas, a que se la trajeran, y después, cautelosamente, se levantaron y se dirigieron hacia la puerta.

—Anda —dijo sorprendida *Mrs. Pusey*, cuando pasaron por delante de su mesa tratando de no llamar la atención—. ¡Si son las chicas!

Edith y Monica se detuvieron, sonriendo torpemente, y Jennifer y *Mr. Neville* les devolvieron la sonrisa.

—¿Qué se ha hecho de ustedes todo el día? —preguntó *Mrs. Pusey*.

—Descansando —dijo Edith bastante insegura—. ¿Se encuentra mejor, *Mrs. Pusey*?

Observó que el aspecto de *Mrs. Pusey*, tan deslumbrante a distancia, presentaba, desde cerca, indicios de estar sometido a un cierto grado de desintegración. Los pómulos estaban más rosados, los párpados más azules, y la boca levemente más trémula, más embadurnada que de costumbre. Pero la voluntad estaba allí, la inquebrantable voluntad, la negativa a rendirse, a entregarse, a abandonar, a quedarse atrás. Admirable *Mrs. Pusey*, pensó Edith. Protegida por el resplandor de su propio *réclame*. Nos sobrevivirá a todos. Pero repitió:

—¿Se siente mejor?

—Sí, querida, gracias. Gracias a estas dos personas encantadoras, casi vuelvo a ser yo misma. Aunque cuando pienso...

—Tengo que marcharme —dijo Monica—. Cita en la peluquería. ¿Vienes, Edith?

Edith fingió prisa, lamentó mucho tener que despedirse de las Pusey y *Mr. Neville*, y salió a la calle en pos de Monica.

Apenas se dio cuenta de que regresaba al hotel, aunque se estremeció una vez más por efecto de la niebla que subía del lago. Una vez en su habitación, dejó correr el agua de la bañera hasta que el cuarto de baño se llenó de un denso vapor. Se cepilló rabiosamente el cabello y lo dejó suelto sobre los hombros. Tras estudiarse el rostro enrojecido en el espejo, fue al armario y sacó el traje de seda nuevo que Monica le había hecho comprar y que nunca se había puesto. Desapareció en el cuarto de baño con un frasco de perfume y derramó todo su contenido en el agua. El calor, la rebeldía y la extravagancia le sentaron bien. La criatura que se sentó en el escritorio y abrió la pluma era del todo distinta.

«Queridísimo David» (escribió).

Pero la prudencia la indujo a no comenzar su carta antes de cenar, porque una vez iniciada no podía estar segura de cuándo iba a terminarla.

Caminó de un lado a otro de la habitación, poco deseosa de canjear el silencio por las distracciones de la velada. Finalmente suspiró, cogió el bolso y la llave y descendió a la planta baja.

En el salón, *Mrs. Pusey*, con su gasa negra, estaba, como de costumbre, en compañía de Jennifer, que tenía un aspecto rosáceo y reposado. El pianista ordenó sus partituras mirando a *Mrs. Pusey*, que alzó una mano desaprobadora e hizo ademán negativo con la cabeza, como para indicar que esa noche su atención no estaba disponible. Desalentado, el pianista empezó a interpretar, sin entusiasmo, su repertorio habitual. Mme. de Bonneuil entró balanceándose, hizo una pausa y se aproximó a *Mrs. Pusey*.

—*Alors* — preguntó con su voz ronca, alta, característica de la sordera—, *ça va mieux, la santé?*

Mrs. Pusey adoptó con esfuerzo una sonrisa cansada y saludó con un pañuelo immaculado, pero no respondió. Desconcertada, pero solo un instante, porque estaba acostumbrada a que hicieran caso omiso de ella, Mme. de Bonneuil le dio la espalda, encogiéndose de hombros.

—*Toujours pomponnée* — comentó, creyendo que lo decía para sí misma, aunque en realidad la oyó toda la concurrencia. *Mr. Neville* se ocultaba tras su periódico, con los elegantes tobillos cruzados, en un rincón alejado. Edith avanzó hacia él con la cabeza alta.

—Caramba, Edith —exclamó *Mrs. Pusey* con su habitual viveza—. ¿Qué diablos se ha hecho en el pelo? Acompáñenos, querida. Deje que la vea bien.

Edith regresó, arrastrando los pies, a su lugar acostumbrado, mientras *Mrs. Pusey*, con un dedo en la barbilla, adoptaba un aire dubitativo.

—En fin, es un cambio, claro —proclamó finalmente—. Pero creo que me gustaba más como lo llevaba antes. ¡Jennifer! ¿Qué te parece, querida?

Jennifer levantó los ojos de las uñas y sonrió breve y vagamente.

—Bastante bonito —dijo—. No está nada mal.

—Pues creo que me gustaba más como lo llevaba antes —dijo *Mrs. Pusey*. E, inclinando la cabeza a un lado, siguió evaluando el problema hasta que llegó la hora de cenar.

EDITH pisó con cuidado y, temblando ligeramente por el influjo del aire frío, se aferró a la mano que le tendía *Mr. Neville*. El embarcadero estaba desierto; la vista era demasiado pobre para tentar a los pocos visitantes que quedaban a hacer una excursión de todo el día por el lago. De hecho, era la última excursión de esa naturaleza de la temporada, circunstancia que *Mr. Neville* había aducido como incentivo. Parecía coleccionar experiencias incómodas e insólitas como aquella, sin esperar de ellas más compensación que la novedad y la ironía de la situación. Para la excursión se había vestido, otra vez, mucho mejor de lo necesario. Dos señoras norteamericanas, en pantalones y con gabardinas de plástico, contemplaban, desde el otro lado del cristal de la cabina, su traje de *tweed* verdoso y su sombrero de cazador de venados. No había nadie en cubierta. Edith sentía como si estuvieran solos en el barco, que se alejaba muy silenciosamente de la costa para adentrarse en la niebla gris que cubría el lago hasta donde alcanzaba la vista.

Mr. Neville adoptó una elegante postura, con las manos en la barandilla. Edith, que tiritaba al ritmo de las regulares pulsaciones del motor, dio la espalda al desolado paisaje, tratando de limitar su campo visual a la estructura que la soportaba. Sin embargo, una sensación de aislamiento, no solo de tierra firme, sino de cualquier punto de referencia reconocible, la hizo sentirse inquieta. La incomodaba saber que, por mera debilidad, no se había abierto ninguna vía de escape. Podía haberme quedado en el hotel escribiendo todo el día, se dijo, pero solo de pensarlo me ponía enferma. La verdad es que en un lugar como este hay muy pocas distracciones, y una acaba por temer su propio aburrimiento. No es cierto que Satanás dé trabajo a los ociosos; eso es precisamente lo que no hace. Satanás debería estar disponible, con toda suerte de deslumbrantes distracciones, promesas falsas pero irresistibles, inducciones a comportamientos reprensibles. En lugar de eso, a una simplemente le ofrecen como alternativas el exceso de trabajo y el ocio indiferente, lo que no constituye realmente una posibilidad de elección. Ya no se puede ni contar con que Satanás cumpla sus obligaciones.

—¿Qué pasa ahora? —dijo *Mr. Neville* cogiéndola del brazo.

—No es nada —dijo Edith—. Simplemente pensaba que hoy en día hay muy poco vicio al alcance de la mano. Te hacen creer que puedes seleccionar y escoger, pero la verdad es que no hay posibilidades de elegir.

—Vamos a dar un paseo por cubierta —dijo *Mr. Neville*—. Está temblando. Ese cárdigan no es suficiente abrigo; me encantaría que se deshiciera de él. El que le dijo que se parecía a Virginia Woolf le hizo un flaco favor, aunque supongo que usted lo tomó por un elogio. Por lo que toca al vicio, hay todo lo que se quiera si se sabe buscar.

—Parece que yo nunca doy con él —dijo Edith.

—Eso es porque no se entrega de todo corazón a la búsqueda. Pero recuerde que

vamos a modificar esa circunstancia.

—La verdad es que no veo cómo. Si solo se trata de regalar el cárdigan, creo mi deber decirle que tengo otro en casa. Claro que también podría regalar el otro. Pero al parecer me falta espíritu para mejorar radicalmente. No soy fascinante, así de sencillo. Ignoro por qué.

—No —dijo él—. Ya se ve —le tiró más firmemente de la mano bajo el brazo y la condujo hacia adelante—. Una vuelta más —ordenó—. Ya le están volviendo los colores. El aire tiene que sentarle bien. Las mujeres de piel clara deberían pasar el mayor tiempo posible al aire libre. No pueden permitirse el lujo de languidecer bajo techo; les desaparecerá la cara. Haga un esfuerzo, Edith. Cuando haya entrado un poco en calor empezará a relajarse y a disfrutar. Así está mejor. Pero no hay razón para estar tan seria. Después de todo, esto es un crucero de placer.

Edith deslizó la vista sobre la inconmensurable extensión gris del lago. El vapor era lento, silencioso; ahora que se le habían acostumbrado los oídos a la ligerísima vibración del motor, Edith distinguía otros sonidos: la casi imperceptible succión de las olas en el costado, mucho más abajo, el crujido de las alas de un pájaro parecido a una gaviota que raseaba sobre la cubierta, el aleteo de su propia falda enredándose entre las piernas. Pero no había viento, sino simplemente una presión regular hacia adelante, sin sensación alguna de progreso. En algún lugar, tras los velos de niebla, había un sol pálido que proyectaba a lo lejos un resplandor blanco sobre el agua. El destino del barco era Ouchy, donde almorzarían, para regresar por la tarde. Pero a Edith le parecía que la excursión era demasiado seria para juzgarla simplemente como un divertimento. El lago vacío, la luz esporádica, la onírica lentitud con que cubrían la distancia parecía tener un significado alegórico. Edith sabía que los pintores usan a menudo los barcos como símbolos del alma, a veces del alma que parte hacia riberas desconocidas. De la muerte, en realidad. O, si no de la muerte, de algo no muy esperanzador. Nave de necios, nave de esclavos, pecio, tempestad marina: esas representaciones, aunque no sean muy exactas, aprovechan el miedo que dormita hasta en el más fuerte de los corazones para perturbar los nervios y el equilibrio, pues no es otro su objetivo. Edith se sintió de nuevo insegura, afligida, sin hogar.

Lamentó haber aceptado la invitación, pero la verdad era que, llegándole cuando le llegó, después de su estéril día con Monica, le había parecido atractiva. Además, tras la personalidad correctamente trajeada de *Mr. Neville* se escondía una considerable fuerza de voluntad, y a Edith no le había parecido fácil disuadirle de su propósito original. Aquella excursión, inoportuna y banal, le parecía casi perversa por su falta de atractivos; había supuesto que darían otra vez un paseo, costumbre de rumiante que le agrada aunque estuviera vinculada a ese tipo de sugerencias anárquicas que otorgaban a *Mr. Neville*, a sus ojos, un valor no despreciable. Pero no, él la había llevado a la fuerza a aquella terrible embarcación, a aquella nave casi desierta y sin gobierno, donde no cabía esperanza alguna de rescate; se imaginó a la

deriva, con su acompañante, rodeada de nieblas cada vez más espesas, mientras la gente real, en la orilla, seguía viviendo su vida real, indiferente al buque fantasma que para Edith casi había perdido su existencia normal. Ello la indujo a aferrarse con más firmeza al brazo de *Mr. Neville*, pues este, aun siendo también un personaje curiosamente mitológico, se las arreglaba para representar una realidad perfectamente tangible.

Sin embargo, poco a poco, y quizá porque *Mr. Neville* tenía la amabilidad de permanecer en silencio, sus nervios se sosegaron al influjo de la doliente calma que prevalecía, y cuando el embarcadero de Ouchy empezó a materializarse no le fue difícil respirar hondo y aflojar su presa en la impecable manga verdosa de *Mr. Neville*.

—Ya estamos —dijo este, introduciéndola en un restaurante, a la orilla del lago, rodeado de jardineras de hortensias—. No ha estado tan mal ¿verdad?

—La verdad es que me alegro mucho de encontrarme rodeada de tantos camareros y botellas y millonarios —confesó Edith—. Bueno, supongo que son millonarios.

—Eso es lo que pretenden, desde luego. Y si el dinero habla, como dicen, no cabe duda de que están metiendo mucho ruido.

La instaló en una mesa a la sombra de un toldo a rayas, cogió el menú que un atractivo camarero había colocado inmediatamente delante suyo y dijo:

—Yo que usted tomaría pato.

Edith hizo caso omiso de sus palabras.

—Creo que me he desorientado allá fuera. Siento como si nos prohibieran regresar.

—¿Tanto vale la pena regresar? —preguntó *Mr. Neville*—. No —dijo—, lo siento. Quizá he sido impertinente. Le ruego me disculpe. Puede que no sea fascinante, Edith, pero desde luego sabe cómo hacer que un hombre se sienta incómodo.

Edith sonrió gravemente.

—¿Debo tomarlo como un elogio? —preguntó.

Mr. Neville la recompensó con una fría mirada.

—Ese tipo de comentario me parece propio de una mujer de menos valor. Es usted inquietante. Dejémoslo en eso. Nada la obliga a comportarse como una ingenua. Debo tomarlo como un elogio, no me faltaba más que eso. Espero que no resulte ser de esas mujeres que se inclinan sobre la mesa, apoyan la barbilla en la mano y preguntan «¿Qué está usted pensando?».

—Está bien, está bien —dijo Edith, recuperando repentinamente el buen humor—. No he venido a examinarme ¿sabe? Se supone que lo estoy pasando bien.

—Ya verá cómo una cosa no excluye a la otra —dijo *Mr. Neville* con una sonrisa ambigua dibujada en el rostro. Pero pidió una espléndida comida, y cuando pusieron el pato delante de Edith tuvo la satisfacción de ver cómo a esta se le iluminaba la cara

y le volvían los colores. Tras dar fin a su propio pato mediante pocas y bien calculadas incisiones, se apoyó en el respaldo de la silla para encender un puro. El sol se asomó tímidamente. Edith permaneció inmóvil en su asiento y levantó la cabeza, sintiéndose ociosa y sosegada.

—Hablando de regresar —dijo *Mr. Neville*— ¿a qué se refería? No hablo de la vuelta al hotel; eso es inevitable. Me refiero a su vuelta a la vida normal. Solo se lo pregunto —añadió— porque tengo que marcharme este fin de semana.

La sonrisa de Edith se desvaneció. Tenía que afrontar la idea de volver a casa, o más bien la idea misma de volver, pero no se encontraba dispuesta a contemplar la posibilidad de tomar una medida tan decisiva. Aquel curioso interludio de su vida, por incómodo que fuera, la había liberado de la obligación de pensar en el porvenir. Y la circunstancia que estaba viviendo serenamente sentada en aquella plataforma de piedra, en aquel agradable restaurante al aire libre, con un compañero de carácter e inteligencia realmente poco habituales, le habían permitido posponer con éxito pensamientos más profundos.

Mr. Neville inclinó la silla hacia atrás y contempló el rostro de Edith.

—Veamos —dijo suavemente—. Veamos si soy capaz de imaginar su vida. Vive en Londres. Gana lo suficiente. Asiste a cócteles y a cenas y a fiestas de editores. La verdad es que nada de eso le gusta realmente. Aunque la gente se alegra de verla, le faltan compañías de primera calidad. Vuelve a casa sola. Se ocupa mucho de su casa. Ha tenido amantes, pero ni la mitad que sus amigas; estas, naturalmente, consideran que no ha tenido ninguno y se preocupan por usted bastante ostentadamente. Usted lo sabe. Y sin embargo, Edith, tiene una vida secreta. Aun siendo, demasiado obviamente, incorruptible, no es lo que aparenta.

Edith no movió un músculo.

Mr. Neville depositó muy cuidadosamente la ceniza del puro en el cenicero.

—Como es natural, dirá que me estoy metiendo donde no me importa. Yo diría, sencillamente, que no es asunto de mi incumbencia. Como tampoco son de su incumbencia mis diversiones. Sea cual fuere el acuerdo al que lleguemos, estas cuestiones deberán quedar escrupulosamente inexploradas.

—¿Acuerdo? —repitió Edith.

Mr. Neville se echó hacia adelante y apoyó las manos en la mesa. Súbitamente parecía más joven y menos dueño de sí mismo que de costumbre. Hasta entonces había sido fácil considerarle un hombre acomodado, de unos cincuenta años, exigente, cuidadoso, ocioso, atractivo mas no excesivamente apasionante, el tipo de hombre que presta gran atención a su modo de vida, un hombre cuyos apetitos pueden concretarse en alguna afición anodina, como coleccionar grabados a punta seca o investigar el propio árbol genealógico. El tipo de hombre que sin duda posee una buena biblioteca, pero a quien es difícil imaginar en cualquier otra habitación de la casa.

—Creo que debería casarse conmigo, Edith —dijo.

Edith le miró fijamente, los ojos abiertos de par en par, incapaz de creer lo que había oído.

—Déjeme que le explique —dijo él con bastante apresuramiento, recuperando firmemente el dominio de sí mismo—. No soy un jovencito romántico. De hecho, soy de lo más quisquilloso. Tengo una pequeña propiedad inmueble y una casa espléndida, gótico Regencia, un ejemplar realmente hermoso. Y tengo una colección, bastante conocida, de platos *famille rose*. Estoy segura de que le gustan las cosas bellas.

—Se equivoca —dijo Edith con voz fría—. No me gustan nada las *cosas*.

—Tengo muchos negocios en el extranjero —prosiguió él, haciendo caso omiso de su observación—, y me gusta recibir. Paso bastante tiempo fuera de casa. Pero me desagrada volver a una casa ocupada únicamente por el matrimonio que vive allí cuando yo no estoy. Usted encajaría perfectamente en ese cuadro.

Un silencio terrible se estableció entre los dos. Edith concentró su atención en la cuenta, que revoloteaba silenciosamente bajo un cenicero. Cuando habló, su voz era inestable.

—Tal como lo dice parece una oferta de trabajo —dijo—. Y yo no busco empleo.

—Edith ¿qué otra cosa va a hacer? ¿Volverá usted también a una casa vacía?

Edith negó con la cabeza y permaneció en silencio.

—Mire —prosiguió él—, no puedo permitirme otro escándalo. La aventura de mi mujer me convirtió en un hazmerreír. Creí que podía soportarlo con dignidad, pero la dignidad no ayuda. Más bien lo contrario. Al parecer, lo que la gente quiere es que uno se derrumbe. De todas formas, eso pertenece al pasado. Necesito una esposa, y necesito una esposa en quien pueda confiar. No ha sido fácil para mí.

—Tampoco me lo pone fácil a mí —dijo Edith.

—Se lo estoy poniendo más fácil. La he observado mientras trataba de hablar con esas mujeres. Está desolada. Y sin el amor a sí misma que le he estado recomendando tan encarecidamente nunca aprenderá las reglas, o las aprenderá demasiado tarde y se amargará. Y cuando piensa que está sola su cara expresa un pesar ilimitado. La amenaza una vida en el exilio, de la clase que fuere.

—Pero ¿por qué cree que soy un caso tan desesperado?

—Usted es una dama, Edith. Hoy en día están bastante pasadas de moda, como supongo habrá observado. Como esposa mía le iría muy bien. Soltera me temo que no tardaría en quedar más o menos en ridículo.

Edith lo estudió tristemente.

—¿Y qué haré yo en su hermosa casa cuando usted no esté? —preguntó. Y cuando esté, pensó, pero no formuló el pensamiento.

—Lo mismo que hace ahora, solo que mejor. Si quiere puede escribir. De hecho, quizá empiece a escribir bastante mejor de lo que usted misma se cree capaz. Edith Neville es un nombre excelente para una escritora. Tendrá una buena posición social, cosa que necesita. Ganará confianza, conocimiento del mundo. Y tendrá la

satisfacción de saber que me está poniendo en buen lugar. Usted no es de esas mujeres que asustan a los hombres, de las histéricas que se comportan como si fueran constantemente objetos de escándalo o de deseo, que se jactan de sus conquistas y de su actitud, y que creen que pueden hacer lo que les plazca siempre que diviertan a sus amigos y se atengan a un contrato mínimo con sus maridos.

—También las mujeres temen a ese tipo de mujeres —dijo Edith.

—No —dijo él—. La mayoría de las mujeres *son* de ese tipo.

Edith levantó la vista hacia su interlocutor.

—Sin embargo, yo creía que los hombres preferían ese tipo de mujeres. Creí que despreciaban esa paz conyugal que usted me prescribe.

—En cierto sentido, sí —respondió él—. A los hombres les gusta ese tipo de mujeres. Si obtienen algo menos tortuoso y fantástico les parece que se están perdiendo alguna cosa; les gusta el peligro que ese tipo de relaciones entraña. Les gusta sentir que para poseer han tenido que luchar contra otros hombres. Precisamente de eso se trata. De abatir a otros hombres. Solo cuando esos otros hombres se incorporan, luchan otra vez por la posesión se aperciben de hasta qué punto es frágil y *fatigoso* ese tipo de relación. No lleva a ninguna parte.

—Me está dedicando otra vez el gran elogio de suponer que nadie me deseará jamás.

—Le estoy dedicando el elogio de suponer que conoce la diferencia entre el devaneo y la fidelidad. Le estoy dedicando el elogio de suponer que jamás se permitirá caer en el tipo de chismorreos que desacreditan a un hombre. Le estoy dedicando el elogio de creer que no me hará sentir vergüenza, que no me dejará en ridículo, que no me *ofenderá*. ¿Se da cuenta de lo duro que es para un hombre reconocer que ha sido ofendido de esa forma? No puedo permitir, en ningún caso, que vuelva a sucederme.

—Sin embargo, el otro día predicaba la doctrina del egoísmo. La palabra que usó fue nuclearidad. ¿Cómo se compagina eso?

—Mucho más fácilmente de lo que cree. No le estoy pidiendo que renuncie a todo por amor. Le estoy pidiendo que reconozca lo que verdaderamente le interesa. Le estoy diciendo, sencillamente, algo que quizá haya empezado a sospechar: que la modestia y el mérito son cartas muy bajas. Le estoy proponiendo una sociedad de naturaleza extremadamente ilustrada. Una sociedad basada en la estimación, si quiere llamarlo así. También, por cierto, pasada de moda. Si quiere tener un amante, es asunto suyo, siempre que lo organice de manera civilizada.

—Y usted...

—Lo mismo, por supuesto. Para mí eso sería, ahora, un asunto trivial. Usted jamás se enteraría ni tendría de qué preocuparse. Nuestra unión se basaría en intereses compartidos, en palabras sinceras. En compañerismo. Eso es para mí ahora lo importante. Y debe serlo para usted. Piense, Edith, ¿no ha deseado, en algún momento de su impecable vida, vindicarse? ¿No está harta de comportarse

cortésmente con maleducados?

Edith inclinó la cabeza.

—Podrá, por supuesto, festejar a sus amigos. Y se dará cuenta de que la tratan de forma muy distinta. Lo que me lleva a lo que le estaba diciendo. Se dará cuenta de que puede ser tan mala como quiera. También tan mala como todo el mundo quiere. El mundo es así. Y la respetarán por ello. La gente se sentirá, por fin, cómoda en su compañía. Se siente sola, Edith.

Tras una prolongada pausa, Edith levantó la vista y dijo:

—Empieza a hacer frío. ¿Regresamos?

El vapor del lago llevaba ahora a bordo a un grupo de escolares, muy jóvenes, algunas de cuyas cabezas apenas alcanzaban la altura de la barandilla. No eran propensos a los excesos ni al ruido atronador, y en cuanto el barco se apartó de la orilla su maestro les convocó el salón acristalado de observación para impartirles algún tipo de lección. Obedientes, giraron sobre sí mismos como golondrinas y dejaron a Edith y *Mr.* Neville solos en cubierta.

Hacía más frío que antes y la tarde tocaba a su fin. Se había levantado un vientecillo, precursor de futuros vientos más fríos y presagio del invierno. Edith sintió como si viera su casa cerrada, el fuego apagado, el polvo posándose, las cartas sin abrir en el felpudo, las ventanas sucias, las habitaciones sin airear, abandonadas, los olores viejos de comida adheridos a las cortinas. Y ella misma olvidada, y el teléfono silencioso. Tachada de las listas de invitaciones a las fiestas de los editores por jóvenes y brucas secretarias impacientes por no recibir respuesta. Su agente, el bondadoso Harold, prescindiendo de ella con un movimiento de cabeza. ¿Y qué noticias de David? Si regresaba ¿soportaría enterarse de sus sentimientos, saber si se alegraba de su regreso? ¿Y si no lo encontrara? ¿Dónde buscarle? Durante su ausencia podía haber sucedido cualquier cosa; quizá estaba de vacaciones, enfermo, o muerto. O quizá estaba encantado con el estado de cosas. El viento la tironeaba del pelo, y Edith, con un gesto angustiado, lo liberó de las horquillas que lo sujetaban, dejándolo flotar sobre el rostro. ¿Será verdad? ¿Era yo una mujer plácida y serena, incapaz de retener su interés? ¿Era simplemente poco común, y discreta, de esas que jamás organizan escándalos, un alivio en comparación con su tortuosa, fantástica y provocativa esposa? ¿Era simplemente un interludio conmovedor en su vida, o me creía con más sentido práctico del que tengo? ¿Suponía que yo hacía lo mismo que él, con el mismo grado de egoísmo?

—Edith —dijo *Mr.* Neville— no llore, por favor. No puedo soportar el llanto de una mujer; me dan ganas de pegarla. Por favor, Edith. Ande, tome mi pañuelo. Edith. Déjeme que le seque los ojos. Tiene los ojos casi plateados. ¿Lo sabía? Vamos.

Se apoyó en él, por primera vez, y lloró hasta agotarse. Cerró los ojos y siguió apoyada en su hombro, equilibrada por su brazo.

—Está muy delgada —dijo él—. Temo partirla por la mitad. Pero ya habrá tiempo de ocuparse de eso más adelante.

Cuando se irguió para apoyar las manos en la barandilla, Edith vio que ya oscurecía, o más bien que descendía un crepúsculo que se oscurecía imperceptiblemente hasta transformarse en noche. Vio luces en la orilla opuesta, y ahora le parecieron casi acogedoras: las luces del Hotel du Lac.

Se apoyaron, silenciosos, en la barandilla. Cuando vieron el embarcadero, *Mr. Neville* se volvió hacia Edith, pero ella levantó la mano pidiendo silencio con un gesto. Los niños, convocados una vez más en cubierta por su maestro, deben de ser inmunes a los miasmas de estas reflexiones adultas. Mientras salían en tropel, los zapatos repiqueteando sobre los tablones, Edith y *Mr. Neville* permanecieron silenciosos junto a la barandilla, mirando a la orilla.

—Bien —dijo ella tras un prolongado silencio—. Así que viviré en su casa... gótico Regencia, un ejemplar magnífico, con sus platos *famille rose*. Dejaré, aerotransportada, mi vida actual, como por efecto de una varita mágica. Me volveré mundana, relajada, experimentada y discreta. Le proporcionaré esa calma conyugal que garantizará que nunca más se sienta ofendido.

—Ni usted —dijo él—. Ni usted.

—No le amo. ¿Le preocupa?

—No. Me tranquiliza. No quiero soportar la carga de sus sentimientos. Lo nuestro puede arreglarse sin expectativas románticas.

Edith se volvió hacia él. El cabello se le arremolinaba en la cabeza, su mirada era grave, su boca amarga.

—¿Y usted no me ama?

Él sonrió, esta vez tristemente y sin ambigüedad.

—No, no la amo. Pero ha desbordado mis defensas. Me ha estimulado y conmovido, y lo ha hecho en una forma en la que ya no quiero que me estimulen ni me conmuevan. Es como un nervio que yo había conseguido adormecer, y me irrita percatarme de que se despierta. Haré lo posible por adormecerlo de nuevo lo antes posible. Después de todo, no estoy dispuesto a perder *mi* nuclearidad. Tenemos que bajar, Edith. Deme la mano.

Caminaron en silencio, cogidos de la mano, por los suaves tablones del embarcadero y por el sendero de gravilla. Con el crepúsculo, la niebla descendía otra vez, empañando las farolas, velando los sonidos cotidianos. El escaso tráfico del anochecer casi había terminado, y desde el lago vacío, a sus espaldas, subía un frío desapacible.

—Quizá tenga que pensármelo —dijo finalmente Edith.

—Espero que no tarde mucho. No tengo intención de habituarme a proponerle matrimonio. Tendrá que apresurarse si quiere que nos vayamos este fin de semana.

Le miró, sorprendida por el nuevo tono jovial de su voz. Tuvo al mismo tiempo la impresión de que ya había hecho las reparaciones necesarias en la autoestima de él y la rapidez con que lo había conseguido la animó un poco.

—¿Puedo hacerle una última pregunta? —dijo.

—Naturalmente.

—¿Por qué yo?

Esta vez la sonrisa de *Mr. Neville* fue de nuevo ambigua, irónica, cortés.

—Quizá porque es más difícil de cazar que las otras —respondió.

TRAS bañarse, cambiarse, y recogerse otra vez firmemente el cabello, Edith se sentó en su habitación a esperar la hora de cenar.

Le pareció entonces que había terminado con la habitación, o quizá que la habitación había terminado con ella. En cualquier caso, se había alcanzado algún tipo de conclusión natural. Sabía que la nostalgia es propia de la naturaleza de la despedida, y que aquella habitación, donde había vivido completamente sola, despertaría en su espíritu un cálido recuerdo siempre que la convocara a su memoria. Su silenciosa y marchita dignidad llegaría quizás un día a simbolizar los últimos jirones de su propia dignidad, antes de que también esta se derrumbara ante los embates del pánico, las bravatas, o simplemente el frío sentido común.

Era precisamente la frialdad de su sentido común lo que le provocaba aquel temblor casi senil. Se levantó bruscamente y fue a la ventana; cuando corrió la cortina no vio más que oscuridad, y el único ruido que llegó a sus oídos fue el silbido de los neumáticos. Porque el tiempo había cambiado, y la niebla se había disuelto en una melancólica llovizna; la pegajosa humedad tenía la pausada persistencia de un clima que por fin ha encontrado su forma natural de expresión. Así que no podría sentarse en el balcón a escribir en la mesa verde de estaño, como había previsto. De todas formas, el libro no había arrancado, y estaba destinado, quizá desde el comienzo, a ser abandonado. Sin embargo, pensó, escribiendo, como un acto de voluntad, siempre he sabido reintegrarme a un estado de aceptación. ¿Por qué no sirve ya la receta? ¿Será porque ahora el proceso mismo se parece demasiado al cilicio del penitente, una intriga para reconquistar el favor divino? ¿Será sencillamente que estoy harta de bregar? ¿No sería muy cómodo no tener que hacer precisamente estos esfuerzos nunca más? Y pasó una mano, en ademán de despedida, sobre las hojas escritas con letra minuciosa antes de introducirlas de vuelta a la carpeta y meter la carpeta en el fondo de la bolsa de viaje.

Este último acto la sorprendió, como si sus proyectos hubieran alcanzado una fase definitiva sin que ella hubiera tomado conscientemente decisión alguna. Sin embargo, la forma en que empezó a doblar y meter en la maleta los trajes que ya no iba a ponerse y, a medida que el proceso se aceleraba, la forma, casi precipitada, en que empaquetó juntos los zapatos, los libros, los frascos de perfume, hasta que de su vida en el Hotel du Lac no quedaron más que el camisón, el cepillo del pelo y la ropa que llevaba puesta, demostraba que los había aceptado como definitivos. Después, ya sin nada que hacer en aquella habitación, de nuevo impersonal, lista para recibir al próximo huésped al comienzo de la temporada siguiente, salió, cerró la puerta, bajó las escaleras y se dirigió al salón.

También allí la falta de actividad ponía de manifiesto una voluntad general de partir. El pianista había cumplido su contrato y podía retornar a su ocupación invernal; las clases particulares a colegialas sin sentido musical. *M. Huber,*

ligeramente decepcionado, como de costumbre, por no haber conseguido alcanzar plenamente esa brillante combinación social que constituye el más persistente deseo del hotelero, contemplaba, pesaroso, el salón vacío. Sentía unas punzadas románticas que presagiaban, simultáneamente, el invierno y su particular exilio, pues había de dirigirse, tan pronto como se cerrara el Hotel du Lac, al chalet en España de su hija y su yerno, donde languidecería bajo el sol sin que ocurriera nada ni hubiera nada que supervisar: él no había nacido para cliente. La semana siguiente cerrarían el hotel. El hijo de Mme. de Bonneuil la trasladaría a sus cuarteles de invierno en Lausanne, una *pension* de religiosas que ella soportaba estoicamente. La mujer del perro regresaría a su casa, perspectiva que encendía de emoción y nerviosismo su hermoso rostro. Mme. Pusey y su hija, sus huéspedes preferidas, se irían en coche, con chófer, a Ginebra, donde tomarían un avión y pagarían una gran suma de dinero en concepto de exceso de equipaje, pero M. Huber se complacía en pensar que pasaban directamente de sus manos a la seguridad de su apartamento londinense. Una mujer encantadora, encantadora; la hija, quizá, algo menos distinguida. En su momento intercambiarían tarjetas postales, pues siempre permanecían en contacto. Y, sin duda, volverían a encontrarse en el hotel al año siguiente, si sobrevivían. Los otros dos huéspedes no le interesaban gran cosa; eran demasiado recientes, y sabía que no volverían.

Los miembros del personal, liberados de las rígidas restricciones impuestas por los buenos modales cotidianos, se habían vuelto más ruidosos y hablaban entre ellos muy abiertamente. Alain y Maryvonne, que resultaron ser primos, regresaban a Friburgo, donde pasarían el invierno trabajando en el restaurante del padre de Maryvonne. El director, como de costumbre, se esforzaba inútilmente en convencer a su suegro de que se retirara definitivamente, aun sabiendo que eso no iba a suceder nunca.

Edith pasó un rato sentada sola en el salón, recordando su primera noche en el hotel. Habían ocurrido demasiadas cosas para que se sintiera del todo cómoda con su estancia. Retrospectivamente pensó que cuando llegó era más valiente, más joven, y estaba más decidida a soportar su destierro y a regresar a casa inalterada por el exilio. En su momento le había parecido poco menos que una broma, o al menos había decidido tomárselo así. Concluida su estancia, le parecía que había adquirido, por primera vez en su vida, la seriedad del adulto, y que a partir de entonces todas sus decisiones se apoyarían en la prudente ponderación que hasta el momento jamás se había creído con derecho a ejercitar. Se disponía a entrar en un mundo que había considerado, instintivamente, como propiedad de otros, un mundo al que no tenía ningún derecho, un mundo, entre otras cosas, de inversiones, reparaciones de techos, visitas en casa los fines de semana. ¿Cogemos tu coche o el mío? En cierta ocasión había oído a David hacerle esta pregunta a su mujer, y la frase había llegado a adquirir un significado casi totémico. Tras ella había entrevisto una serie de presunciones que los habían arropado desde la infancia. Lanzados desde la juventud a

los goces adultos, audaces, privilegiados, consentidos, eran igualmente impacientes ante cualquier circunstancia grave o descorazonadora, así como rápidos, encantadores, entusiastas y olvidadizos. Pero Edith, que había pasado los años de su juventud en silencio y al acecho para burlar las decepciones, había aprendido a no exigir nada, conocía esas profundidades, y estaba, en ese solemne momento, perdida en su contemplación antes de abandonarlas para siempre.

Cuando levantó la vista vio que la sombra oscura situada junto a la columna en el otro extremo de la habitación había adoptado la forma material de Mme. de Bonneuil, quien probablemente estaba allí desde que entró. Sujetando firmemente el bastón en ambas manos, perdiendo sobre los hombros de su polvoriento vestido oscuro las últimas lentejuelas de su velo igualmente polvoriento, Mme. de Bonneuil parecía reflexionar sobre su inminente traslado. Pero Mme. de Bonneuil, pensó Edith con una punzada de pesar, no se trasladaba a un mundo de envidiables preocupaciones adultas. Imaginó un cuartito oscuro en Lausanne, y menos comida, menos servicio, menos dignidad. ¿Y a qué iba a dedicar sus días? El absurdo terreno de Lausanne era demasiado difícil para pasear, incluso con bastón. Y el invierno iba a ser largo, muy largo. Cuando los camareros hicieron acto de presencia en el salón, Edith se levantó, se aproximó a Mme. de Bonneuil y le ofreció el brazo. En el rostro de Mme. de Bonneuil se dibujó un instante una sonrisa dubitativa que reflejaba agrado y perplejidad, pero en ese instante Monica, ligera y preciosa en un vestido del color del fuego, recuperada la vida y la energía por la perspectiva del retorno al hogar, salió del bar exclamando «¡Espéreme!». Mme. de Bonneuil, sujeta firmemente por ambos brazos, entregó el bastón a Alain y entró, acompañada por Edith y Monica, en el salón, la cabeza alta, el gesto mundano, el porte muy superior a su entorno. Cuando M. Huber se adelantó apresuradamente a saludarla («Ya era hora», dijo Monica con desprecio), Mme. de Bonneuil apretó cálidamente las manos sobre las de las jóvenes antes de reconocer su presencia con una imperceptible inclinación de cabeza. Tras esperar a que un solícito camarero le ajustara la silla, Mme. de Bonneuil centró serenamente su atención en el menú, y a lo largo de la cena mantuvo la cabeza alta, sonriendo intermitentemente.

La cena había llegado a la mitad cuando Mrs. Pusey, vestida de fina lana color lila, hizo su aparición. Edith se maravilló una vez más de su aspecto. Su figura llena, su cabello rubio resplandeciente y su nube de perfume casi oscurecían a Jennifer, la cual, pese a ir tan bien equipada como su madre, parecía más cruda, menos exquisita, no tan altamente consciente, no tan ardientemente apegada a la reiteración de tales placeres. Cuando, como era de esperar, M. Huber se levantó para dar la bienvenida a Mrs. Pusey y acompañarla hasta su mesa, Edith, que miraba como siempre con un interés rayano en la fascinación, sintió su atención atraída por la enigmática Jennifer, quien, indiferente al frescor de la noche, llevaba otro de aquellos avíos extrañamente impúdicos, un jersey ceñido de escote bajo en seda azul y unos bombachos blancos. Sin embargo, y pese a su aspecto de jovenzuela grande y rica a punto de montarse en

el coche de algún amigo para pasar la velada en una discoteca elegante, prodigaba, con la asiduidad de siempre, atenciones a su madre, cuya conversación era, al parecer, todo cuanto necesitaba en materia de estímulo social. Edith siguió mirando mientras se agitaban las servilletas, se servía el vino, se partía el pan, se saboreaba la sopa con mucho cerrar de ojos y mucha atención delicada; Edith observó que no parecían percatarse de la presencia de otras personas en la habitación, ni sospechar que la cena pudiera haberse preparado con otro fin que mitigar su inagotable apetito.

Cuando llegó la hora del café en el salón, Edith notó que *Mrs.* Pusey la trataba con cierto distanciamiento. Quizá había tomado nota y archivado sin comentarios su regreso al anochecer en compañía de *Mr.* Neville. En todo caso, Edith no tuvo más remedio que escuchar la exposición de los proyectos de *Mrs.* Pusey, que eran, como de costumbre, muy amplios, sin que nadie diera muestra alguna de interesarse por los suyos. La reciprocidad era un concepto desconocido para *Mrs.* Pusey, cuya imperiosa necesidad de dominio social, antaño garantizada por su belleza y por la presencia muda de un esposo que la adoraba, tenía ahora que afirmarse por medios más brutales. Nada había, sin embargo, de brutal en su encantadora exposición de la labor de embalaje que las esperaba —de solo pensarlo le daba dolor de cabeza— y de las instrucciones que tenía que dar a su ama de llaves para que les enviase un coche a Heathrow y les tuviese preparada una cena ligera en un par de fuentes para que madre e hija se restauraran en el dormitorio de la primera.

—Después de un viaje llevo destrozada —confió *Mrs.* Pusey a Edith.

—Y, sin embargo, ha viajado muchísimo —repuso Edith.

—Sí, bueno, era por mi marido. No quería ir a ninguna parte sin mí. Decía que no soportaba mi ausencia, qué bobada —rio, rememorando—. Y una se acostumbra ¿sabe? Naturalmente, sin Jennifer no podría. Y ella sigue dispuesta a soportar a su anciana madre ¿verdad, preciosa?

Y otra vez el apretón de manos, el beso, las sonrisas resplandecientes. Sin embargo, Edith había observado que Jennifer, para ser ella, tenía un aspecto casi meditabundo, y que su expresión, generalmente indiferente, parecía menos benévola que de costumbre. Pero todo ello se desvaneció entre amorosos ademanes. Debo habérmelo imaginado, pensó Edith. Esta noche estoy morbosa.

—¿Cuándo se marchan? —preguntó.

—Oh, nos quedaremos hasta el final de la semana que viene, si nos soportan —y emitió de nuevo una risita.

—Yo... —empezó a decir Edith, pero *Mrs.* Pusey la interrumpió exclamando:

—¡Mira, ahí está Philip! ¿Dónde se ha metido, traviesuelo? Jennifer temía que nos hubiera abandonado. Querida, pide café para Philip. ¿Cómo es que llega tan tarde?

—Tuve que hacer unas llamadas —dijo él, rindiéndose a sus exigencias con un ánimo aparentemente excelente—. Y parece que las líneas están permanentemente ocupadas.

—Llamadas de negocios, supongo —dijo *Mrs. Pusey* inclinando, comprensiva, la cabeza—. Sé lo que es eso. Mi marido siempre tenía que hacer llamadas, estuviéramos donde estuviéramos. A veces le amenazaba con hacer que quitaran el teléfono. «No hay que mezclar el placer con los negocios», le decía. Lo que no quiere decir que él diera prioridad a los negocios, al menos cuando yo estaba con él.

—Siempre hay que organizar ciertas cosas —dijo *Mr. Neville* sonriendo.

—¿Organizar? Eso suena como si fuera a dejarnos. ¡Jennifer! Philip nos va a dejar.

Jennifer levantó los ojos de las uñas y sonrió brevemente.

—Me voy pasado mañana —dijo *Mr. Neville* con un tono indefinido de voz.

—Entonces debemos aprovecharle lo mejor que podamos —exclamó *Mrs. Pusey*—. Espero que no tenga intención de desaparecer otra vez mañana. Esta mañana nos pasamos horas esperándole ¿verdad, querida?

Evidentemente, pensó Edith, tengo que ser invisible hasta haber aceptado sus condiciones. Y tiene razón. Así son las cosas, y así habrán de ser, si no me caso con él. Me lo está haciendo ver. Muy bien. Pero primero tengo que hacer algo.

Se hizo un silencio, durante el cual se percató de que había llegado la hora de la verdad.

Se levantó.

—Disculpen... —empezó.

—Sí, por supuesto, Edith. Buenas noches, querida.

—No se levante, por favor —dijo Edith a *Mr. Neville* poniéndole una mano en el hombro con no poca firmeza. No le importaba que interpretaran su gesto como una muestra de familiaridad. De pronto se sintió cansada de guardar tanta reserva. Neville podía haber dicho algo, pensó, consciente del silencio punzante que sobrevenía a su espalda. Y *Mrs. Pusey* se pasará el resto de la velada intentando averiguar lo que él, de buen humor, se negará a revelar. No me necesitan.

Aunque sus pasos eran leves y silenciosos, le pareció que subía las escaleras pesadamente, como un viajero fatigado. Y al llegar a la habitación rosada, tan severa, tan silenciosa, se sentó otra vez, sintiéndose como una exiliada. Al rato se aproximó a la mesita, cogió una hoja de papel y escribió:

«Queridísimo David,

»Esta es la última carta que te escribiré en mi vida y la primera que echaré al correo. Voy a casarme con Philip Neville, un hombre que he conocido aquí; voy a vivir en su casa, cerca de Marlborough, y no creo que vuelva a verte.

»Eres el aliento de mi vida. Sí, ya sé que no hay que decir esas cosas. Tú no quieres oírlas. Cuando le dije esas palabras a Penelope se quedó horrorizada, ofendida, como si yo misma me hubiera excluido de la sociedad al confesarlo. Parece, por tanto, que he quemado demasiados barcos, que he cruzado demasiados puentes para poder volver a lo que era antes, o a lo que pensaba que era.

»No estoy enamorada del señor Neville, ni él de mí. Pero me ha hecho ver lo que

será de mí si sigo amándote como te amo. Yo había empezado a percatarme antes de llegar aquí, y quizá el desdichado asunto del pobre Geoffrey fue consecuencia de lo que había empezado a ver. Esta vez evitaremos el fracaso, principalmente porque el señor Neville se ocupará de que así sea. Me asegura que no tardaré en convertirme, bajo su dirección, en una de esas mujeres presentables cuya confianza, energía e incluso presunción siempre he envidiado. En fin, más o menos como tu mujer.

»Nunca he tenido mucho éxito en esa clase de vida, por lo que era una ironía suprema que me enamorase de un hombre que siempre ha tenido éxito en todo. Vivía par ti. Pero ¿cuánto te veía? ¿Quizá dos veces al mes? Más, cuando nos encontrábamos accidentalmente. A veces menos, si estabas muy ocupado. Y a veces pasaba un mes entero sin que te viera. Te he imaginado en tu casa, con tu mujer y tus hijos, y lo he pasado mal. Pero mucho peor era cuando sospechaba que alguien nuevo, alguna chica que hubieras encontrado en cualquier lado, quizá en una fiesta, como me encontraste a mí, te llamaba la atención y despertaba tu curiosidad. Y entonces miraba atentamente a las mujeres en la calle, en el autobús, en las tiendas, buscando un rostro que pudiera encajar en tus fantasías. Porque has de saber que, aunque me faltan detalles, te conozco muy bien.

»No se me oculta que, a pesar de lo que sientes por mí, (o quizá debería decir lo que sentías por mí) yo no soy tu tipo, como decía Swann de Odette.

»No hay ninguna razón para que nos volvamos a ver, salvo, por supuesto, accidentalmente. El señor Neville, que posee una hermosa colección de platos *famille rose*, dedica sin duda bastante tiempo a los salones de venta y las casas de subastas, y quizá desee que le acompañe en sus visitas. Pero ya le he dicho que no me atraen las colecciones, y dudo que insista.

»Trataré de ser una buena esposa para él. En esta edad ilustrada una no recibe propuestas de matrimonio todos los días, aunque, por curioso que sea, yo he tenido dos este año, y las dos las he aceptado. Evidentemente, los atractivos de la paz doméstica son demasiado poderosos para que alguien de mi apocada naturaleza pueda resistirse a ellos. Pero voy a sentar la cabeza. Tendré que hacerlo, pues no creo que me queden ya muchas oportunidades.

»Quizá crees, como mi editor y mi agente, que siempre están intentando actualizar mis libros y hacerlos más sexualmente explícitos y más excitantes, que escribo mis relatos con esa mezcla de mordacidad y cínico distanciamiento que se considera característica del escritor moderno en este género. Te equivocas. He creído en todo lo que he escrito. Y sigo creyendo, aunque ahora sé que nada de ello se hará realidad para mí.

»Hace dos semanas que tienes mis señas, pero no he sabido nada de ti. No tiene sentido, por tanto, que te diga dónde voy a vivir, porque tampoco allí tendré noticias tuyas.

»No sé cómo terminar esta carta. No quiero sucumbir a los reproches, las recriminaciones, ni en verdad tengo derecho a hacer tal cosa. Decir que en mi

relación contigo obré voluntariamente sería ridículo, porque, de los dos, yo fui quien más voluntad puso. Puse más voluntad que tú.

»Te mando todo mi amor, para siempre.

»Edith».

Permaneció sentada con la cabeza entre las manos un largo rato. En la habitación reinaba ahora un silencio absoluto. No se daba cuenta del paso del tiempo. En lugar de ello, parecía estar mirando hacia el pasado, hacia otras ocasiones en las que había estado condenada al silencio. Cuando, de pie junto a la ventana de su casa, oía alejarse el zumbido del coche de David. Cuando, sin pronunciar palabra, vio a su padre ordenar su escritorio por última vez, o cuando llevaba mansamente de vuelta a la cocina el café derramado de su madre. Penetrando aún más en el pasado se vio a sí misma escondida detrás de la butaca de *Grossmama*. Edith en el severo apartamento vienés, mientras su madre y sus tías aireaban sus lamentaciones. Y si alguna palabra oía, eran palabras inadecuadas para su situación actual. *Schrecklich! Schrecklich!*, oyó gritar a la tía Resi. *Ach, du Schreck!*

Cuando se levantó se le ocurrió que era hora de acostarse. Pero lo que más imperiosamente anhelaba no era el sueño, sino la mañana, cuando llevaría la carta a correos y sabría con seguridad que ya no iba a cambiar de opinión. Miró el reloj y vio que era la una y media. Se desvistió y se tumbó en la cama, dispuesta a resistir la noche sin ablandarse. Le ardían las mejillas y temblaba ligeramente, pero a medida que la noche se fue haciendo más profunda se le relajaron los músculos y se le apaciguó la respiración hasta que finalmente se durmió.

Cuando se despertó aún no había amanecido, pese a lo cual se levantó y se lavó la cara y las manos; después, cuando volviera, tendría tiempo de bañarse. Releyó la carta, la metió en un sobre y lo cerró. Se vistió y se peinó. Estaba bastante serena, y se sentó pacientemente a esperar que llegara a la recepción alguien que pudiera venderle un sello. A la seis, incapaz de esperar más, cogió el bolso y la llave, abrió la puerta con mucho cuidado y salió al pasillo.

Avanzaba silenciosamente por la espesa alfombra, temerosa de despertar o de alarmar a los huéspedes dormidos, cuando vio que la puerta de Jennifer se abría y que de ella, en bata, salía *Mr. Neville*. Con tanta cautela como Edith, este trataba de hacer el menor ruido posible, y cerró la puerta muy lentamente. A la luz mortecina que iluminaba el pasillo por la noche, Edith pudo discernir claramente su sonrisa controlada y ambigua.

Naturalmente, pensó. Naturalmente.

Esperó, inmóvil, hasta que *Mr. Neville*, sin apercibirse de su presencia, se dio la vuelta y se alejó rápidamente por el pasillo hasta perderse de vista.

Y, de vuelta en su habitación, se percató de lo poco sorprendida que estaba. Recordaba la referencia de *Mr. Neville* a la preservación de la nuclearidad, la reparación de la autoestima, nobles palabras que ella quizá había aceptado con excesiva facilidad. Pero no era eso, eso no era todo. Y entonces se acordó. Cuando se

había apoyado en él para llorar y él la había rodeado con su brazo, se había dado cuenta de que él no había sentido nada. De que la había sosegado con mucha elegancia, pero sin sentir nada.

Y Jennifer era, sin duda, una de esas diversiones triviales a las que tan poca importancia atribuía. Y esa puerta que se abría y se cerraba en sus sueños, en los engañosos instantes del despertar, era una puerta real, cuya realidad y consecuencias no había sabido tomar en cuenta.

Vio el rostro paciente de su padre. Piénsalo mejor, Edith. Has formulado una ecuación errónea.

Se sentó lentamente en la cama, levemente desfallecida. Y si me casara con él, se dijo a sí misma, sabiendo esto, sabiendo también que puede, tan rápida y fácilmente, buscar en otra parte, me convertiría en piedra, en pasta: en un objeto de su colección. Pero quizá era eso lo que él quería, pensó, que sustituyera al objeto que había perdido. Y para mí, esos placeres que, con ligereza, se llaman físicos, seguirían donde ya han estado tanto tiempo, tanto tiempo que para mí se han convertido en toda mi vida. Y perdería la única vida que he querido, aunque nunca haya podido llamarla realmente mía. Y la sonrisa de *Mr. Neville*, tan indefectiblemente ambigua, jamás dejaría de recordármelo.

Pasado un rato se levantó.

Acercándose a la mesa, recogió la carta, la rompió por la mitad y tiró los pedazos a la papelera. Después cogió el bolso y la llave, salió de la habitación, cruzó el pasillo y bajó las escaleras. En el hotel reinaba el silencio, y el portero de noche, en espera de que finalizara su turno, bostezaba detrás del mostrador y se rascaba la cabeza. Se irguió al ver a Edith y adoptó apresuradamente su sonrisa matinal.

—Quiero que me pida un billete para el próximo avión a Londres —dijo Edith con voz clara—. Y quiero mandar un telegrama.

Una vez obtenido el formulario adecuado, se sentó en una pequeña mesa de cristal del vestíbulo y escribió: «Simmonds, Chiltern Street, London W1. Vuelvo a casa». Pero, pasado un instante, le pareció que eso no era del todo exacto y, tachando las palabras «Vuelvo a casa», escribió sencillamente, «Vuelvo».